



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

LA IZQUIERDA PERUANA Y LOS IMPASSES DE SU REDEFINICIÓN
POLÍTICA (1978-2006)

Tesis para optar el Título de Licenciado en Sociología que presenta:

Carlos Alberto Adrianzén García-Bedoya

Noviembre del 2009

INDICE

INTRODUCCION.....4

Estado de la cuestión

Agradecimientos

CAPÍTULO 1: Un nuevo comienzo y su fin (1949-1978).....28

1. El discurso originario de la izquierda32

2. El encuentro con las masas en la clandestinidad (el gobierno militar y la izquierda).....38

3. La descomposición del gobierno militar y la convocatoria a la Asamblea Constituyente.....44

CAPÍTULO 2: De la clandestinidad al orden jurídico político.....49

1. La década de los 80: Democracia y movimientos sociales.....49

1.1. Del partido de cuadros al partido de masas.

1.2. Pensando la democracia.

1.3. Conflicto, pluralismo y violencia.

1.4. Del clasismo al protagonismo popular.

1.5. El principio del fin: El I congreso de IU.

1.6. Cerrando los años 80, a modo de ejemplo: el caso de los Comités Regionales Mariateguistas.

2. La década de los 90: Fujimorismo, consenso y sociedad civil.....92

2.1. La década de lo anti-político.

2.2. La izquierda buscando un nuevo modelo de democracia.

2.3. Del “protagonismo popular” a la sociedad civil.

2.4. La derrota programática.

2.5. La democracia postfujimori: ¿Hacia una democracia sin adversarios?

CAPÍTULO 3: Una incursión en la Teoría.....128

1. La democracia moderna130

1.1. La institución de lo social

2. La esencia de lo político140

3. El Fin de la historia o el triunfo de la pospolítica147

CONCLUSIONES.....154

BIBLIOGRAFÍA.....169

ANEXO.....174

INTRODUCCIÓN

El impulso inmediato para escribir esta tesis estuvo dado por los *nulos* resultados de la izquierda en las elecciones generales de 2006. Luego de haber estado ausente más de diez años de la escena electoral (1995 - 2006) la izquierda había recuperado su inscripción electoral y postulaba a través de estructuras partidarias propias. Los resultados fueron más que desalentadores para los izquierdistas: los tres partidos que podrían identificarse como continuación de la tradición de izquierda inmediatamente anterior obtuvieron: 0.62%, 0.47% y 0.27% respectivamente. Este proceso eleccionario ha vuelto explícita una crisis que -en términos electorales- la izquierda arrastra desde su fracaso en las elecciones de 1995 donde obtuvo apenas el 0.57% y el 1.88% de los votos para la elección presidencial y congresal respectivamente¹.

¹ Habría que recordar que en aquellas elecciones el resto de partidos políticos no tuvo una suerte sensiblemente distinta. El APRA obtuvo el 4.11%, AP el 1.64% y el PPC (que no presentó candidato presidencial) obtuvo el 3,09% en la votación congresal. (PDBA)

No es propósito de esta tesis explicar estos resultados, sino examinar un aspecto que puede ser muy importante para ello: las dificultades, y finalmente la imposibilidad de la izquierda, por redefinir una identidad política, o un perfil propio ante sí misma, ante el país, y ante el electorado. Para tales efectos hemos organizado esta Tesis de la siguiente manera.

El primer capítulo a) describe la *identidad originaria* de la izquierda peruana en el lapso a estudiar. Dicha identidad está marcada por un conjunto de categorías provenientes del marxismo-leninismo, entre las cuales destacan: lucha de clases, partido revolucionario, clase revolucionaria, enemigo de clase, violencia (revolucionaria y reaccionaria), democracia (formal y real), toma del poder, etc. b) Seguidamente se examina en forma sucinta el encuentro de una izquierda clandestina con amplias masas organizadas, en el contexto político del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Por último c) el quiebre que trae consigo la decisión de casi toda la izquierda de participar en dichas elecciones, al mismo tiempo que buena parte de ella diagnosticaba la inminencia de una situación pre-revolucionaria.

El capítulo segundo hace el recuento de los sucesivos esfuerzos por redefinir a partir de entonces una identidad política, tensada entre la identidad originaria, y el “juego democrático”. Distinguimos tres etapas, que pueden enunciarse como a) el “clasismo”, b) el movimiento popular, y c) la sociedad

civil. Estas etapas enuncian a distintos sujetos políticos, dieron lugar a distintos vocabularios (o juegos de categorías), y sus transformaciones tienen que ver con cambios socio-políticos en la escena nacional y en la política mundial.

El tercer capítulo hace la síntesis de varias discusiones contemporáneas en lo que podríamos llamar una “teoría política de izquierda”, impulsadas por el derrumbe del mundo soviético, y la posibilidad –para algunos la necesidad- de redefinir la comprensión de la política en un contexto post-Guerra Fría. Los planteamientos, categorías y supuestos que aquí se han generado van a servir para comparar con sus equivalentes de la discusión nacional que hemos presentado en el capítulo anterior.

Las conclusiones apuntan a: 1) explicar los impasses de los intentos de redefinir una identidad política, cuando los hubo. Sin embargo, aunque sólo al paso, 2) también muestran que cuando esos esfuerzos estuvieron ausentes el hundimiento electoral fue el mismo. Este común fracaso de estrategias opuestas 3) sugiere intentar nuevos caminos, los cuales buscan esbozarse en los siguientes capítulos.

El período escogido para ser analizado (1977-2006) se inicia con lo que marca el inicio del replanteamiento de la identidad originaria: la convocatoria a

Elecciones Constituyentes por parte del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, y termina en el último proceso electoral nacional, donde la izquierda quedó reducida, como hemos visto, a su mínima expresión.

El tema escogido –la redefinición de la identidad política de izquierda- nos ha llevado a estudiar las ideas esgrimidas por ésta. Por ejemplo, la concepción de democracia en la izquierda actual². Para demostrar que se ha operado un cambio en este aspecto se ha indagado -a través de entrevistas y de documentos- en la visión que distintos sectores de la izquierda tenían respecto a la democracia durante la segunda mitad de los 70 y la década de los 80. Si como se verá luego, la concepción hegemónica sobre este tema fue utilitaria –o, peor, desleal (Lynch, 1999)-, la concepción vigente -aunque supone una “lealtad” hacia la democracia- ha traído a la izquierda más de un nuevo problema. Como veremos luego, estos cambios en la visión sobre la democracia se dan en el marco del auge del pensamiento neoliberal y postpolítico que se volvió predominante durante la década de los 90.

² Se entiende por izquierda actual a aquellos partidos y movimientos que lograron su inscripción en el registro electoral, participaron en las elecciones generales de 2006 y cuyos dirigentes participaron de alguna forma en el frente de Izquierda Unida (IU). Es decir, el Movimiento Nueva Izquierda (MNI), el Partido Socialista (PS) y al Partido por la Democracia Social (PDS). Se debe notar que el registro electoral en el caso de los 3 partidos mencionados no quiere decir -como es evidente- que su vida orgánica allá empezado con su registro. Tanto en el caso del PS como en el del PDS, su inscripción electoral fue el resultado de un largo proceso de confluencias con nuevos grupos e individuos, así como de rearticulaciones con antiguos compañeros de ruta.

Un segundo campo que se desarrolla a lo largo de este trabajo tiene que ver con lo que se denomina el sujeto político. Como sabemos, en el caso de la izquierda el sujeto político o “pueblo escogido” ha sido, desde el viejo Marx, la clase obrera. Utilizando una metodología similar se buscará señalar cómo en el caso de la izquierda peruana se pasa de un discurso clasista a un discurso con mayor énfasis en “el pueblo” que se denominará “protagonismo popular”, para terminar en la actualidad tomando a la “sociedad civil” como nuevo sujeto político. Nuevamente, este tránsito trae una serie de problemas para la acción política de la izquierda actual que se buscará señalar.

Todos estos temas han sido trabajados en la presente tesis mediante la lectura de los textos producidos por los actores respectivos, así como mediante entrevistas a muchos de ellos cada vez que ha sido posible³.

Estado de la cuestión

La reflexión sobre lo sucedido a la izquierda peruana no es muy abundante⁴. Para hacer un balance hemos agrupado los textos según sus

³ Ver anexo I para ver la lista de las personas entrevistadas para la presente investigación.

⁴ La falta de balances más o menos orgánicos no puede menos que llamar la atención. Esta ausencia quizá hace evidente hasta qué punto el trauma de lo sucedido a fines de los 80 no ha podido ser procesado por muchos de los actores involucrados. No debe olvidarse además que muchos de los partícipes de dicha experiencia continúan con mayor o menor éxito su carrera política, lo cual seguramente los inhibe de hacer un balance serio e integral sobre dicha experiencia.

autores escriban desde la posición de (ex)militantes, o como analistas. A su vez los hemos ordenado según el período que cubren. Resulta interesante mencionar que la mayor parte de autores ubicados como analistas fueron miembros de lo que se conoció como los “Zorros” o estuvieron próximos a ellos, nos referimos a Nieto, Lynch y Gonzáles. Mientras que aquellos ubicados en la sección de militantes -salvo Lynch- fueron personas que bien no pertenecieron a IU -es el caso de Martínez y Olaechea- o pertenecieron a la facción que permaneció en dicho frente luego de la ruptura, Herrera y Wiener. Adicionalmente, hemos consultado a autores más jóvenes como Caro y Saravia, los cuales se colocan mas bien en el papel de analistas.

Como primer documento hemos revisado la tesis de licenciatura elaborada por Ricardo Caro sobre Vanguardia Revolucionaria, una de las agrupaciones más importantes de la izquierda de los setenta⁵. El texto de Caro relata el tránsito de una organización creada y construida paso a paso para la realización de la revolución en el Perú, a través de la lucha armada. Sin embargo, este elemento central en la identidad de Vanguardia Revolucionaria dará paso, debido a circunstancias diversas, a lo que se denominó el *encuentro con las masas*. Ya no será la primera prioridad de la organización la preparación militar de sus miembros, sino el proceso de desclasamiento o proletarización de sus integrantes (Caro, 2008: 8).

⁵ *Vanguardia Revolucionaria: Una Introducción a los Orígenes y Desarrollo de la Nueva Izquierda Peruana (1965-1972)*. Facultad de CCSS. PUCP. Lima 1998.

El estudio comparativo realizado por Iván Mendoza titulado *Trayectorias y destinos del maoísmo peruano: radicalismo violentista y no violentista* aborda dos de las organizaciones maoístas más significativas: Sendero Luminoso y Patria Roja. El estudio aborda las trayectorias que tomaron dichos partidos, así como los factores que pueden explicar como estas adoptan caminos divergentes.

Entre ambas organizaciones existen múltiples similitudes, sin embargo, existen también varias diferencias que finalmente marcan los caminos divergentes que emprendieron. Nos interesa resaltar dos características que dan pistas sobre las identidades políticas de Sendero Luminoso y de Patria Roja. 1) Ningún partido de la izquierda de esos años (y Patria Roja no sería la excepción) desarrolló un culto a la personalidad tan acentuado como el que desarrolló Sendero. En este último el pensamiento de Guzmán se convierte no sólo en medida de todas las cosas, sino también en basamento y fragua del partido. En el caso de Sendero, la adhesión a Guzmán (y su teoría revolucionaria) se convierten en un elemento esencial para la definición del grupo subversivo (Mendoza 2007: 85). En el caso de Patria Roja, si bien se puede señalar a un conjunto de líderes, no son mucho menos pieza fundamental de su identidad. 2) Otra diferencia significativa es la “implantación del partido” (Mendoza 2007: 85), mientras que Patria Roja logró una presencia nacional, pudo implantarse en Lima y numerosas provincias, así como en distintos espacios sociales (gremios universitarios, sindicales, etc.); Sendero

Luminoso se mantuvo localizado en Ayacucho “una zona relativamente pequeña sin la complejidad del resto del país” (Mendoza 2007: 85). Además del liderazgo, es este elemento al que Mendoza le otorga más peso para explicar las trayectorias divergentes de ambas organizaciones. La implantación de Patria Roja la expuso (queriéndolo o no) a una sociedad más compleja, así como a una diversificación de sus vínculos e intereses difíciles de abandonar. Mientras que en el caso de Sendero Luminoso el aislamiento y por lo tanto la ausencia de intereses y vínculos diversos les facilitó el rompimiento de estos con el conjunto de la sociedad.

Podemos pensar que la continua interacción entre Patria Roja y el conjunto de organizaciones sociales con las cuales desarrolla su trabajo político supondrán una mutua permanente interpenetración de sus identidades políticas. Se produce una negociación permanente entre estas identidades que modificaran la identidad de Patria Roja, llevándola por un camino distinto al que originalmente se había trazado.

Por otra parte, está el interesante trabajo de Osmar Gonzáles, *Señales sin respuesta* [1999]. En este libro el autor analiza las trayectorias personales del grupo de intelectuales y militantes de izquierda agrupados en la revista *El Zorro de Abajo*. Gonzáles sitúa en el contexto histórico a un grupo intelectual

que actúa fuertemente en política recogiendo la evolución de su pensamiento y las rutas de acción política a lo largo de su vida.

El de los Zorros será un intento por redefinir los ejes en torno a los cuales articular una identidad política de la izquierda, anclándola en el nuevo escenario de la democracia política. Como señala Gonzáles los *Zorros* llevaron “hasta sus fronteras” la reflexión en torno a la redefinición del socialismo, así como su articulación con el problema de la democracia en el marco de un nuevo orden global. Sin embargo, este propósito fracasó fundamentalmente, según Gonzáles, por haberse desarrollado de manera tardía. La “indefinición conceptual” en la que se movió la izquierda durante la década de los 80 (se entiende que producto de no haber dado solución a los problemas mencionados inmediatamente antes) se vio reflejada en su propia práctica. Como afirma Gonzáles,

“Es posible que una nítida definición sobre las ‘nuevas formas de hacer política’ hubiera sido favorable para la izquierda en dos sentidos: primero, en pensar una forma diferente de entender la lucha política y, segundo, en replantear intelectualmente el socialismo y su relación con la democracia.” (Gonzales, 1999: 23-4)

Si bien estamos de acuerdo con las hipótesis de Gonzáles así como el desenlace que no se produjo, quisiéramos avanzar un paso más allá de lo que el texto propone. La falta de resolución al problema del socialismo y la democracia no solamente produjo una indefinición conceptual, así como una

sinuosa práctica; impidió la reformulación de una nueva identidad para la izquierda en un nuevo marco donde la democracia electoral se veían no como un medio, sino como un fin en si mismo.

Asimismo, está el interesante texto de Nicolás Lynch, *Los jóvenes rojos de San Marcos* [1994]. El libro comienza analizando los condicionamientos históricos y estructurales que sirven de partida para comprender el proceso político de los años 70. Luego avanza hacia una discusión de de las características que compartirían el conjunto de actores comprendidos en el proceso. A continuación, Lynch hace un recuento de los principales partidos políticos que funcionaron durante la década de los 70 en San Marcos, aborda su práctica política y sus escasos logros.

El texto de Lynch busca dar cuenta, más allá de las apelaciones retóricas, de la verdadera identidad política de la izquierda sanmarquina. Trascendiendo el discurso *democrático* de los jóvenes rojos, Lynch rescata un mundo marcado por el radicalismo verbal, el pragmatismo y la violencia como formas de acción política, y el verticalismo como pauta principal de organización.

“Afirmar, sin embargo, el autoritarismo como una característica central de la izquierda sanmarquina sorprenderá a más de uno, sobre todo por lo cargado de

alusiones ‘democráticas’ del discurso político universitario. Sólo que democracia en ese contexto suele aludir a montón y no a libertad, es decir, a la conveniencia inmediata de la masa estudiantil que impone violentamente sus puntos de vista, más que el intercambio ordenado de ideas para llegar a una decisión mayoritaria entre los diferentes estamentos así como al interior de cada uno de ellos.” (Lynch, 1990: 19-20)

Sin embargo, se debe advertir, como señala Lynch en la introducción, que el autor participó del movimiento estudiantil sanmarquino primero compartiendo posiciones y luego en oposición a una parte de este. Así, *Los jóvenes rojos de San Marcos* es un texto escrito no solamente por uno de sus protagonistas, sino por un adversario político de estos mismos jóvenes rojos. Al margen de este detalle, el texto resulta interesante pues aborda muchos de los temas que abordaremos en la presente investigación, permitiéndonos apreciar algunas de las concepciones que estuvieron vigentes en los años 70 sobre categorías como democracia, política, conflicto, entre otros. Además presenta con mucho detalle el escenario sanmarquino de la época y como la clandestinidad marca los estilos y prácticas políticas de la militancia izquierdista.

En *Una tragedia sin héroes* [1999], Lynch analiza “...la crisis de los partidos en el docenio democrático (1980-1992) y su fracaso en convertirse en los sujetos de un régimen estable...” (Lynch, 1999: 18) El autor busca situar y explicar el comportamiento de los actores de esta *tragedia* ubicándolos en el de una *fractura histórica* que éstos no podrían solucionar y que a larga significaría el fin de su ciclo, el de los partidos populistas. Es en este marco que el autor

aborda la crisis de Izquierda Unida y es bajo esta última que hemos abordado el texto.

Para Lynch, el frente IU tenía una serie de problemas que lo hacían una alternativa “poco probable de gobierno”. Entre estos problemas se puede mencionar el carácter corporativo y poco democrático de las formas de representación política que adoptaba, errores en la conducción del proceso, un radicalismo y un débil compromiso democrático, entre otros. Pese a esto, IU logra, “...como ninguna otra agrupación en la década de 1980, constituirse en identidad política de un importante sector de nuevos ciudadanos que acceden a la vida pública y buscan canales de participación.” (Lynch, 1999: 199)

Si bien coincidimos con Lynch en que existen una tensión evidente entre algunas de las categorías utilizadas por miembros de IU y el momento político abierto en los años 80, la solución de estas tensiones no le deparó un mejor destino a la izquierda como se vio en las recientes elecciones. En la actualidad se podría afirmar que la mayor parte de los problemas y tensiones mencionadas por Lynch han sido resueltas por los partidos de izquierda vigentes, y esto por el contrario no ha supuesto por un lado su renacimiento y por el otro la creación de una nueva identidad política. Como trataremos de señalar más adelante la *solución* de estas “contradicciones internas” no supuso la aparición de una identidad de izquierda democrática y menos aún que esta

influencie y genere expectativas en la ciudadanía del Perú del año 2006, aunque esto último no es abordado en la presente investigación.

Un texto un poco más antiguo es *Izquierda y Democracia*, escrito por Jorge Nieto, referido a la coyuntura de transición entre el gobierno militar y el retorno de la democracia en el año 1980. Como señala el autor se trata de hacer un balance de la actuación de la izquierda en los años finales de la década de los 70 y principios de la siguiente. En su texto Nieto busca agrupar por un lado las concepciones “teóricas” respecto a la democracia y la política que tenían los diversos partidos de la época, con sus diversas caracterizaciones del periodo político y finalmente su acción política. Si bien la relación entre estos elementos no es mucho menos que mecánica, tampoco es inexistente y si más bien bastante opaca.

El problema de como recrear la cuestión de la democracia y ubicarla al interior de una nueva identidad política de la izquierda de aquellos años se mantiene como una cuestión constante. Sin embargo, como adelantaba Nieto y como veremos más adelante, la reapropiación se dio bajo las nuevas coordenadas que el movimiento pendular señalaría a principios de los años 90. Efectivamente el éxito del proceso significó el paso a otro momento de la historia de la izquierda; el fracasó también.

Otro autor que analiza en múltiples oportunidades temas vinculados a la izquierda es Guillermo Rochabrún. En *“Izquierda, democracia y crisis en el Perú”* existen por lo menos dos ideas que deben ser subrayadas a la luz de la presente investigación. En primer lugar está el continuo avance de temas y valores provenientes de la democracia liberal y los derechos humanos dentro del campo ideológico de la izquierda legal. Según el autor la izquierda legal reemplaza una serie de temáticas que le fueron propias durante la década anterior como lucha de clases, revolución y socialismo por el tema de la democracia. Esto se produjo por dos motivos: 1) el agotamiento del programa genérico de la izquierda tras las reformas emprendidas por el gobierno militar; y 2) el desencanto con los socialismos reales. Este debilitamiento ideológico permitió que la izquierda, como ya se mencionó fuera permeada por temáticas y valores provenientes de la democracia liberal y los derechos humanos, que se difundieron debido a los exiliados del cono sur y al gobierno del presidente Carter⁶. Comenta Rochabrún, que si bien la inclusión de dichas temáticas resultaba “urgente” para el socialismo revolucionario “...es de lamentar, aunque sea explicable, que muchos lo hagan abandonando el marxismo” (Rochabrún 2007: 389): “La izquierda no conquistó el campo de la democracia, sino que fue capturada por ésta.” (Rochabrún 2007: 389)

⁶ Se debe agregar el impacto que supuso el conflicto armado interno y la formación de un movimiento nacional de derechos humanos.

La segunda idea de *“Izquierda, democracia y crisis en el Perú”* que quisiéramos resaltar su visión sobre el significado político que tuvo la irrupción de los denominados Nuevos Movimientos Sociales (NMS) en la política nacional. En primer lugar, al estar situados por fuera del campo del trabajo, los NMS se enfrentan por lo general a “...*circunstancias* y no a un *enemigo* personalizado...” y por lo tanto están más preocupados por construir soluciones para afrontar dichas circunstancias que enfrentarse “... conflictivamente a los capitalistas o al Estado...” (Rochabrún 2007: 404). De esto Rochabrún desprende, a manera de corolario, que “...los NMS no buscan alterar la distribución del poder social...” (Rochabrún 2007: 404).

Finalmente se encuentra la memoria de bachillerato presentada por la socióloga María Claudia Saravia en el año 1991. Dicha memoria (en realidad, su proyecto de tesis de licenciatura) buscaba analizar el discurso político de la izquierda peruana durante los años ochenta, especialmente en lo referido a categorías como democracia y política. Las similitudes temáticas con la presente investigación son evidentes, así como sus diferencias a nivel de marco teórico. A lo largo de la presente investigación se desarrolla de manera más extensa la discusión respecto a este texto.

Como dijimos al inicio de este recuento, decidimos organizar la presentación de los diversos textos en función de si sus autores hablaban

como (ex)militantes o cómo analistas. A continuación mencionamos cuatro textos escritos desde la perspectiva de la militancia (y la dirigencia).

Si bien los textos que se mencionan a continuación son escritos de diverso carácter yendo desde relatos más personales, pasando por balances de la actuación política de una organización, o por reflexiones teóricas; todos tienen en común que son redactados tomando como punto de referencia la condición de militantes de quienes los escriben.

Democracia directa y estrategia revolucionaria de Alberto Moreno es un intento del principal dirigente de Patria Roja por conceptualizar la democracia, interpretándola a la luz de una serie de experiencias de acción política de la izquierda y particularmente de su partido. Para esto Moreno se remite a las experiencias de los Frentes de Defensa, las Organizaciones de Autodefensa y las Asambleas Populares. El dirigente sostiene que estas experiencias se construyen desde las “propias masas”⁷.

Para Moreno estos tres casos se constituyen en ejemplos de lo que él denomina Democracia Directa. Como se verá más adelante el acento puesto

⁷ Esto debería ser matizado pues tanto los Frentes de Defensa, las organizaciones de autodefensa y las asambleas populares son formas de organización -no sólo espontáneas- sino también impulsadas desde su propia organización política.

por el autor es como estas organizaciones actúan en política directamente -y de manera espontánea- sin necesidad de mediaciones propias de la “democracia burguesa”⁸.

Un segundo elemento significativo para Moreno es que de dichas organizaciones surgirán las formas a través de las cuales “...como se construirá la nueva sociedad que emerja de la revolución victoriosa, la nueva organización estatal.” (Moreno, 1986: 31). Queda claro entonces que para él líder estas organizaciones son, además de mecanismos para la acción política, formas institucionales que adoptará “...el nuevo Estado democrático popular...” (Moreno, 1986: 31). Sin embargo, este intento por constituir a partir de los Frentes de Defensa y las Asambleas Populares nuevas formas de institucionalidad política revolucionaria había sido un camino ya ensayado por la izquierda radical hacia mediados de la década de los años 70 e inmediatamente antes de la Asamblea Constituyente (Nieto, 1983: 83).

Asimismo, el texto de Moreno manifiesta una serie de elementos de la matriz teórica del marxismo-leninismo. Es así que el autor hablará del “...carácter inevitable de la revolución social del proletariado” (Moreno, 1986: 26) y de la existencia de leyes objetivas de la historia (Moreno, 1986: 26)

⁸ Es interesante relacionar esta idea con lo señalado por Nieto (1983) al afirmar que una de las características de lo que se llamó la “Democracia social de participación plena” era la desconfianza de las formas institucionales de representación en tanto “expropiaban” al pueblo su capacidad de acción política.

Un segundo texto es el escrito por Raúl Wiener, *El Antizorro*. El documento aparece en medio de una álgida coyuntura como él mismo autor señala: se trata de la llamada propuesta de Acuerdo Nacional esbozada por algunos sectores de IU y Barrantes, que para Wiener suponía “...un acuerdo de colaboración política en el largo plazo con el partido aprista...” (Wiener, 1987: 1). El texto busca polemizar abiertamente -cosa que resulta obvia desde el título- con el grupo agrupado en torno a la revista *El Zorro de Abajo*⁹. El texto de Wiener es sumamente importante porque aborda varios de los temas que desarrollaremos más tarde. Como se puede observar en el índice aparecen temas como: “identidad política” (de IU se entiende); democracia y Estado; y violencia política. Los puntos señalados por el autor serían los puntos claves en torno a los cuales se expresarían los mayores niveles de conflicto entre las posturas de los “zorros” y sus antagonistas y que además serían centrales para definir al PUM e IU. Como señala Wiener su contribución, busca que su partido -el PUM- e IU deslinden con el reformismo que “madura velozmente”, así como impedir que prospere una “nueva identidad de izquierda” que aleje a estas organizaciones de su “identidad revolucionaria”.

El tercer texto editado en 1997, titulado *Entre el amor y la furia* y escrito por Maruja Martínez es su relato autobiográfico. El libro intercala relatos sobre

⁹ Aunque como recuerda Gonzáles, el apelativo de zorros pasó a identificar de manera genérica a un conjunto de miembros de Izquierda Unida ubicados en el ala más reformista de la organización.

su militancia política, con pasajes más decididamente autobiográficos vinculados a su infancia y juventud. En el libro -como en su vida- Martínez sitúa en el centro de su vida el quehacer político a partir del cual se narran episodios de su infancia o sus impresiones respecto a las relaciones de pareja. Sin embargos estos elementos personales en algunos casos como el primero buscan explicar el nacimiento del compromiso político de la autora o como en el segundo caso probar los límites entre el discurso y la práctica emancipatoria de los grupos de izquierda.

Algunos años después¹⁰ aparece *Izquierda Unida y el Partido Comunista*, escrito por Guillermo Herrera, quien fuera hasta su fallecimiento importante dirigente de dicho partido. Herrera hace un repaso de las relaciones entre el frente y el partido a través de una serie de entrevistas y una copiosa documentación a través de la cual va dando cuenta de las distintas tensiones y pugnas que vivió IU a lo largo de la década. Este texto, si bien no de manera oficial, presenta la versión del Partido Comunista (Unidad) sobre lo sucedido durante la década de los ochenta. Sin embargo, uno de los problemas del libro de Herrera es que muchas veces la posición dentro de los debates de su propia organización desaparece. Pareciera que Unidad no forma parte de estas disputas y debates y que más bien actúa permanentemente como árbitro.

¹⁰ Es difícil señalar la fecha exacta del texto, pues al ser edición del autor pareciera que producto de un olvido esta no se hubiera colocado.

Un cuarto texto, escrito por el ex-militante del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) Alberto Gálvez Olaechea entre los años 2001 y 2004, lleva por título *Aún suenan tambores*. En este libro el autor ha recopilado una serie de textos que, a raíz del trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), lo llevan a reflexionar sobre su militancia tanto en la izquierda legal como ilegal, sobre su generación, sobre la violencia política que sacudió al Perú, y por último sobre el informe final de la CVR. Si bien la presente investigación ha dejado de lado a las organizaciones armadas como el MRTA y Sendero Luminoso, el texto de Gálvez es sumamente interesante, en tanto él parte de la misma matriz ideológica y organizativa de muchos de los integrantes de la generación de los años setenta. Los senderos disímiles que recorren los actores y suscitan las reflexiones del autor.

En su texto hay una reflexión interesante sobre la izquierda peruana tanto legal como ilegal. El trabajo de Gálvez resulta sumamente útil en tanto supone una reflexión sobre lo sucedido, que pese a la autocrítica realizada no lo lleva hacia una conceptualización de una sociedad sin conflictos, donde lo que prima es el consenso; sino por el contrario a una lectura sobre este último y su relación con la política. El horizonte del conflicto es colocado en la existencia cotidiana de la sociedad y como tal debe ser abordado. Como veremos en los siguientes capítulos, uno de los elementos claves que definirá la identidad de la izquierda a lo largo de sus años será el papel que le otorgan

al conflicto como elemento constitutivo de la sociedad y la relación de éste con la política.

Finalmente en quinto lugar está el texto de Nicolás Lynch, *¿Qué es ser de izquierda?* En este libro Lynch recopila una serie de artículos escritos entre los años 1996 y 2004, los cuales como señala tienen como eje central “la distinción entre la izquierda democrática y la autoritaria” (Lynch, 2005: 11).

Luego de la caída del muro de Berlín y el derrumbe del Estado Soviético se abrió para la izquierda la posibilidad de redefinir su identidad política, desprendiéndose de los lastres autoritarios vinculados a dicha experiencia. Sin embargo, esta redefinición no se realizó totalmente, prueba de ello sería la existencia de estos dos tipos de izquierda mencionadas en el párrafo anterior.

A lo largo de los diversos artículos Lynch va construyendo una equivalencia entre una serie de categorías que le permiten articular dos tipos distintos de identidad política. Por un lado *la izquierda autoritaria* cuyas categorías centrales serían dictadura, autoritarismo, comunismo, marxismo-

leninismo y revolución¹¹; por otro *la izquierda democrática* cuyas categorías principales serían democracia, estado de derecho, pluralismo, mercado socialdemocracia y reforma. La democracia se constituye en el eje que divide ambos tipos de izquierda.

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera agradecer sobre todo a aquellas personas que tuvieron la gentileza de darme una entrevista, contarme sus pareceres e inquietudes respecto a su pasado y presente; abordando un momento muy intenso de sus vidas al cual no necesariamente quisieran retornar. He tratado de plasmar muchas de las ideas que quisieron compartir conmigo a todo lo largo de la presente investigación.

En segundo lugar, algunas de las discusiones que aquí se presentan son, como siempre ocurre, el fruto de una reflexión colectiva. Por ese motivo quisiera agradecer también a mis compañeros, a los que alguna vez militamos

¹¹ Esto último es un poco menos claro pues en algunos pasajes el autor señala que "...desestimar la revolución en el sentido marxista-leninista del término no significa desestimar el conjunto de las revoluciones sociales ocurridas en los últimos 200 años." (Lynch, 2005: 107) Menciona en especial la Revolución francesa. Es obvio que lo que se valora de esta experiencia son los resultados y no el proceso mismo (sino pensemos en la época del terror). Por otra parte, pensemos en la Revolución china a la cual el texto no hace referencia y vinculémosla al momento de desarrollo actual que vive China. ¿Es también una revolución exitosa? Da la impresión que Lynch valora los procesos revolucionario en función a su acercamiento (o alejamiento) del liberalismo político.

en el “Movimiento Raíz”. Mucho de lo aquí discutido es el fruto de largas conversaciones y preocupaciones que compartimos y que quisiera pensar que seguimos compartiendo.

En tercer lugar, quisiera agradecer a mi familia: Roxana, Beto y Gabriela. Sin ellos, sin su cariño y apoyo, sus opiniones y discusiones esta tesis tampoco habría sido posible. Además quisiera agradecer a mi compañera, Jimena, que en estos últimos meses me ha acompañado de cerca, pese a la distancia, con sus comentarios y observaciones en el laborioso proceso de completar esta investigación. Sobre todo ellos saben lo difícil que ha sido para mí el proceso de dar fin a esta tesis.

En cuarto lugar, agradecer a quienes desde la universidad me han impulsado de manera incesante, aunque siempre con las mejores intenciones, a terminar la presente investigación: a Henry Pease ejemplo de tenacidad, docencia y compromiso con el país, a Rolando Ames y a Patricia Ruiz-Bravo. Además, agradecer a mi asesor de tesis, Guillermo Rochabrún por las discusiones que hemos tenido así como por la rigurosidad (a veces implacable) con la que ha enfrentado mis ideas. Para él mi profunda admiración por lo que entiendo es un ejemplo de creatividad y rigurosidad académica.

En quinto lugar, este trabajo no podría haber sido posible sin el generoso apoyo de CLACSO. La presente tesis está realizada en base a la investigación que resultó de la beca otorgada por la mencionada institución en el año 2007.

Finalmente, mi pequeño homenaje a todas las mujeres y hombres que desde el trabajo de base, desde la militancia y los sueños cotidianos ayudaron a construir aquel proyecto llamado Izquierda Unida. Para aquellos que buscaron una alternativa popular y democrática en un país donde tanto hay por hacer. A todos ellos mi sincera admiración.

CAPÍTULO 1:

UN NUEVO COMIENZO Y SU FIN (1949 - 1978)

A partir de la segunda mitad del siglo XX una serie de procesos mundiales producidos en el movimiento comunista mundial, tales como la revolución china en 1949, el proceso de “*desestalinización*” iniciado por Jrushev en el XXII Congreso del PCUS en 1956, y la revolución cubana, impactarán de maneras diversas en la izquierda peruana y a veces más allá.

El impacto de la revolución china se puede apreciar a través del continuo avance del maoísmo al interior del PCP, expresado en algunas menciones al líder chino y sus postulados teóricos plasmados en diversos documentos partidarios. En 1962 -a propósito del IV Congreso del PCP- algunos de los documentos emitidos ubican dentro del campo socialista al PCCH, resaltando algunas de sus experiencias.

Pero desde finales de la década de los cincuenta la relación entre China y la URSS se había debilitado. Temas como el “social imperialismo” o la posibilidad de una convivencia pacífica entre los dos sistemas antagónicos fueron marcando el alejamiento de ambos países.

El progresivo alejamiento entre ambos países comunistas y el avance del maoísmo al interior de la izquierda peruana desembocaron en la ruptura del PCP. Esta última se produjo durante la Cuarta Conferencia del PC y del cual saldrían dos organizaciones políticas (SINAMOS, 1977a: 7) que a larga serían identificados por el nombre de sus respectivos periódicos¹². De un lado, el Partido Comunista Peruano-Unidad (Unidad), de línea pro moscovita; del otro, el Partido Comunista del Perú Bandera Roja (Bandera), de línea maoísta¹³.

A principios de los sesenta era evidente el influjo de la revolución cubana en toda la región y el Perú no era la excepción. La “teoría foquista” atrajo a una serie de contingentes nacionales a iniciar sus propias experiencias guerrilleras. Dicha influencia se extendió primero a algunos sectores del PCP, donde se produjeron discrepancias muy fuertes. Dichas discrepancias giraban en torno a

¹² Según Mendoza (2007) la ruptura del PCP se debió a dos temas. El primero, referido a la discusión chino-soviética, y el segundo referido a asuntos económicos del partido (Mendoza, 2007: 10). De acuerdo a este autor el problema central sería más bien el segundo. Sin embargo, más allá del *verdadero* motivo, lo cierto es que sin la disputa chino-soviética la ruptura se habría mostrado únicamente como una disputa por el manejo económico de la organización restando justificación a la organización naciente.

¹³ Posteriormente de una nueva ruptura de Bandera Roja surgiría luego el Partido Comunista del Perú “por el luminoso sendero de José Carlos Mariátegui (conocido luego como Sendero Luminoso) (Comisión de la Verdad y la Reconciliación, 2003: 159).

lo que un grupo de jóvenes al interior del partido evaluaba como “una actitud muy moderada con el gobierno de aquella época, que era el gobierno de Prado” (Héctor Béjar, entrevista personal). Finalmente, dichas discrepancias terminaron en la salida de un contingente juvenil del Partido Comunista, el cual decidió iniciar su experiencia guerrillera, y cuya culminación sería el Ejército de Liberación Nacional¹⁴ (ELN).

El Partido Aprista también se vio afectada por lo ocurrido en Cuba. El caso del Movimiento de Izquierda Revolucionario es, de lejos, la experiencia guerrillera más importante de ese periodo. Los antecedentes del MIR se ubican a finales de la década de los 50. El pacto entre el gobierno de Prado y el PAP produjo un proceso de radicalización que culminaría con la salida de un importante contingente del partido. Según señala Rochabrún (2007) la crisis del APRA alcanzó a varias generaciones de apristas: tanto dirigentes estudiantiles, militantes de la primera hornada, así como miembros de la dirigencia política optaron por salir del partido. Mientras que unos, encabezados por Luis de la Puente Uceda, optarían por formar primero el APRA Rebelde y luego el Movimiento de Izquierda Revolucionaria; otros buscaron recuperar algunos de los “postulados revolucionarios” de los inicios del PAP. Los dos tipos de salida del partido de Víctor Raúl Haya de la Torre -unos hacia la guerrilla otros hacia distintas organizaciones partidarias- fueron hacia la izquierda.

¹⁴ “En un periodo entre octubre del 62 y enero del 63 yo fui a Bolivia con un grupo de jóvenes que ya habíamos organizado el Ejército de Liberación Nacional, y de allí ensayamos un ingreso al país que fracasó” (Héctor Bejar, entrevista personal).

Una serie de procesos sociales y políticos nacionales que van a influenciar decididamente a los protagonistas de nuestra historia. Un primer hecho significativo es la victoria de Fernando Belaúnde en las elecciones generales de 1963. Acción Popular llegaba al poder con la promesa de iniciar un proceso de reformas estructurales. Sin embargo, la frustración de gran parte de las reformas prometidas por Belaúnde llevaría a la desafección de su militancia¹⁵, y de paso desprestigiando el camino reformista que su opción política representaba.

Por otro lado, las tomas de tierras que se produjeron en las provincias de Lares y la Convención a principios de los años 60 no sólo daban cuenta del proceso de descomposición que vivían las haciendas serranas, sino también la existencia de comunidades campesinas capaces de importantes niveles de movilización. En tal sentido, la vuelta a la legalidad del PC -a inicios de los años 60- le permitió retomar la iniciativa en la organización de los sectores obreros y campesinos, desplazando paulatinamente al APRA¹⁶ de la conducción de dichas organizaciones. (SINAMOS, 1977a: 6)

¹⁵ Como señala el Informe Final de la CVR: "...en 1963, llegó al gobierno la coalición Acción Popular-Democracia Cristiana, que incorporó a buena parte de sus militantes universitarios al aparato estatal a través de Cooperación Popular. Este empleo les permitió recorrer todo el país y entrar en contacto con la realidad obrera y campesina, pero las tímidas reformas que impulsaron sus dirigentes en el gobierno, provocaron que pronto su militancia universitaria se desilusionara de las reformas belaundista." (Comisión de la Verdad y la Reconciliación 2003b: 610)

¹⁶ Como ya se mencionó, el APRA había pasado de ser un partido antioligárquico a desarrollar un pacto con el gobierno pradista conocido como la convivencia.

Finalmente, impacta fuertemente en los futuros contingentes de la nueva izquierda lo que Pasara llamará la “catolización de la izquierda”: es decir, la fusión del marxismo con un tipo de cristianismo en la búsqueda por cambiar el orden de las cosas. En 1968 aparecía la Teología de la Liberación, el cuerpo teórico que sería capaz de leer el cristianismo desde un país atrasado y especialmente aspirando y pretendiendo hacerlo desde la mirada de los explotados. Para Flores-Galindo si se trata de buscar las ideas novedosas que produjo la generación del 68, hay que dirigir la mirada hacia las “parroquias y los grupos religiosos”. (Gonzáles, 1999: 52)

1.1 El discurso originario de la izquierda

La ruptura del PC en 1964 no solamente supuso el nacimiento de nuevas organizaciones políticas -tras sucesivas rupturas- sino que colocó en el centro del debate un conjunto de temas vinculados todos ellos a la revolución, sus características y los caminos para llegar a ella.

Un primer debate que quisiéramos reseñar se refiere a la revolución y su carácter eminentemente violento o no¹⁷. Mientras que *Unidad* mantenía -en línea con el discurso oficial de la URSS- la vía pacífica, Bandera Roja (BR)

¹⁷ Partido Comunista Peruano (Bandera Roja): *Acerca de la historia del Partido Comunista Peruano M-L y de su lucha interna*. Ediciones Bandera Roja. Lima 3era edición, 1979. P.70. EN: Mendoza, 2007: 12.

propugnaba la lucha armada como estrategia única para hacer la revolución y así alcanzar el socialismo (Sinamos, 1977b: 7).

El carácter exclusivamente violento de la revolución coloca entonces a la lucha armada como mecanismo principal de acción, y por lo tanto a la formación de una estructura militar como preocupación central de la nueva organización.

Esta discusión sobre la revolución, su carácter, el papel de la violencia y el énfasis de lo militar sobre lo político no fue privativa de Bandera Roja. En 1965 nació una organización política conocida como Vanguardia Revolucionaria (VR). Esta organización fundada por el sociólogo de la Universidad Mayor de San Marcos Edmundo Murrugarra, el ingeniero agrónomo Ricardo Letts (originalmente militante de Acción Popular) de la Universidad Nacional Agraria La Molina, y el ex oficial de la Fuerza Aérea Peruana Ricardo Napurí, y se inscribe en lo que se conoce como la Nueva Izquierda. VR estaba compuesta por un importante grupo de intelectuales, estudiantes y, en menor medida, obreros. Desde un inicio VR se propuso ubicarse en la senda de los movimientos guerrilleros previos: la guerrilla de Hugo Blanco en la Convención y la experiencia del MIR.

Durante su segundo congreso en 1968 y bajo la conducción de Ricardo Letts, VR fue rápidamente dominada por la visión de que una insurrección armada era inevitable y que el partido debía prepararse. Para este momento VR había crecido de manera exponencial, con notoria presencia de estudiantes universitarios, particularmente de la Universidad Católica (Caro, 2008: 4). Sin embargo, el giro militar no fue compartido por todos y Murrugarra decidió entonces replegarse hacia las células universitarias.

Ese mismo año (1968) las disputas y fraccionamientos saldrían a flote nuevamente en BR y terminaría al año siguiente con la fundación de una nueva organización política: el Partido Comunista del Perú Patria Roja (Patria Roja). Las polémicas entre ambas organizaciones estaban ligadas al problema de la revolución y los caminos y tareas que de ella se desprendían. Cuatro años después de la ruptura que dio origen a BR, las disputas con Patria Roja no se centraban esta vez en si había una vía pacífica al socialismo o no, sino más bien en las formas en que se llegaba mejor preparados para la revolución. Bandera y Patria Roja colocaron énfasis distintos: mientras que la primera organización puso el acento en la construcción militar del partido y en la creación de una “Fuerza Armada Popular”, los segundos levantarían tareas de carácter político como por ejemplo el desarrollo de nexos con organizaciones sociales y sindicales. En este caso lo militar y lo político se oponen pues suponen dos maneras distintas de organizar al partido y la militancia.

Durante la década de los 70 Patria Roja concentrará su acción en multiplicar su presencia en una serie de organizaciones sindicales, como el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana (SUTEP) y la Federación de Estudiantes del Perú (FEP), las cuales logra controlar casi desde el inicio. Además, completará su acción política a través de los denominados Frentes de Defensa de los Intereses del Pueblo (FEDIP). Pero si la naturaleza del partido estaba íntimamente ligada a la toma del poder, a través de la violencia, el énfasis de Patria Roja en 1972 no está en la construcción de un aparato militar del partido, sino en tareas de carácter político. La Revolución como momento de violencia permanecerá en el discurso de Patria Roja a lo largo de la década, pero esto no significará el desarrollo de ninguna acción concreta tendiente a fortalecer o desarrollar su aparato militar. Por el contrario, de acuerdo a Caro, será VR el único partido de la época que tomó pasos concretos hacia la preparación de un escenario insurreccional, militarizando un partido. Y como señala Alberto Gálvez:

“La violencia revolucionaria (en sus diversas formas), la conquista del poder y la construcción de un nuevo estado democrático y popular -sobre los escombros del anterior- eran los lugares comunes de las propuestas programáticas de aquellos años.” (Gálvez, 2004: 22)

En suma, la revolución casi podía tocarse “con la punta de los dedos”. Como señala de manera bastante clara Maruja Martínez, en ese entonces militante de Vanguardia Revolucionaria,

“El ingreso al Partido [se refiere a VR] me ha dado muchas sorpresas. Me informan sobre los resultados de una encuesta que hace algunas semanas se hizo entre los militantes y simpatizantes. La pregunta central es cuándo creen que comenzará la revolución en el Perú. Los más pesimistas hablan de dos años. Muchos creen que será en algunos meses. Y hay que prepararse para eso.” (Martínez, 1997: 114)

Otra característica que define a la izquierda de los años 60 y 70 es su carácter clandestino. No sólo las sucesivas deportaciones realizadas por el gobierno militar, sino también la influencia del marxismo-leninismo y el maoísmo con sus concepciones de organización partidaria, así como la lucha armada como vehículo para la realización de la revolución hicieron norma el carácter semi-clandestino que adoptaron la mayor parte de los partidos de izquierda de la época. Se privilegiaba el funcionamiento de un partido clandestino (o por lo menos de su dirigencia), de cuadros selectos y secreto.

En los años 70 el militante que “más ascendencia moral tenía” era “el militante a tiempo completo, aquél que vivía de las cotizaciones del partido” (Carlos Iván Degregori, entrevista personal). En ese periodo la militancia era de “puerta de calle”, volanteando en el sindicato (Nelson Manrique, entrevista personal). La militancia a tiempo completo se convierte en el eje estructurador de la vida privada de los militantes¹⁸. Los amigos son los camaradas de militancia; el tiempo y el dinero del militante se encuentran a disposición del partido. (Martínez 1997, 114)

¹⁸ Es así que luego de su salida de la cárcel a mediados de la década del 70 y alejada de la militancia, Maruja Martínez señala en su autobiografía: “Me siento rara haciendo una especie de ‘vida social’...” (Martínez 1997, 207)

Otro elemento significativo para la identidad *originaria* de la izquierda es la categoría de conflicto. Para Lynch (2005) uno de los elementos permanentes en la cultura política del siglo XX -tanto de parte de la izquierda como del APRA- ha sido la “cultura confrontacional”. Esta cultura política provino, según el autor, del enfrentamiento que desarrollaron ambas agrupaciones contra el régimen oligárquico e incluso del antagonismo entre ambas fuerzas políticas.

Para las izquierdas el conflicto, y más precisamente *la lucha*, es un principio que estructura la realidad social toda. Los debates iniciados en la década de los sesenta para caracterizar al Perú, buscaban en parte definir “la contradicción principal”; es decir, las características centrales que estructuraban la realidad contradictoria y definían a sus principales protagonistas. Como señala Moreno “(d)esde sus orígenes, el marxismo se ha desarrollado a través de la lucha; jamás en medio de la conciliación ni el reformismo. La lucha es su elemento.” (Moreno, 1986: 19)

“... para nosotros al principio las contradicciones eran lo básico de la sociedad, era la ley general universal [...] toda la ciencia de la política estaba en descubrir cuáles eran las contradicciones, la contradicción principal, las secundarias: si te equivocabas ahí fracasabas. Si acertabas con la contradicción principal de tu sociedad y ponías ahí las fuerzas, entonces *ya*. El gran acierto de Mao fue darse cuenta que no eran los obreros en la ciudad, sino los campesinos contra los terratenientes y el capitalismo burocrático [...], descubrió la fórmula para hacer la revolución en China...” (Carlos Iván Degregori, entrevista personal)

La forma en que la izquierda de los setenta desarrolló esta visión antagónica de la sociedad se expresó también en su práctica política. Los permanentes procesos de purgas y expulsión de disidentes de los partidos de izquierda, así como la disputa entre facciones *propietarias* de la verdad científica ofrecida por la ciencia proletaria, son producto de la herencia de la tradición leninista y del claro predominio del marxismo-leninismo (como ideología de Estado) en la mayoría de agrupaciones.

De la misma manera, los debates entre distintas posiciones al interior de los partidos eran llevados de manera dogmática por los militantes, lo cual facilitaba las rupturas. Esta visión no pluralista hizo que desde las izquierdas el conflicto se desarrollara entre dos líneas, donde sólo una de ellas era propietaria de la verdad y representaba los intereses objetivos de la clase. Ante esta verdad “revelada” por los partidos, estos pueden utilizar los medios que crean adecuados, sean estos legales o ilegales (Lynch, 2005: 41).

1.2 El encuentro con las masas en la clandestinidad (el gobierno militar y la izquierda)

La escena política en la cual actúa la Nueva Izquierda estuvo marcada por un gobierno militar encabezado primero por el General Velasco Alvarado

(1968-1975) y luego por el General Morales Bermúdez (1975-1980). El primero llevó a cabo muchos de los reclamos tomados por el pensamiento crítico de la primera reactivación: reforma agraria, reivindicación del petróleo, reforma de la empresa, papel rector del Estado en la economía, planificación, etc. (Rochabrun, 1986: 20).

A diferencia de Unidad, Patria Roja y la Nueva Izquierda se desarrollaron permanentemente en pugna con el proceso llevado adelante por Velasco, denunciando el carácter “falso” de la revolución que llevaba adelante. Velasco, según afirmó el semanario de izquierda Marka, era un militar que encabezaba una revolución democrático-burguesa; que sin duda era arriesgado, pero se negaba a dar el “el salto cualitativo” hacia la revolución socialista. Velasco se convirtió entonces en línea divisoria, en tanto marcó las diferencias entre la izquierda maoísta (incluida la Nueva Izquierda) y la izquierda soviética que decidió apoyar el proceso. La divergencia se produce también generacionalmente, pues muchos personajes pertenecientes a la generación inmediatamente anterior a lo que se llamó la Nueva Izquierda participaron de la experiencia velasquista.

“Yo tengo una ruptura ideológica, incluso emocional con esa generación. [...] Yo creo que uno tiene que decir algo que es doloroso, fuerte, pero que no hay que dejar de decir. Yo creo que una parte de la antigua izquierda, como una gran parte de la nueva izquierda tuvieron una actitud muy poco generosa ante la posibilidad que se abrió en ese momento, y fueron paradójicamente el obstáculo principal para las reformas que se hicieron.” (Héctor Béjar, entrevista personal)

Como puede verse, las opciones tomadas frente al velasquismo no sólo reafirman posiciones en ese período, sino que sus consecuencias iran más allá del mismo. Sin embargo, cabe preguntarse hasta qué punto esta división es tal y cómo la interpretaron la mayoría de grupos de izquierda de la época. Esto es, si bien la casi totalidad de la izquierda se definió en oposición al velasquismo, habría que analizar cuánto de la expansión de esta misma izquierda fue posibilitada por la “amplificación” de un discurso radical desde el mismo Estado. Algunos de los elementos claves del discurso de la izquierda de esa década obedecen a tópicos similares a los planteados por el Gobierno Revolucionario de las FF.AA.: el nacionalismo, el antiimperialismo o la permanente crítica a la oligarquía. Ya no se trata solamente, como menciona Rochabrún y Martínez (1997:152), de la “captura” de un programa político¹⁹, sino también de un discurso radical. Podría cuestionarse entonces si la expansión del radicalismo político obedece únicamente al paciente y esforzado trabajo de los grupos de izquierda de la época, o si mas bien el velasquismo fue su condición de posibilidad. Si esto último fuera cierto, la divergencia entre “Nueva Izquierda” y velasquismo ciertamente tendría que ser colocado dentro de una misma matriz.

¹⁹ Como señala Maruja Martínez “Muchas de las cosas que ha hecho Velasco van mucho más allá del programa que teníamos en VR: prácticamente nos habían dejado sin consignas.” (Martínez, 1997:152)

Para Béjar,

“...con Velasco el pueblo había encontrado por primera vez un lenguaje izquierdista desde el poder. Fueron 7 años de prédica izquierdista permanente: contra el imperialismo, la posibilidad de un gobierno gobernado por los trabajadores, etc. Que eran cosas que hasta ese momento pertenecían en el país a pequeños grupos muy marginados, muy marginales [...]. Entonces los únicos que quedaban con un lenguaje izquierdista, marxista eran pequeños partidos muy marginales, como el propio PC y las distintas versiones del PC, la versión pro-soviética, la pro-china, etc. En esas condiciones, si no hubiera habido la revolución de Velasco, probablemente se hubieran mantenido en esas condiciones marginales.” (Héctor Bejar, entrevista personal).

Sin embargo, para mediados de la década el objetivo de la revolución comenzó a mediatizarse. Si bien todos los partidos tenían como eje de su programa político llevar adelante la revolución, su propio acercamiento a las luchas concretas de los sectores populares los obligó a producir un giro. Como señala Pedraglio, a mediados de la década y en el marco de la reforma agraria se desencadenan una serie de tomas de tierra de parte de los campesinos que planteaban el problema de la tierra, así como el de “mejores condiciones democráticas”.

“Era conocer demandas campesinas que no tenían que ver con asuntos revolucionarios, sino que tenían que ver con reformas directamente. Entonces ahí fue que nosotros empezamos a sistematizar eso, a incluirlo como parte de una plataforma. [...] empezamos a elaborar algo que llamamos una plataforma de lucha. Entonces empezamos a separar el programa político del partido de las plataformas y comenzamos a elaborar plataformas que eran básicamente reivindicativas y de demandas.” (Santiago Pedraglio, entrevista personal)

La actividad política que en ese momento desarrollaba el PCR [Partido Comunista Revolucionario] con los movimientos campesinos obligó al partido a desarrollar una serie de propuestas de reforma para el sector, como por ejemplo mejora de las condiciones de producción, mejores precios para los productos agrícolas, etc. Estas demandas nada tenían que hacer con una plataforma revolucionaria, sino más bien reformista. (Santiago Pedraglio, entrevista personal)

Un segundo hecho -producto nuevamente de la actividad política cotidiana- es lo que Edmundo Murrugarra (VR) denominó “salir al encuentro de las masas”. Es decir, incorporar las luchas cotidianas del pueblo dentro de la estrategia y la táctica del partido. Nos encontramos frente a la misma situación que refiere Pedraglio: la incorporación de “demandas democráticas” cuyo horizonte no es la revolución. El trabajo político de Murrugarra con los sindicatos mineros del centro del país se inscribía en un debate mayor al interior de su organización política. En realidad, esta postura hacía frente a las facciones “militaristas” y “obreristas” ubicadas al interior mismo de VR (Caro, 2008: 6).

Y dice Lynch evaluando esta experiencia, “...el trabajo popular práctico que hacía la izquierda, esa idea de Murrugarra de ir a las masas impacta en la propia militancia.” (Nicolás Lynch, entrevista personal)

No pretendo afirmar que los dos ejemplos citados en los dos párrafos precedentes fueron comportamientos generalizados al interior de la izquierda durante la década de los setenta. Estos, en cambio, sirven para señalar cómo es que la idea de revolución como objetivo estratégico confronta con la realidad política donde estos partidos debían operar. Son pues los primeros síntomas de un problema que se desarrollaría mucho más claramente algunos años después.

El golpe encabezado por el General Morales Bermudez en el año 1975 planteó un nuevo escenario político al cual la izquierda tuvo que responder. La “segunda fase” se incio con una retórica muy próxima a la de la primera fase, sin embargo menos de un año después el gobierno se decantó claramente por la desactivación de las principales reformas de la etapa velasquista, sobre todo aquellas referidas a la comunidad industrial²⁰.

A partir de 1977 el gobierno de Morales Bermudez tuvo que soportar una creciente movilización popular. El 9 de julio de ese año se produjo el primer paro auténticamente de alcance nacional. El fuerte proceso de movilización social y una creciente crisis económica impusieron al gobierno militar la publicación de un calendario de transferencia del poder. Dicho calendario

²⁰ Así, la estructura legal de la Comunidad Industrial sufrió una serie de transformaciones que en la práctica la volvían inexistente. Asimismo, se debilitó la estabilidad laboral y la política de aumento de los niveles salariales fue dejada (Lowenthal, 1985).

incluyó la convocatoria a una Asamblea Constituyente, la cual se encargaría de redactar una nueva Constitución.

De este modo, por un lado la experiencia política concreta de la izquierda postergaba el horizonte revolucionario, por otro lado la irrupción de la escena electoral iba a cuestionar definitivamente la eficacia del llamado militante a tiempo completo, así como su importancia al interior de la organización política.

1.3. La descomposición del gobierno militar y la convocatoria a la Asamblea Constituyente.

La democracia -o, si se quiere poner de manera más específica, la convocatoria a elecciones- no fue la consigna que agitaron los partidos de izquierda. Ante el exitoso paro nacional del año 1977 y la creciente crisis económica que acechaba al gobierno militar, fueron los partidos de derecha los que levantaron la bandera de las elecciones generales: no los partidos de izquierda, que fueron más bien los protagonistas centrales en el proceso de movilización inmediatamente anterior. Si bien la mayor parte de la izquierda estaba a favor de la salida de “la dictadura”, ninguno se planteaba la convocatoria a elecciones como el horizonte estratégico al que se debía

apuntar sino tan sólo como un espacio de acumulación, como un movimiento táctico. En realidad, la totalidad de la denominada “Nueva izquierda” estaba a la espera de un estallido revolucionario que permitiera la toma del poder. De otro lado, tanto el PCP-U y el PSR²¹ levantaron como propuesta central la defensa del modelo económico de la “revolución peruana” (Nieto, 1985).

En este contexto puede apreciarse lo extraño que resultaría el proceso electoral de 1978 para la izquierda y, sobre todo, la democracia como horizonte. Esta imposición “democrática” obtendrá distintas respuestas de parte de la izquierda. Sólo Patria Roja y Sendero Luminoso se abstuvieron de participar en este proceso electoral (VR-PC se abstuvo, pero era una organización menos importante), y llamaron a boicotearlo. Sin embargo más allá de las voluntades de cada uno de los actores, la escala de los eventos fue tal que, aunque así no lo desearan, las organizaciones políticas de izquierda terminaron sufriendo profundas transformaciones.

Del cuadro siguiente se puede señalar que de las 12 organizaciones inscritas para el proceso de 1978, 7 eran de izquierda: PCP, UDP, PSR, FOCEP, FNTC, ARS Y PDC. (Bernaes, 1980: 35; citado en ONPE, 2005). No participaron Patria Roja, Sendero Luminoso y VR-PC.

²¹ El Partido Socialista Revolucionario (PSR) fue fundado en el año 1976 por un grupo de personas que habían participado en la experiencia velasquista y que ahora con Velasco fuera del poder y con el desmontaje de las reformas emprendidas por este se planteaban el reto de defender “las conquistas de la revolución”.

CUADRO N° 1: VOTACION ASAMBLEA CONSTITUYENTE 1978.

Lista	% de constituyentes	Lista	% de constituyentes
Partido Aprista peruano (PAP)	35%	Frente Nacional de Trabajadores y Campesinos (FNTC)	4%
Partido Popular Cristiano (PPC)	24%	Partido Demócrata Cristiano (PDC)	2%
Frente Obrero, Campesino, Estudiantil y Popular (FOCEP)	12%	Unión Nacional (UN)	2%
Partidos Socialista Revolucionario (PSR)	7%	Movimiento Democrático y Peruano (MDP)	2%
Partido Comunista Peruano (PCP)	6%	Acción Revolucionaria Socialista (ARS)	1%
Unidad Democrático Popular (UDP)	4%	Partido Democrático Reformista (PDR)	1%

Fuente: Tuesta, 2001: 567.

Observando los datos de la tabla anterior puede afirmarse que, en total, los siete partidos de izquierda -anteriormente mencionados- obtuvieron el 36% de los miembros de la constituyente y sumaron alrededor de 1,2 millones de votos. Este alto porcentaje se obtuvo pese a que el gobierno militar boicoteó permanentemente la participación de las agrupaciones de izquierda a través de la persecución y deportación de sus principales líderes (ONPE, 2005: 24).

Como señala Gálvez, para el conjunto de la izquierda radical la participación en las elecciones se planteaba en términos tácticos; esto es, aprovechar el espacio que otorga la disputa electoral y el enfrentamiento parlamentario, y acumular fuerzas para la revolución venidera. La democracia calificada como democracia burguesa se entendía únicamente como una modalidad de dominación de parte de las élites. Como afirma Degregori:

“...así como Lenin había entrado a la Duma entrábamos al ‘establo parlamentario’ para, y aquí viene el grave talón de Aquiles, que las masas tengan su propia experiencia con la democracia y se den cuenta de sus límites. O sea, nosotros ‘sí sabíamos’, pero como la masa no sabía, [...] no había que ser vanguardista y lanzarse reemplazando o [...] yendo mas allá de lo que las masas podían ir en ese momento [...]. Había una visión utilitarista-instrumentalista de la democracia. La democracia era para tres cosas: que la masa tenga su experiencia, hacer propaganda a la revolución, y denunciar los límites y destruirla desde adentro.” (Carlos Ivan Degregori, entrevista personal)

La democracia y concretamente las elecciones no son percibidas por el conjunto de la izquierda como la forma de acceso al poder. En este sentido la revolución -entendida como toma del poder- y las elecciones son mecanismos excluyentes para acceder al gobierno. Ya dentro de la Asamblea Constituyente, los partidos de izquierda desplegarán un amplio abanico de posiciones. Desde la conocida como “Moción Roja”, planteada por los trotskistas, que propuso que la Asamblea actuara por fuera del gobierno establecido -tratando de repetir la experiencia bolchevique y convertir la Constituyente en un Soviet (Lynch, 1999)-, hasta posiciones que trazaban gruesamente algunos planteamientos para el país y su posible ruta hacia el socialismo.

En 1978 la “izquierda radical” se enfrentó por primera vez a un proceso electoral y esto produjo en ella un paulatino alejamiento de lo sindical, o por lo menos la apertura de otro escenario, con sus propias claves y sus propios roles. Según Nieto (1983) más que el acto electoral, fue la dinámica política²² de dicho acto lo que condujo a los militantes y dirigentes de la izquierda radical

²² “La recolección de firmas, la nominación de cuadros públicos, la nominación de candidatos, la organización de la campaña electoral, las presentaciones en TV, los problemas de la forja de una imagen ante el país, la conquista del voto popular, la función del personero, etc.” (Nieto, 1983: 94)

por terrenos que ninguno había pisado antes, y los llevó a una progresiva interpelación de su discurso político. Los resultados electorales de junio de 1978 trajeron nuevas preguntas a la izquierda. Si, como se afirmaba en aquella época, “la práctica es criterio de verdad” los resultados electorales de 1978 le demostraron a las izquierdas las potencialidades del camino electoral.

Con el movimiento social en declive y unas elecciones generales *ad portas*, la dictadura militar -apoyada por el Partido Aprista- había logrado capear el temporal de protestas (Nieto, 1983: 101). El escenario para la izquierda pasaba ahora por una consolidación de sus aparatos partidarios, los cuales permitieran recoger lo ganado en una década de intensas movilizaciones y le permitieran una correlación política -por lo menos- expectante.

CAPÍTULO 2:

DE LA CLANDESTINIDAD AL ORDEN JURÍDICO POLÍTICO

2.1 La década de los 80: Democracia y movimientos sociales

Así no lo quisieran, el escenario electoral terminó atrapando en su órbita, a todos los partidos de izquierda, incluso a aquellos que se habían resistido a participar en las elecciones de 1978. Fue así que temas como candidaturas, planes de gobierno y estrategias electorales, pasaron de pronto a ocupar gran parte del tiempo de los partidos de izquierda. Fuera de órbita quedó, al igual que en la constituyente de 1978, un pequeño grupo: Sendero Luminoso. El mismo día de las elecciones, 18 de mayo, SL llevó a la práctica lo que muchos partidos de izquierda habían proclamado por más de una década: inició la lucha armada contra el Estado peruano, quemando las ánforas electorales en la localidad ayacuchana de Chuschi.

La izquierda en sus distintas versiones sabía de la importancia de construir organizaciones que aglutinaran dentro de ellas cada vez a más partidos y movimientos. En enero de 1980 se funda la Unidad de Izquierda, frente electoral que reunió en su seno al PCP-U, al PSR y algunos movimientos menores. Este fue el frente que llevó a la “izquierda tradicional” hacia el proceso electoral en ciernes (Nieto, 1983).

El 17 de enero del mismo año el PRT y la UDP anunciaban la creación de la Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI). Rápidamente, la mayoría de los grupos de la “izquierda radical” dieron su anuencia a la nueva formación política. Sin embargo, desde antes de su formación ya podían percibirse las dificultades del experimento²³. La imposibilidad de compatibilizar las aspiraciones electorales de sus líderes y los programas políticos de cada una de las organizaciones hizo que en marzo de 1980, a escasos tres meses de su fundación, ARI se fracturara. Del fracaso del ARI surgieron el PRT, UNIR, UDP²⁴ y el FOCEP (Nieto, 1983: 113). La ruptura del ARI fue quizás una de las últimas oportunidades de esa izquierda radical para construir una organización propia y establecer una base común con ese pueblo que quería representar (Gonzáles, 1999: 220). Según Alberto Gálvez la ruptura del frente ARI tendría

²³ “Patria Roja y VR-PC se negaron hasta en el propio Jurado Nacional de Elecciones a firmar la minuta constitutiva de ARI. Lo hicieron sólo a último minuto...” (Nieto, 1983: 112).

²⁴ El PRT estaba compuesto por una alianza de partidos trotskistas que incluía al propio PRT (H. Blanco), el PST (R. Napuri) y el POMR (Fernández).

El UNIR estaba compuesto por Patria Roja, MIR-Perú, el FLN (de Castro Lavarello), VR-PC y PCR-Clase Obrera.

La UDP estaba compuesta por VR Político Militar; PCR Trinchera Roja; PCP-Mayoría y al PSR-Marxista Leninista.

un impacto significativo para la izquierda radical más allá del proceso electoral de 1980. “Así, aquellos intelectuales que desde la revista *Amauta* habían sido los más entusiastas propulsores de la candidatura de Blanco, empezaron el viraje que los conduciría a la democracia liberal; nosotros en cambio, emprendimos un camino exactamente inverso, el que nos llevaría al MRTA.” (Gálvez 2004: 29)

Finalmente, el proceso electoral de 1980 tuvo entre los partidos en competencia a siete que se reclamaban de izquierda²⁵. En conjunto los partidos de izquierda obtuvieron 16%, 20% por debajo de lo obtenido menos de dos años antes. Asimismo, ninguno de los partidos se acercó al 12% obtenido por el FOCEP (primera fuerza electoral de la izquierda en el proceso electoral del año 78). UNIR, la primera fuerza de izquierda en las elecciones de 1980, obtuvo un magro 4%. Así mismo, la llamada “izquierda tradicional” representada por la Unidad de Izquierda (UI) consiguió 3%; mientras que la “izquierda radical” (UNIR, FOCEP, UDP y PRT) 11%. (Tuesta, 2001: 556- 558)

Los pobres resultados electorales de las elecciones generales de 1980 dieron un nuevo impulso a los afanes unitarios de la mayoría de partidos de izquierda. Cinco meses después de las elecciones generales de mayo, se

²⁵ Se ha utilizado los programas de gobierno de los partidos para agruparlos dentro de la “izquierda”. Ya sea por su autodefinición como partidos de izquierda o por su apoyo a una revolución socialista. El caso del FNTC es distinto, pues si bien no se ubica en ninguno de casos anteriores, luego formaría parte de Izquierda Unida.

forma el frente electoral de Izquierda Unida (IU): el 12 de septiembre de 1980, siete partidos (FNTC²⁶, FOCEP, PCP, PCR, PSR, UDP, UNIR) firmaron la declaración que daba nacimiento al frente. El nuevo proyecto llegó a agrupar en su interior a partidos y grupos marxistas y socialdemócratas, a cristianos de la Teología de la Liberación, a intelectuales de izquierda, y a las más de 200 ONG fundadas por ellos (Rochabrún: 1988, 95). Estuvieron ausentes del frente los trotskistas del PRT (ONPE, 2005: 50). Si bien IU nació para participar en los procesos electorales que se avecinaban, aspiraba a convertirse en una organización que encabezara la revolución en el Perú.

2.1.1 Del partido de cuadros al partido de masas.

Hacia fines de la década de los setenta la revista *Amauta* sirvió de escenario para un debate acerca de la eficacia del partido de cuadros frente al partido de masas en el nuevo escenario electoral abierto por el gobierno militar. El proceso electoral de la Asamblea Constituyente y los que vendrían obligaban “...a pensar la cosa más en grande”²⁷ (Sinesio López, entrevista personal).

²⁶ El FNTC tuvo una fugaz presencia al interior del frente (Herrera, 2002? S/F).

²⁷ Por ejemplo, en el caso de Patria Roja pueden distinguirse dos momentos claramente diferenciados. En sus inicios prima la idea de un partido de cuadros, pequeño, cerrado, en realidad casi clandestino. Sin embargo, a comienzos de los ochenta los documentos del Partido lanzan como consigna la transformación en un “partido revolucionario de masas”. Es decir, un partido que busca generar un intenso proceso de movilización social, influenciar e implantarse en una diversidad de espacios sociales, así como participar decididamente en el escenario electoral (Mendoza, 2007: 41).

Para Gonzáles el tránsito del partido de cuadros al partido de masas supuso una serie de transformaciones, tanto en el tipo de militante como en la forma de hacer política:

“...el militante a tiempo completo te circunscribe a un grupo de militantes y a un grupo que tú identificas como los tuyos, nada más. La democracia te obliga a pensar en otros que no son los tuyos, te extiende tu campo político. Y uno está acostumbrado a trabajar en su célula con diez compañeros, pero en la democracia tienes que ver una multitud de la que ni siquiera has oído hablar y tienes que convocarlos. Si quieres ser eficaz en la política entonces ya tienes que romper ese marco.” (Osmar Gonzáles, entrevista personal)

Según afirma Degregori el problema de la militancia estaba atravesado por una serie de factores que confluyeron en su debilitamiento. De un lado, el ciclo vital de los propios militantes juega un papel, pero al mismo tiempo juega también la apertura democrática, vinculada además a un replanteo ideológico en algunos sectores (Carlos Ivan Degregori, entrevista personal):

“En los 80 comienza a bajar y a bajar [la autoridad de los militantes a tiempo completo] y los que tienen más autoridad -ya no sé si moral, pero política- son los que están en la escena pública. Entonces no supimos hacer el tránsito a la escena pública, o no tuvimos la suerte de que hubiera un Lula [...]. Entonces quienes ocupan el espacio de actores principales son los parlamentarios...” (Carlos Ivan Degregori, entrevista personal)

Para Gálvez la redefinición del tipo de militancia no tenía que ver solamente con la conocida dureza de la vida clandestina, sino con la percepción sobre su creciente ineficiencia a medida que los procesos

electorales se iban sucediendo y donde la política se ejercía a través de la tribuna pública y los medios de comunicación (Gálvez, 2004: 27).

Según Gálvez los proyectos revolucionarios no son solamente fruto de “ciertas condiciones objetivas”: hace falta una voluntad decidida a emprender el proceso, y esta *voluntad no es un epifenómeno*, sino que está conectada tanto a las biografías de los individuos, como a los hechos históricos que se desarrollan y los horizontes ideológicos vigentes. De lo anterior se puede señalar que la voluntad necesaria para afrontar la militancia a tiempo completo se debilita en tanto las biografías individuales hacen cada vez más difícil esta tarea y los procesos históricos -la apertura democrática- la vuelve, por lo menos, una forma secundaria de hacer política. De esta manera la biografía personal, el ciclo vital y el proceso histórico se van tejiendo entre sí, estableciendo relaciones de interdependencia. Y creemos que también imposibilitando las miradas unidimensionales de la militancia a tiempo completo. Para la izquierda legal, la aceptación del fin del mito de la clandestinidad se da quizás el día en que uno de los más famosos militantes a tiempo completo se incorpora al escenario político nacional: Alberto Moreno, principal dirigente de Patria Roja.

Es sintomático que sea la figura del parlamentario la que tome el lugar del militante a tiempo completo como personaje central dentro de la izquierda.

Este hecho fue un reconocimiento de hasta qué punto la tribuna pública se convierte en el escenario principal para la izquierda de los ochenta, transformando su acción política *casi sin que ésta se diera cuenta*.

Precisamente *-el no darse cuenta-* fue un problema central, pues *dicho tránsito nunca fue explicado*; fue más bien una situación que se produjo de facto. Si bien hubo esfuerzos para señalar la importancia de la actuación en la escena política oficial, no logró elaborarse un discurso hegemónico en la izquierda para explicar dicha transición. La figura del militante a tiempo completo, clandestino, permaneció como parte del mito de la revolución, en tanto la nueva situación no fue legitimada frente a los militantes y simpatizantes.

La llegada del proceso electoral de 1980 no sólo supuso cambios en las formas de organización de los partidos de izquierda y del tipo de militancia que ahí se desarrollaba; supuso también modificaciones en las formas de funcionamiento de éstos y las relaciones que desarrollaban con otros actores de la sociedad. Si los procesos electorales obligaban a pensar a “una escala mayor”²⁸, el Perú de los ochenta obligaba a tomar en cuenta nuevos actores. Así, desde un sector de la izquierda se afirmaba que “...la proliferación de

²⁸ Sin embargo, no se trata solamente de un cambio de tamaño sino también de una transformación *cualitativa*, la cual involucra no solamente a un número mayor de personas, sino nuevos actores en escena, nuevas relaciones entre éstos, el problema de la gestión del Estado, etc.

organizaciones populares, sumadas a las instituciones creadas por el Estado y la burguesía en su proceso de modernización y conectadas por un desarrollo acelerado de los medios de comunicación, han creado una importante opinión pública que es necesario conquistar...” (MIR, 1983:12)

En la misma línea, López recuerda como esta opinión pública redefinió la militancia:

“Yo había organizado obreros, había organizado algunas pequeñas cosas, pero no había visto eficacia. En cambio, lo del medio [El Diario de Marka] tenía mucho más capacidad. Obviamente, producía muchos más hechos políticos importantes que estar militando.” (Sinesio López, entrevista personal)

En este nuevo escenario era hasta cierto punto comprensible que quienes tuvieran ahora más ascendencia al interior de los partidos fueran los parlamentarios -principales protagonistas de este nuevo espacio llamado “la opinión pública”- u otras personas vinculadas a los medios de comunicación *que la propia izquierda poseía*. Se puede entender también como la estructura de partido de cuadros resultó ya “ineficaz”.

Este doble movimiento del partido de cuadros hacia el partido de masas por un lado; y por el otro de la política clandestina hacia la electoral, nunca fue asumido por la mayor parte de agrupaciones de izquierda, según Nicolás

Lynch. Según éste la vida orgánica de la mayor parte de dichas organizaciones se desarrolló en los espacios más limitados de su militancia –y en el mejor de los casos, de su periferia-, pero nunca en este espacio que podría denominarse “la opinión pública”. En realidad, para Lynch muy pocos partidos y grupos dentro de la izquierda entendieron la profundidad de estos cambios. Ya en los años siguientes, el alejamiento del partido revolucionario y clandestino sería una forma de desmarcarse de Sendero Luminoso.

2.1.2 Pensando la democracia

A medida que la democracia se iba asentando en la escena nacional y a las elecciones presidenciales de 1980 le sucedieron las municipales de ese mismo año, la discusión sobre la democracia se iba profundizando. Para la mayor parte de los partidos de izquierda (salvo para Patria Roja)²⁹ el proceso electoral de abril de 1980 era el segundo al que se enfrentaban luego de las elecciones para la Constituyente de 1978.

Con una buena dosis de pragmatismo, Patria Roja decidió participar en el proceso electoral de 1980, aunque al mismo tiempo el candidato presidencial Horacio Ceballos empuñaba un fusil de palo durante el cierre de campaña

²⁹ Como ya se mencionó el otro partido que decidió quedar fuera del proceso electoral de 1978 fue SL, pero ellos tampoco participarían de las elecciones presidenciales de 1980.

(para dejar en claro cual era la apuesta del partido). Sin embargo, a medida que la década avanzaba, el conocido lema de Patria Roja “el poder nace del fusil” fue poco a poco discretamente retirado.

La revolución como momento de asalto al poder se desdibujaba. La apertura democrática obligaba a replantear las cosas. La conquista del poder ya no podía ser concebida como su toma por asalto por parte de una organización altamente especializada, sino por el contrario como señalaba el MIR “... la conquista por parte del proletariado y del pueblo de la hegemonía en la sociedad, en esa red de organizaciones que constituyen la ‘sociedad civil’, combinando la fuerza y el consenso o en otras palabras, todas las formas de lucha” (MIR, 1983: 13).

Así mismo, temas como los derechos políticos (antes percibidos como subproductos de los derechos económicos) aparecen en el debate. La lucha por su ampliación pasa a ser tarea central de la izquierda³⁰.

Mientras la revolución se alejaba y se hacía más borrosa para los partidos de la izquierda legal (o se transformaba en la pesadilla polpotiana de SL), “la democracia” ocupaba el lugar dejada por ella. Se podría afirmar que e/

³⁰ “...tildar las libertades políticas actualmente vigentes como ‘democracia burguesa’ significa regalarle a la burguesía peruana la democracia y la vocación democrática que nunca tuvo.” (MIR, 1983: 17)

mito pasó a ser el mito democrático. Sin embargo, este mito no posee un mínimo grado de precisión. Como señala Rolando Ames, “(u)na de las más graves carencias del pensamiento político socialista, y ésta si es de larga data, es la del diseño concreto de la democracia superior que se plantea, de las formas institucionales del nuevo Estado.” (Ames, 1986: 11)

A partir de los documentos partidarios revisados, hay algunos conceptos que podrían vincularse al discurso sobre la democracia que elaboran los partidos de izquierda.

Un primer elemento es entender la democracia como un momento de ampliación de la participación en la toma de decisiones sobre la cosa pública. La democracia en este caso es el momento donde las masas participan directamente (a través de diversos canales) en el proceso de cambio. Ya no se encuentran mediatizadas por los representantes del parlamento -miembros de la élite que se intenta derrocar.

Un segundo elemento es la aparición “desde abajo” de organizaciones que funcionan como germen de una nueva democracia, que demostraban cómo la “democracia directa” se iba abriendo paso. La aparición de los Frentes de Defensa a mediados de la década es interpretada por Alberto Moreno como una nueva forma de poder construida desde abajo, que permite acumular poder para “...llegado el momento, derrocar el poder.” (Moreno, 1986: 40)

Un tercer elemento, que forma parte de la “democracia directa” esbozada por Moreno, está referido a una serie de tópicos cotidianos hoy en día, y que no resultan ni mucho menos privativos de la izquierda: participación, fiscalización, y la posibilidad de revocar a las autoridades estatales. En este caso se repite el énfasis en una desconfianza hacia el Estado (en tanto éste es un instrumento de clase) y la fe en la capacidad que tienen las masas de hacer la política de manera directa, sin la intermediación de ninguna institucionalidad que les sea ajena.

Sin embargo, el tema de la democracia no sólo problematiza la realidad fuera del frente, sino también dentro de él. A lo largo de toda la década, la democracia interna ocupó un lugar privilegiado en las discusiones al interior de IU. Al interior del frente se vivirá una permanente tensión entre aquellos que apostaron por mecanismos que lo democratizaran, y aquellos que por diversos motivos sostuvieron la permanencia de una representación corporativa, frente a las formas liberales de representación. Esta permanente tensión puede ser analizada en torno a dos temas ocurridos en esa década: la carnetización del frente, y lo que se conoció como la práctica del “cuoteo”³¹. Como recuerda Javier Torres a propósito de la situación de los partidos de izquierda al interior de la Universidad Católica hacia mediados de los años ochenta: “Muy poca gente militaba o entró a militar en partidos. Ese es mi recuerdo. Había una cosa

³¹ El “cuoteo” hace referencia a la forma en como los distintos cargos al interior del frente, así como las listas para las diversas elecciones eran conformadas de acuerdo a cuotas asignadas a cada una de los partidos que integraban IU.

gaseosa general y sentimental que era la izquierda, y tú ubicabas a tres que eran de o vinculados a la juventud del PUM o al Partido Comunista; pero eran una o dos personas...” (Javier Torres, entrevista personal)

En el mismo sentido de la afirmación de Torres escribía en enero de 1984, Alberto Flores-Galindo.

“¿DE DONDE SALIERON? es la pregunta que debieron formularse los militantes que asistieron al mitin de cierre de campaña [para las elecciones municipales de 1983]. Los de siempre [los militantes partidarios] terminaron perdidos en medio de esa multitud compacta y heterogénea que se arremolinaba alrededor del local de IU, en la avenida Grau.” (Flores Galindo, 2007: 75)

El paso hacia un frente de masas hizo inevitable que los cuadros partidarios quedaran en clara minoría frente al inmenso número de simpatizantes de IU y de militantes identificados directamente con el frente³². Sin embargo, un sector importante de los partidos de IU no permitió un cambio organizativo que asumiera dichas transformaciones.

“...yo estaba en el comité directivo de IU [...] los que quisimos democracia interna fuimos los que después convergimos en el PUM, mientras que los PC los escuchabas y les tenían miedo a las masas: ‘no, que se nos pueden infiltrar’. O sea, ellos estaban viviendo en la Rusia de 1905, la Ojraña [policía secreta del Zar], Lenin, partido secreto,

³² Para Flores Galindo la identificación de los nuevos simpatizantes de IU no era ni con el frente mismo, ni con su ideología; sino era en gran parte con la figura de Alfonso Barrantes. Sin embargo Flores Galindo subrayaba que debido al carácter espontáneo de dicho apoyo, este podía desaparecer también espontáneamente. (Flores Galindo, 2007: 78-9)

partido de cuadros, selectos, secretos. O sea era como un sacrilegio, algo así...” (Carlos Ivan Degregori, entrevista personal)

Durante el proceso de convergencia que llevaría al nacimiento del PUM
Javier Diez-Canseco sostenía:

“...Izquierda Unida como frente socialista de masas debe convertirse en una realidad, abriendo paso a la construcción de los comités de base y abriendo las puertas a la democracia que tanto se pregona pero que tan poco se aplica. Los militantes del movimiento popular que se identifican con la izquierda tienen derecho a decidir los destinos de la izquierda, tienen derecho a elegir sus dirigentes, tienen derecho a definir el camino;...” (Vanguardia Revolucionaria, 1983: 10)

En 1983, durante el I Comité Directivo Nacional, se discutió y se rechazó el proceso de carnetización³³. Según señala Herrera, el PCP-U, junto a Patria Roja y partidos menores como el FOCEP, rechazaron el proceso de cara al posible predominio en IU de partidos más numerosos, o por los independientes del frente, o por el mismo Barrantes. Se trataba de preservar las ventajas obtenidas en su calidad de fundadores del frente (Herrera, 2002?: 155). En contra de este proceso, según Degregori, también se encontraba su mismo Presidente, Alfonso Barrantes, quien temía que una “democratización” del frente permitiera el surgimiento de nuevos líderes, o el despunte de los líderes partidarios.

³³ La llamada carnetización se refiere a la entrega de “carnets” a todos los militantes del frente Izquierda Unida. De esta manera se podría tener una idea exacta del número de militantes del frente, y podría por lo tanto establecerse comparación con el número de militantes de los partidos que lo integraban.

En este tema se transparenta algo que mencionan algunos de los entrevistados: la visión instrumental de la democracia, en este caso de la democracia interna. Desde las diferentes posiciones, la preocupación por la “democratización del frente” estuvo supeditada a los intereses de las distintas facciones, en la medida en que ésta podía redefinir las correlaciones de poder al interior de IU.

2.1.3 Conflicto, pluralismo y violencia.

La pregunta que cabe formular es si el nuevo contexto político planteaba a la izquierda en general una transformación de aquello que hemos denominado *el conflicto*. Como vimos en la sección anterior la izquierda se desarrolló en permanente confrontación no sólo con el gobierno militar -en sus dos fases-, sino también entre las propias organizaciones que se identificaban a su vez como de izquierda.

La “apertura democrática” (y todos los fenómenos conexos que hemos ido revisando hasta el momento) supone un nuevo marco en el cual el conflicto y la confrontación son vividos de manera diversas por las organizaciones de izquierda. Los distintos esfuerzos unitarios de la izquierda suponen de facto la legitimación de los distintos grupos que participan de dichas experiencias.

Además, la postulación a los sucesivos procesos electorales supone también algún grado de reconocimiento de partidos y organizaciones que no podían ser ubicados dentro del espacio de la izquierda de aquella época. Se produce entonces una tensión entre el pluralismo político implícito que acompaña el proceso de apertura democrática y las propias posiciones de las diversas organizaciones al respecto. En este sentido Sinesio López observa una diferencia de la apertura democrática de los años 80,

“Cuando tú estás en la izquierda clandestina lo que existe es la organización, lo que existe es en todo caso movimiento de masas y punto. No existe opinión pública, no existe deliberación, debate público ¿no? Existe una razón que tienes que difundir. La discusión es interna, entre líneas.” (Sinesio López, entrevista personal)

Recién durante los años ochenta, y de manera muy desigual, los partidos de izquierda desarrollan posturas permeables al pluralismo. La apertura electoral y la creación de IU coincidieron con la aparición de temperamentos donde los partidos no se asumen a sí mismos como propietarios de *la línea correcta* frente a aquellos que no la poseen. Así, durante el I Congreso del MIR en 1983 se afirmó:

“Somos una vertiente dentro de la izquierda de este país heterogéneo y múltiple. Existen otras [...] La gran mayoría se agrupan en Izquierda Unida; todas luchan por el socialismo y son parte del campo popular, representantes del pueblo en formación, de un pueblo que aspira a la unidad.” (MIR, 1983: 7)

El documento anterior producido a propósito del proceso de reunificación del MIR en 1983, muestra un reconocimiento y legitimación del resto de los partidos de izquierda. Ya no se trata entonces de una *línea* que combate a otra por demostrar cual de las dos es la *verdadera*; sino la apertura de un espacio donde diversas experiencias partidarias confluyen.

Ese mismo año, el documento titulado “III Congreso de Vanguardia Revolucionaria” vuelve sobre el tema del pluralismo³⁴ señalando que “Se garantizará el pluralismo político, con participación de partidos y organizaciones políticas populares.” (VR, 1983: 83)

A diferencia de lo mencionado a partir del documento del MIR, esta cita se refiere a un pluralismo *hacia afuera* de la izquierda (ya IU en ese momento). En este caso el pluralismo se entiende como la aceptación de otras organizaciones que podrían ser ubicadas en aquello que se denominó “el campo popular”; en otras palabras, potenciales aliados de la izquierda en su proyecto político.

³⁴ Tanto el documento MIR (1983) como el VR (1983) son los documentos con los que ambas organizaciones partidarias abordaron su proceso de unificación, el cual concluyó al año siguiente con la creación del Partido Unificado Mariateguista, PUM.

Algunos años después Manuel Dammert señalaría la importancia del pluralismo político (Dammert, 1988: 32). Impacta también en esto la multiplicación de espacios de lucha y la legitimación que adquieren en algunos sectores de la izquierda nacional reivindicaciones de tipo étnico, de sexo y generación (Ames, 1986: 15).

El avance del pluralismo político al interior de la izquierda también se encuentra relacionado con el debilitamiento del marxismo-leninismo como ideología predominante en algunos de los sectores que conformaban IU. Sin embargo esta apertura al *pluralismo* fue denunciada por aquellos sectores de IU más próximos al marxismo-leninismo, los cuales calificaron dicha apertura como acercamientos al liberalismo.

En el análisis de Degregori:

“...la izquierda peruana tuvo su perestroika temprana pero incompleta. Temprana; entonces no teníamos muchos elementos, éramos casi pioneros [a principios de los ochenta] [...] E incompleta justamente porque no pudimos, la mayoría, abandonar el marxismo-leninismo. El MIR entra en minoría al PUM cuando ya abandona el marxismo-leninismo y dice ¡eso no! [...]. Y la incompletitud tiene que ver más que con el abandono de la lucha armada -que recién se vuelve importante cuando Sendero aprieta- y hay esto en el PUM [la discusión sobre la necesidad de organizar un aparato militar al interior del partido] con no entender la democracia...” (Carlos Iván Degregori, entrevista personal)

Prueba de estas diferencias son las posturas surgidas desde las propias vertientes del marxismo-leninismo al interior de IU. Así, los documentos que recogen las conclusiones del VI Congreso de Patria Roja (ocurrido en 1986) sostienen que:

“La vigencia del marxismo-leninismo como teoría revolucionaria del proletariado no está en debate. Los fracasos, retrocesos o traiciones producidos en el ámbito internacional no tienen que ver con la certidumbre de su validez científica o con sus postulados transformadores de la sociedad capitalista, sino con imperdonables traiciones, deformaciones o errores producidos en el quehacer revolucionario.” (PCP-Patria Roja, 2001: 27)

Según afirmaba en 1987 Raúl Wiener, miembro del Partido Unificado Mariateguista (PUM), el pluralismo no podía ser aceptado en tanto éste supone la posibilidad del regreso de la burguesía al poder. Las posturas pluralistas, según el autor, pretenden alejar a IU del camino revolucionario y de la democracia popular (Wiener, 1987: 24). Este intento de cambio de la identidad, en primer lugar, del PUM y de IU en general debe ser rechazado, rescatando:

“... el marxismo-leninismo que deberá probar que la ciencia revolucionaria del socialismo todavía mantiene toda su vigencia contra todas las modas revisionistas, y que sigue siendo el único instrumento apto para llevar adelante la lucha contra la influencia burguesa en las filas del pueblo.” (Wiener, 1987:20)

Para Wiener, las posturas de los integrantes de la revista *El Zorro de Abajo*³⁵ eran un intento por *cambiar la identidad del frente y del partido*; intento que como se sabe fracasó con la ruptura de IU, con la posterior desaparición de esta última y de Acuerdo Socialista de Izquierda³⁶.

A partir de la lectura del programa de gobierno de ASI se hace evidente su ruptura con una visión revolucionaria de la política. Afirma Degregori, que ya para las elecciones de 1990 ASI elabora una comprensión de *la política como cooperación y disputa entre adversarios* “... o sea éramos el ala izquierda del sistema, abiertamente desde la ruptura de IU.” (Carlos Ivan Degregori, entrevista personal)

Otro tema que influye en el avance del pluralismo político al interior de las organizaciones de izquierda es lo ocurrido fuera del país, donde diversas dictaduras latinoamericanas llevaron la represión a nuevos límites y donde se gestan desde la izquierda -inicialmente- importantes movimientos de derechos humanos. La izquierda peruana no sería ajena a esta problemática. No sólo el constante flujo de exiliados de diversos países hacia el Perú, sino también el progresivo avance de Sendero Luminoso y la consecuente respuesta represiva

³⁵ El texto escrito por Wiener que estamos utilizando en esta sección busca entrar explícitamente con las posturas que venían desarrollando quienes estaban organizados alrededor de la revista *El Zorro de Abajo*, algunas de las cuales planteaban un rompimiento explícito con aquello que se había identificado como el marxismo-leninismo.

³⁶ Acuerdo Socialista de Izquierda (ASI) daría paso a Acuerdo Socialista (AS), organización que postularía a Alfonso Barrantes en las elecciones de 1990.

del gobierno³⁷ colocaban en primer plano el tema de los Derechos Humanos y por ende del pluralismo político. Con los DD.HH ya no se trata solamente del reconocimiento de la existencia de una pluralidad de actores políticos existentes, sino de *la necesidad de su existencia* para un funcionamiento democrático de la sociedad. El pluralismo político ingresa a la discusión de la izquierda a través de la ruta de los Derechos Humanos.

Sin embargo, la resistencia de algunos sectores de la izquierda para saldar cuentas con la lucha armada y la toma del poder como sinónimo de la revolución marcan los límites del pluralismo político vividos por importantes sectores de la izquierda. Se reconoce la existencia legítima del conjunto de organizaciones de izquierda, de movimientos sociales de diverso tipo. Se hace referencia a un campo popular donde participan un conjunto de actores legítimos todos ellos.

Hasta el final de los años ochenta persisten esquemas como el de la denominada “trenza”³⁸, o las propuestas que buscaban militarizar algunos

³⁷ No se debe olvidar que según la CVR los años 1983 y 1984 fueron los años donde se reporta una mayor cantidad de muertos y desaparecidos.

³⁸ La estrategia conocida como “la trenza” fue esbozada por Ricardo Letts en dos sucesivos artículos periodísticos aparecidos en el diario *La República* los días 8 y 17 de junio de 1988. En dichos artículos Letts señala que para afrontar la tarea de desarrollar la Revolución en el país es necesaria “el carácter integral de la línea política” articulando tres componentes: a) la estrategia política llevada adelante por el partido en la escena estatal, legal, parlamentaria, etc; b) la estrategia del movimiento popular que se desarrolla a través de marchas, asambleas, paros, etc.; y c) la estrategia que desarrollan los grupos alzados en armas “a través de sus acciones de lucha armada, desde la clandestinidad y la ilegalidad. Este es el curso del accionar del PCP (SL) durante los últimos 8 años...”. Se trata entonces de tres componentes de una estrategia convergente.

partidos, ellas no permitieron un zanjamiento definitivo con la lucha armada y la opción revolucionaria. Expresión de dichas posturas es el siguiente fragmento:

“El más elemental principio de la política es saber distinguir la naturaleza de las fuerzas políticas. El gobierno aprista, con toda su demagogia nacionalista y popular, se encuentra colocado en el campo de la reacción contra las masas. [...] Sendero es, con todas sus aberraciones y provocaciones, una fuerza política del campo popular.” (Wiener, 1987: 48)

El pluralismo político encuentra su límite frente a la lucha armada y la violencia revolucionaria como mecanismos legítimos de la acción política. Ya para fines de los años 80, luego de la separación de Izquierda Unida, Acuerdo Socialista se referiría así al tema del conflicto en la sociedad: “...aún cuando los intereses de unos [empresarios] y otros [trabajadores] no son los mismos, consideramos que la gravedad de la crisis aconseja el establecimiento de un diálogo permanente entre ellos...” (Acuerdo Socialista, 1990: 4)

Sin embargo, pese a que como señala Degregori, ASI se asume, para las elecciones de 1990 como el “ala izquierda” al interior del sistema político peruano, existía aún una visión conflictiva de la realidad social. Se reconocía que trabajadores y empresarios tenían intereses distintos, aunque no necesariamente contrapuestos; o en todo caso no contrapuestos en el escenario de principios de los años 90: ASI apostaba por lo que llamó un “Acuerdo Nacional por la Paz”, que incluía no solamente a las otras fuerzas

políticas, sino también al Estado y sus instituciones armadas. Era claro que para AS, la revolución y la disputa contra el Estado había dejado de ser el horizonte político bajo el cual se movían (por lo menos en ese periodo).

Al producirse una transformación democrática del conflicto, la estrategia de AS permitió la incorporación de otros sectores que podía tener intereses contrapuestos, pero que no por eso se convertían en enemigos.

2.1.4 Del clasismo al protagonismo popular

En esta sección se aborda otro tema que se juzga central en el proceso de reconstitución de la izquierda: el problema del sujeto político. En líneas generales puede afirmarse que la izquierda transitó desde el “clasismo” o “la clase” como sujeto político, hacia los movimientos sociales (o como se propuso en el Perú, el “protagonismo popular”).

En su libro *Señales sin respuesta* Osmar Gonzáles ubica el surgimiento del discurso del “protagonismo popular” en 1981. En aquella época, Rolando Ames, junto a Rosa Alayza, Fernando Romero y Jaime Joseph (todos integrantes del movimiento de profesionales católicos) inician desde el Instituto

Bartolomé de las Casas una reflexión sobre el tema de la participación directa de los sectores populares en la escena política (Gonzáles, 1999: 131). Siendo entrevistado por Gonzáles, Ames caracterizó así a su propuesta: “El *clasismo* popular o el protagonismo popular es el movimiento popular en lucha. Lo que yo había tratado de elaborar era una cosa que mezclaba la cosa política con un proceso más de individualización, con un proceso cultural de autoafirmación.” (Gonzáles, 1999:132. Las cursivas son mías)

La idea del “protagonismo popular” era, en primer lugar, una manifestación más del paulatino alejamiento de un sector de IU respecto al marxismo-leninismo y de la cada vez mayor importancia de Gramsci, Althusser, Poulantzas y el denominado eurocomunismo³⁹ en la elaboración teórica de dicho sector.

Como afirma Gonzáles si “...en los años setenta era el proletariado el portador de la misión revolucionaria, a fines de esa década y más precisamente en los ochenta, es el movimiento popular en su conjunto el que toma la posta de la transformación social.” (Gonzáles, 1999: 189).

³⁹ Con el término “eurocomunismo” se “...intentaba sintetizar algunos procesos, muy complejos, que llevaron a una diferenciación de las posiciones sobre política internacional y sobre estrategia interna entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y algunos partidos comunistas de la Europa occidental...” (Bobbio, 2000a: 601). Para Bobbio es por lo menos en tres campos que se diferencian a los partidos llamados “eurocomunistas”: la conquista del poder, la gestión del poder, y la naturaleza del partido (su autopercepción). (Bobbio, 2000a: 601)

En segundo lugar, esta idea de “protagonismo popular” fue también una nueva vuelta de tuerca en las reflexiones socialistas respecto a la centralidad del “pueblo” en los procesos sociales (Gonzáles, 1999:187).

En tercer lugar, esta idea también respondió a un escenario social nuevo: mientras el Gobierno Militar significó la cancelación definitiva del régimen oligárquico y aceleró la modernización social y política que el país vivía desde hacía un par de décadas, el regreso a la democracia encontró una multiplicidad de identidades nuevas: no sólo se trata de los obreros industriales; eran también las nuevas organizaciones sociales, los migrantes, o -lo que desde las ciencias sociales se llamó- el proceso de cholificación, etc. La democracia daba la oportunidad para la expresión de un sin fin de nuevas identidades, y con el regreso de las libertades civiles estos nuevos actores hicieron escuchar su voz trayendo consigo un conjunto de nuevas problemáticas. Los “nuevos movimientos sociales” -como se pasó a denominar a dichos sectores- agrupaban a organizaciones diversas: de sobrevivencia, feministas, de lucha contra la delincuencia, de autogestión del espacio urbano, entre otras.

En cuarto lugar, la idea de “protagonismo popular” expresaba también un giro que se había producido en algunos sectores de IU. Concretamente, desde la “Comisión de Plan de Gobierno” para las elecciones de 1983 se

imprime al mencionado plan un énfasis hacia “las preocupaciones de la vida cotidiana”. Por ejemplo, el “vaso de leche” supone preocupaciones cotidianas incorporadas en una plataforma política e, incluso, traducidas en un plan de gobierno (Federico Arnillas, entrevista personal).

Desde otra lectura, el surgimiento del “protagonismo popular” provendría más bien del progresivo debilitamiento de la clase obrera y la urgencia de “ubicar” un nuevo sujeto político. Nelson Manrique dice al respecto:

“Cuando entra en crisis un sujeto la tendencia natural es correr a buscar otro. [...] Creo que la ausencia del movimiento clasista tiene que ser cubierto por el movimiento popular. Cuando creamos SUR hacíamos los eventos en la Federación Gráfica. Había cientos de asistentes en el '86. Para el '90 tuvimos que mudarnos de local porque éramos 10, 12 personas, y la Federación Gráfica se convirtió en ‘chichodromo’. No es que alguien desplaza al clasismo sino que éste implosiona, y ese es un fenómeno mundial. Creo que tiene que ver con la transición del capitalismo industrial a la sociedad de la información.” (Nelson Manrique, entrevista personal)

Según Roberts la izquierda peruana de los años 70 había vivido un rápido crecimiento en parte gracias a la fuerte expansión industrial que experimentaba el Perú en aquellos años. Esta expansión se refleja en el número de trabajadores fabriles, el cual salta de 428 mil en 1961 a 643 mil diez años después. Esta expansión de la masa de trabajadores industriales se traduce además en un aumento de las organizaciones sindicales, así como continuas movilizaciones entre cuyas demandas estaban los aumentos

salariales, reconocimiento de derechos laborales, y la autonomía del movimiento sindical. (Roberts, 1996: 77)

Estas condiciones favorables para el desarrollo del movimiento obrero fueron drásticamente modificadas a partir de mediados de los años 70. La segunda fase del gobierno militar supuso el fin del apoyo estatal al movimiento sindical, así como el progresivo desmontaje del marco legal que había los había beneficiado durante la primera fase de la experiencia militar. A esto debe sumarse la crisis económica que golpearía al Perú a partir de mediados de los años 70 y que se prolongaría casi sin excepción durante toda la próxima década.

Esta crisis económica se refleja en algunos indicadores. Tenemos que para el año 1991 el salario real de los trabajadores representaba tan sólo el 9.9% del salario de 1979. En 12 años el salario real había caído en más de 90%. Asimismo, la fuerza de trabajo fabril en Lima se redujo desde 744 mil personas en 1976 a solo 430 mil en 1989. Es decir se había retrocedido prácticamente a los niveles exhibidos en 1961. Finalmente, la población económicamente activa sufrió un proceso de *informalización*, lo cual supuso que dicho sector creciera desde un 32.8% de la PEA en 1981 hasta un 47.6% en 1991. (Roberts, 1996: 79)

Resulta claro entonces que el desplazamiento de la izquierda desde el clasismo hacia los movimientos sociales no es el producto de influjos teóricos llegados de tierras más o menos lejanas; ni tampoco solamente producto del proceso de la “apertura democrática” y la consecuente proliferación de nuevas organizaciones sociales; está también íntimamente relacionado a los cambios que sufrió el país en su estructura económica a partir de mediados de los años 70. Sin embargo, más allá de las razones conviene discutir el impacto que dicha transformación ejerció en la izquierda peruana.

Según Ames y Nieto el discurso sobre el “protagonismo popular” plantea que, el Estado peruano forjado a partir de la independencia de la República tenía una peculiar inspiración liberal, la cual se traduciría en una serie de instituciones que reproducían el orden colonial a partir del cual nació. Así, las instituciones políticas, administrativas, junto al sistema económico, convirtieron al Estado en el guardián de un orden social “injusto” más que en factor de unificación nacional (*Cuestión de Estado* N° 1: 13). Sin embargo, este “Leviatán” ha sufrido sucesivas oleadas de democratización encabezadas por las organizaciones y clases populares (Ames y Nieto, *Cuestión de Estado* N° 1: 14).

Según diría Sinesio López, los sectores populares no solamente son relevantes en tanto constructores de un tejido popular, sino en tanto

constructores de un nuevo tipo de sociedad a partir de sus propias prácticas que van configurando un orden alternativo. Así, desde este nuevo orden social se gesta la construcción de un nuevo Estado desde lo nacional popular, opuesto a lo nacional estatal (Gonzáles, 1999: 190).

El discurso sobre el “protagonismo popular” colocó a estos nuevos movimientos como promotores de la construcción de nuevas prácticas sociales que tenían como componente esencial su “profundo carácter democrático”. Eran “nuevas formas de hacer política”; el ejemplo vivo de la utopía autogestionaria, los “constructores de un nuevo mundo”⁴⁰, del nuevo Estado.

Otro elemento que se unió a este tema surgió del balance formulado a finales de la década de los ochenta y ha sido una piedra de toque permanente en la explicación de una serie de problemas en el país: la *crisis de representación*. Así, Montero (1987) dio cuenta de diversos encuentros realizados entre, por un lado, el gobierno aprista, Izquierda Unida y algunos centros de promoción social y, por el otro, “los movimientos populares”; describiendo el intento de estos partidos de establecer una relación más orgánica con sus bases (Montero, *Cuestión de Estado* N° 1: 6). La autora va a afirmar que finalmente estos encuentros reflejaban la necesidad de parte de los

⁴⁰ Conquistadores de un Nuevo Mundo fue el título del libro escrito por tres intelectuales vinculados a la izquierda: Nicolás Lynch, Carlos Iván Degregori y Cecilia Blondet. El libro, editado en el año 1986, relata una de la formación de una zona en lo que luego se conocería como el distrito de San Martín de Porres.

partidos de recoger *in situ* las demandas de los sectores populares y el reconocimiento implícito de la crisis de representación del sistema político nacional (Montero, *Cuestión de Estado* N°1: 9). En la misma revista Ames y Nieto, hablando de la crisis de representación, dirán:

“El fondo último de la actual crisis de representación tienen que ver con este desfase: la existencia de un conjunto variado y heterogéneo de prácticas sociales, que delinean implícitamente un conjunto de reglas constitutivas de la política, las cuáles no son asumidas a plenitud ni por las instituciones estatales, ni por los actuales sujetos políticos.” (Ames y Nieto, *Cuestión de Estado* N°1: 17)

Si bien existió mucho entusiasmo respecto a las potencialidades para la acción política que el “protagonismo popular” representaba, también había un riesgo al asumir esta apuesta de construcción y acción política. Por el lado de la construcción el peligro residía en el énfasis en la consolidación de dichos movimientos por sobre la consolidación del partido. Por el de la acción, el riesgo estribaba en el hecho de que ya no sólo actuaban en la esfera social, sino que pasaban a ocupar un lugar central en la esfera política. Tomando en cuenta esto existen por lo menos cuatro problemas en un enfoque centrado en el “protagonismo popular”⁴¹.

En primer lugar, los “movimientos sociales populares” tienen lugar no sólo en medio de una fragmentación social respecto al escenario social

⁴¹ Algunos de estos problemas fueron señalados en su momento por sus propios impulsores.

anterior, caracterizado por organizaciones centralizadas; sino además presuponen una diversidad de intereses. En este marco, la falta de una mirada que vaya más allá de los intereses inmediatos de éstos puede hacer que se caiga en lo que algunos denominaron una “mirada particularista”. Uno de los reclamos constantes de los movimientos sociales populares era la “autonomía”. Este hecho, aparentemente positivo en tanto podía entenderse como “el reconocimiento de la capacidad de los sujetos populares para decidir sobre los asuntos que les afectan directamente” (Montero, *Cuestión de Estado* N°1, 1987: 7), podía también aludir a una vocación particularista que autonomizase los problemas de un sector frente al conjunto (Montero, *Cuestión de Estado* N° 1, 1987: 7). En este sentido Rochabrún señaló que las acciones de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) no se proyectaban más allá de ellos mismos y que, por lo tanto, no existía una capacidad de articulación de demandas que desencadenase un fenómeno propiamente político (Rochabrún, 2007: 404).

Montero afirmaba que la autonomía entendida como particularismo no solo fragmentaba al movimiento social, sino que -al separar los problemas de un sector respecto al conjunto- podía terminar generando tratos preferenciales de las reivindicaciones de sectores específicos en desmedro del conjunto de éstos. La posibilidad de satisfacer las necesidades de todos desaparece, y más bien destaca la preocupación por mejorar posiciones para acceder a recursos escasos (Montero, *Cuestión de Estado* N° 1, 1987: 7).

En segundo lugar, en el enfoque clasista propuesto por la izquierda durante los años setenta y parte de los ochenta, los enemigos o adversarios eran claros. El enfoque de movimientos sociales, como señala Rochabrún, diluye no sólo la figura del obrero como actor principal de la transformación social, sino que al mismo tiempo diluye a su adversario: el capitalista o burgués⁴². En el mismo sentido, este mismo autor apunta que un problema esencial es que dichos movimientos tienen por objetivo *resolver problemas* a los que se enfrentan (la falta de alimentos o la seguridad vecinal, por ejemplo) y no *enfrentar* “conflictivamente” a los “capitalistas o al Estado”. Ante esta nueva realidad, *los NMS no se enfrentan a actores antagónicos, sino a problemáticas sociales*. Esta desaparición de la frontera política trae consigo también la desaparición de los sujetos sociales que le daban sentido y del proyecto político que sustentaba. De la frontera política depende entonces también la propia identidad del sujeto político -en este caso del obrero como figura política-; la identidad de este último está *sobredeterminada por su figura antagonista*.

En tercer lugar, vinculado al anterior, pareciera que los NMS vinieran a ser un cambio de membrete de la clase obrera. El “clasismo” tradicional había pensado a los proletarios como la “clase universal” o “pueblo escogido” que

⁴² “Los MS quizá puedan ser parte de la ‘fundación de un nuevo orden’ pero que no podrá erigirse sin un enfrentamiento con el orden actual. La aparente ausencia de los obreros en el primer plano de las nuevas prácticas ha sido confundida con la volatilización de sus empleadores. Así, al centrar la mirada en los MS dejamos de preguntarnos por los capitalistas, la burguesía, el imperialismo, o como se les llame.” (Rochabrún, *Cuestión de Estado* N 1: 5)

llevaría a cabo la revolución socialista. Esta clase social, portadora de un “interés histórico” en la victoria del socialismo, sería la encargada de sepultar al régimen capitalista. Estas categorías sustentan una visión esencialista, pues otorgan a la clase obrera una serie de atributos independientes de sus articulaciones históricas y concretas; es decir, por fuera del curso histórico y más bien colocadas en una perspectiva teleológica de la Historia. Sin embargo, como advierte Chantal Mouffe, también es frecuente la tendencia a señalar una serie de virtudes atribuidas por los observadores sobre las articulaciones políticas concretas de los NMS (Mouffe, 1999:126).

Como se señaló en páginas anteriores, existía una percepción en varios intelectuales sobre las “virtudes de los NMS” y el papel fundamental que tendrían en la construcción del nuevo Estado peruano. Esta visión habría trocado un esencialismo clasista por uno centrado en los NMS. Lynch advierte que:

“...esos movimientos sociales siguen desarrollándose desde una perspectiva clasista. ¿Qué suponía esta perspectiva? Suponía que un grupo tenía la verdad de manera inmanente por ser obrero, por ser popular, por ser vaso de leche, por lo que fuera. Ese era el eje, el centro de la identidad clasista. Ese concepto que surge en los setenta pervive en los movimientos sociales más allá de que desapareciera la clase obrera industrial urbana...” (Nicolás Lynch, entrevista personal)

Según hemos citado al inicio de esta sección, Ames alude a un “*clasismo* popular”; es decir la referencia al “clasismo” del momento anterior es

por lo menos explícita. Si bien de esto no se desprende necesariamente que se hayan conceptualizado de la misma manera, es un indicador válido de que “protagonismo popular” y “clasismo popular” funcionan como sinónimos. Nelson Manrique señala que el “protagonismo popular”

“Tiene que ver mucho con la idealización de los sectores populares. Es especialmente marcado en los discursos del feminismo sobre los movimientos de mujeres: ese anuncio de la incorporación de la política las mujeres dirigentes populares con una nueva ética. No son como los hombres que hacen la guerra, que destruyen; sino que son madres y por lo tanto construyen. Y son honestas porque administran la economía del hogar, y piensan altruistamente porque tienen que defender hijos. Hasta que [...] se constató que pueden ser igual de malas que los hombres.” (Nelson Manrique, entrevista personal)

La “idealización” que señala Manrique tuvo un amargo desenlace, pues sufrió una profunda transformación con el fujimorismo. Para decirlo en términos cinematográficos, pasaron de ser como los protagonistas de “Ladrones de bicicletas” de Vittorio de Sica, a ser protagonistas de una película de Buñuel, esto es, seres corrompidos por la dureza del capitalismo (Manrique, entrevista personal).

Posteriormente, el *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación* significó un giro de 180° grados en esta visión, pues se documentaron casos donde los campesinos no solo asesinaban sino que *también* torturaban, violaban. “[E]s una cosa espantosa lo que se han hecho

entre campesinos [...], fue un triste despertar entre el fujimorismo y la CVR.” (Carlos Iván Degregori, entrevista personal)

2.1.5 El principio del fin: El I congreso de IU

En el verano de 1989 se produjo aquello que se respiraba desde hacía más de un año. Paradójicamente el nacimiento del I Congreso de Izquierda Unida sería también su partida de defunción. El evento concluyó con la división del frente, y alimentaría el desencanto masivo del electorado frente a la izquierda.

Se pueden señalar cuatro temas que articularon los conflictos a lo largo de la historia de IU y que, llegado el momento del Congreso, aparecieron bajo la forma de la democratización del frente, las tesis políticas, el plan de acción del partido y las disputas entre liderazgos.

El tema de la “democratización interna” y prácticas como el “cuoteo” estuvieron presentes desde el momento mismo de su constitución. El sostenido crecimiento de la militancia independiente frente a la partidaria planteó la necesidad de reconsiderar las cuotas en el máximo órgano del frente: el

Comité Directivo Nacional (CDN). Desde el PUM y partidos como el PSR la consigna fue la de “un militante un voto”. Sin embargo, y como señala Herrera, tanto PR como el PCP vieron en esto actitudes “antipartido”. Así, el PCP tratando de relativizar el tema de la elección directa en las instancias de decisión del frente afirmó que la “...democracia en IU debe entenderse globalmente, como el cumplimiento de derechos y deberes, uno de los cuales es la elección, que pudiendo ser mediante el sistema de votación universal, directa y secreta no excluye el respeto a cuotas o porcentajes partidarios.” (Herrera, 2002?: 291 -292). Incluso el mismo Barrantes se opuso a que el criterio de un voto por militante estuviera por encima de las cuotas partidarias y, en su caso, individuales.

Un segundo tema de discusión al interior del frente se refiere a lo que en el Congreso de IU se discutió bajo el nombre de “tesis políticas”. Así se puso sobre el tapete no sólo la legitimidad sino también la posibilidad de que el frente utilizará otras formas, aparte de la electoral, para llegar al poder⁴³. En reiteradas oportunidades las críticas hacia Sendero y el MRTA fueron poco claras: se denunciaban las tácticas utilizadas por el MRTA o la “mala lectura” del período que los llevó a caminos vanguardistas al margen del movimiento popular. Era mucho menos usual, hasta antes de 1989, la condena al uso de

⁴³ Como ejemplo de esta discusión en los acuerdos luego del III CDN - 4 años antes, en 1984- se lee “No renunciar a ningún medio de lucha ni forma de organización, combinar todas y cada una de ellas, sean legales o ilegales, abiertas o secretas, según las circunstancias, aspirando a que el proceso de transformación social se lleve a cabo siguiendo los medios menos dolorosos posibles...” (Herrera, 2002?: 223).

las armas como mecanismo de captura del poder del Estado. La condena era a los grupos concretos y sus métodos, pero no al camino que habían escogido.

El tema quedó aparentemente zanjado durante las discusiones en el primer y último congreso del frente. Durante este evento las tesis políticas elaboradas condenaron específicamente a SL y a “...cualquier forma de vanguardismo militarista...” (Herrera, 2002?: 499). Sin embargo, luego del rompimiento definitivo del frente, tanto UNIR, como el PUM (Herrera S/F) y Unidad (Gálvez, 2004) -cada uno a su manera- subrayarían la posibilidad de desarrollar cualquier forma de lucha.

El tercer tema tenía que ver con lo que en aquel momento se denominó las estrategias de gobierno y poder. La discusión entre ambas posturas tenía que ver con la posibilidad de transformación del país. Para algunos llegar al gobierno no era lo fundamental, sino la toma del poder, que trascendía y podía ubicarse en un plano distinto al electoral. En cambio, aquellos que apostaban por el “gobierno” privilegiaban más la carrera electoral y la victoria en este plano. Para ganar las elecciones, se afirmaba que quizás haría falta más que IU. Esta discusión, que podría parecer muy teórica, tenía consecuencias prácticas en la vida del frente. Así, los acercamientos de Barrantes con el APRA, o las posturas que desde IU llamaban al derrocamiento del gobierno aprista se enmarcaban en este contexto.

Tanto en el segundo como en el tercer punto, la permanente confrontación entre opciones distintas impidió al frente perfilar una mayor identidad propia. Las ambigüedades en uno y otro tema hicieron que la identidad de IU quedara anclada en aquella que sus partes habían construido durante los setenta. Los cambios en las sensibilidades, así como las transformaciones de la base electoral del partido no fueron incorporados. En este marco, mientras IU quedó congelada por estos debates, la nueva derecha construía paso a paso un discurso capaz de empatar con amplios segmentos de la población.

En cuarto lugar, las disputas por los liderazgos del frente y de las facciones en su interior fueron acentuándose cada vez más. Según afirma Javier Diez-Canseco, entrevistado por Lynch, muchas de las disputas por la conducción o por el liderazgo eran escondidas detrás de ropajes ideológicos (1999: 209). En realidad, detrás de algunas de las supuestas luchas ideológicas o de planes de acción, se encontraban liderazgos enfrentados.

2.1.6 Cerrando los años 80, a modo de ejemplo: el caso de los Comités Regionales Mariateguistas.

Para concluir la primera parte de este capítulo quisieramos discutir dos textos que ejemplifican los cambios en las categorías utilizadas para comprender la realidad de fines de la década de los 80 que se producían al interior de la izquierda peruana en el cambio de década. El primero “I Congreso de los Comités Regionales Mariateguistas” editado en 1989 por dicha organización. El segundo, una revisión del primero es “Nuevas bases para la izquierda peruana” editado al año siguiente -1990- por el Movimiento Socialista Peruano (continuación de los Comités Regionales Mariateguistas).

En su momento sirvieron como insumo para discusiones (se puede intuir que de fundación) de dichas organizaciones. En ellos se ventilan temas como, qué entender por el socialismo, la estrategia y táctica que las nuevas organizaciones deben seguir, etc. En sí no difieren en nada de cualquier documento partidario que se presentara para eventos similares al interior de cualquier organización de izquierda, pero en ellos se puede apreciar nítidamente como algunas categorías utilizadas en el primer documento son dejadas de lado en el segundo o reemplazadas por otras.

El primero al abordar la relación entre socialismo y democracia, afirma que la “democracia revolucionaria” es la única garantía para “...la dictadura sobre las viejas clases reaccionarias, impidiendo su regreso o su reencarnación en nuevos burócratas.” (CRM, 1989: 14)

Mientras que en el segundo la democracia revolucionaria asegura "...la hegemonía del movimiento popular sobre la nación, aislando a los grupos monopólicos e imperialistas, sobre la base de la construcción de amplios consensos." (MSP, 1990: 24)

Tres son los elementos que pueden ser mencionados a propósito de los párrafos anteriores. Mientras que en el primero se hace referencia a la dictadura sobre las viejas clases, en el segundo se habla más bien de hegemonía del movimiento popular. Asimismo, "las clases reaccionarias" desaparecen y dan paso a la categoría de "nación". En este párrafo el adversario, *las clases reaccionarias* se diluye en pos una categoría que no está en el bando opuesto como la nación. Se debe agregar que ya no se trata de "impedir su regreso", sino más bien de "aislarlos": impedir su regreso va contra el pluralismo democrático. Finalmente, en la segunda versión aparece una categoría que será central durante los años 90: el consenso. Digamos que ya no es la fuerza (la dictadura) la que asegura el control de la situación, sino la formación de "amplios consensos".

El termino consenso vuelve a aparecer más adelante en el apartado referido a la "Estrategia" y más específicamente a la estrategia que guía a la nueva organización política. Se postula entonces que la estrategia partidaria: "Es una estrategia hegemónica [pues] sostenemos la necesidad de construir

una voluntad capaz de unir las más variadas identidades [...]conformándolas como voluntad colectiva en los distintos espacios de lucha ideológica, política y cultural abiertos en el país.” (CRM, 1989: 70)

En la versión más reciente el párrafo señala mas bien que: “Nuestra estrategia es hegemónica porque busca construir una voluntad nacional popular [...] por medio de su articulación en consensos nacionales que demuestren una voluntad colectiva programática de transformación.” (MSP, 1990: 82)

Nuevamente aparece el término “consensos”, esta vez para reemplazar la categoría “voluntad colectiva”. Se nota el paulatino desprendimiento de algunas categorías vinculadas a la tradición marxista. En este caso, “voluntad colectiva” cede el lugar a nociones vinculadas a la tradición liberal.

Un segundo elemento que queremos rescatar proviene del “Programa”. En su primer apartado se discute el tema de la radicalización de la democracia a todos los niveles de la sociedad, pues la realización plena de la democracia es uno de los objetivos del “socialismo mariateguista”. Para este proceso de democratización de la sociedad resulta ineludible:

“El acceso pluralista a los medios de comunicación masiva de todos los sectores de la sociedad civil, en particular los sectores de la sociedad civil populares, para el ejercicio de la libre expresión y la fiscalización popular.” (CRM, 1989: 42)

En la versión más reciente el párrafo se refiere así al tema: “El acceso pluralista a los medios de comunicación masiva de todos los sectores de la sociedad civil, para el ejercicio de la libre expresión y la fiscalización popular.” (MSP, 1990: 53)

Como se puede apreciar, la referencia a lo que -como ya vimos anteriormente- un documento del MIR de 1983 llamó la “sociedad civil popular” desaparece. La sociedad civil deja de hacer énfasis en lo popular.

Finalmente, en el apartado referido al “Partido” se discuten las características centrales de la nueva organización, referidas por ejemplo al tipo de militancia, objetivos de la organización, etc. Haciendo referencia a las formas de acceso al poder afirma que: “Su perspectiva es de hegemonía no de asalto. Se prepara por ello para una larga lucha por la democratización de la sociedad y la política que estará poblada por avances y retrocesos, cruentos e incruentos...” (CRM, 1989: 85)

En la versión publicada al año siguiente el documento señala que: “Su perspectiva es de hegemonía, no de asalto. Se prepara por ello para una larga lucha por la democratización de la sociedad y la política, que estará poblada por avances y retrocesos, y para superar cualquier tipo de circunstancia.” (MSP, 1990: 97)

En ambos casos como opuesto a la consigna de “asalto”, los autores del texto colocan el énfasis en la “hegemonía” como elemento central en el proceso de acceso al poder. Pero la diferencia está en los dos adjetivos finales de la primera cita: cruentos e incruentos. Estos desaparecen en la segunda versión. Sin embargo esto no equivale a decir que sus autores crean -de manera súbita- que las luchas por la democratización esten exentas de violencia. Este cambio nos hablaría mas bien de una necesidad de retirar del discurso de la izquierda o de sus documentos referencias a la violencia, entendida principalmente como violencia física. Con SL creciendo, el MSP parece optar por retirar alusiones directas a la violencia, que cada vez se volvía más asfixiante en la capital.

En el próximo capítulo volveremos sobre algunos de los tópicos abordados en el presente, los cuales entendemos delinean los principales elementos para definir una identidad política de la izquierda que sucede a la experiencia de IU.

2. La década de los 90: Fujimorismo, consenso y sociedad civil.

Luego de la ruptura de IU y de incesantes intentos por rearticular la unidad perdida, la izquierda acudió dividida al proceso electoral de 1990. Si en las encuestas presidenciales del año 1988, Barrantes aparecía como el aspirante más serio a la presidencia de la República con 36% -seguido de Vargas Llosa con 25% y Alva Castro con 22% (Herrera, 2002?: 434)-, tras la ruptura de IU pasó al cuarto lugar en las elecciones de 1990, revelando el tamaño de la crisis. En términos absolutos la izquierda obtuvo su peor resultado en diez años agravado además por un momento de reflujo totalmente opuesto al de hace una década. Este reflujo era no sólo de la izquierda, sino también del movimiento popular; acompañado por una profunda crisis económica y la violencia desbocada de SL.

Luego de las elecciones de 1990 IU continuó funcionando aunque solo formalmente. Esto se desprende de la carta de renuncia de su propio Secretario General, Henry Pease, en la cual señala la falta de interés de las organizaciones políticas miembros de IU por remontar la situación adversa en la que el frente se encontraba (Herrera, 2002?: 684). Esta existencia formal fue suficiente -ante la carencia de inscripción electoral propia- para que partidos como el PUM, Unidad y Patria Roja se valgan de IU para participar de las elecciones municipales de 1992 y en las generales de 1995. IU

En 1995 se cerró un ciclo para los partidos de izquierda que habían actuado en la escena política a partir de la convocatoria a la Asamblea Constituyente en 1978. Debido a la legislación electoral estos partidos desaparecieron de la vida política oficial luego de las elecciones generales de 1995. Si bien muchos de ellos se habían replegado varios años antes, los resultados dieron como resultado su cancelación “legal”⁴⁴. Al mismo tiempo, el Movimiento de Afirmación Socialista (MAS), encabezado por el ex-candidato presidencial de IU, Henry Pease, se disolvía para entrar éste a un nuevo partido, Unión por el Perú (UPP), fundado por el ex Secretario General de las NNUU, Javier Pérez de Cuellar⁴⁵.

Los resultados electorales marcaron el fin definitivo de IU⁴⁶ al obtener 0.57% de votos, UPP obtuvo alrededor de 25%, y quedó como la segunda bancada más numerosa del Congreso unicameral peruano. Este hecho permitió que algunas figuras que provenían de la experiencia izquierdaunidista se ubicaran en el Congreso, en un proyecto que claramente excedía los marcos de una propuesta de izquierda o de centro-izquierda.

⁴⁴ No sólo los resultados hicieron que IU perdiera su registro electoral. Además, las altas vallas colocadas por el fujimorismo para la reinscripción hicieron prácticamente imposible su reingreso.

⁴⁵ UPP buscó convertirse en un partido-frente que aglutinara a los principales partidos de oposición al régimen fujimorista; sin embargo no lo consiguió. Los candidatos de la UPP cubrían buena parte del espectro ideológico, desde empresarios, políticos cercanos a la derecha, al Partido Aprista, y otros que habían militado en IU.

⁴⁶ Si bien perdieron su inscripción en el registro electoral, los partidos que se presentaron bajo las siglas de IU (Unidad, Patria Roja y el PUM) siguieron funcionando pero de manera muy precaria.

2.1 La década de lo anti-político

A continuación veamos algunos elementos generales que marcaran la década de los 90, especialmente el *espíritu de la época* que construye el fujimorismo y como este marca las coordenadas centrales en torno a las cuales el resto de actores políticos tendría que desplazarse.

En el año 2000, Carlos Iván Degregori escribió un libro que analizó la última década del siglo XX peruano. En él Degregori da cuenta del desarrollo que llevó primero a la victoria de Fujimori, luego a su auge, y finalmente a su caída. El libro tuvo por título: La década de la antipolítica. Citando a Lynch, Degregori definió la antipolítica como:

“... un conjunto de discursos y prácticas que satanizan la política como actividad pública e institucionalizada y pretenden su reemplazo por mecanismos ‘naturales’ como el mercado, cuya vigilancia está a cargo de técnicos que brindan soluciones prácticas a problemas específicos.” (Lynch, 2000: 23; en Degregori, 2000)

La “satanización” de la política durante los noventa consistió en una permanente condena a lo que Fujimori y sus allegados denominaron “la clase política”, los “partidos tradicionales”, la “partidocracia”, y al régimen de los

ochenta. Según el discurso oficial, la “política tradicional” fue el espacio de los intereses privados, donde no había espacio para el interés nacional⁴⁷.

Si Degregori llamó a la década de los noventa “La década de la anti-política”, parafraseándolo sería en realidad mejor llamarla “La década de *lo anti-político*” o mejor aún, de lo postpolítico en el lenguaje de Mouffe⁴⁸. Siguiendo a esta autora son dos los elementos que hacen correcta esta afirmación. En primer lugar, al igual que en otras partes del mundo, la hegemonía neoliberal buscó ser *naturalizada* por sus promotores. Desde Fujimori hasta los partidos de derecha democráticos, pasando por los principales medios de comunicación, la técnica se encontraba sobre la política, y se apostaba decididamente por la independencia de la esfera económica frente a la política.

Según plantea Mouffe, la apelación a la técnica es una de las caras del discurso postpolítico. Pues. “Las cuestiones propiamente políticas [como los intereses de la nación] siempre implican decisiones que requieren que optemos entre alternativas en conflicto. Considero que esa incapacidad para pensar

⁴⁷ Al no ser un político, Fujimori “sería capaz de aplicar su saber técnico, teóricamente aséptico, sin ceder a las presiones de los grupos de interés o los intereses creados, atendiendo sólo a los intereses superiores de la nación.” (Degregori, 2000: 38)

⁴⁸ En el siguiente capítulo se desarrolla una discusión más a fondo sobre la postpolítica, ahora solo nos interesa mencionar algunos elementos.

políticamente se debe en gran medida a la hegemonía indiscutida del liberalismo...” (Mouffe, 2007: 17)

El clima político nacional de esos años abonaba tanto desde el Estado, como algunos partidos y los medios de comunicación, a la construcción de un discurso antipolítico: un discurso que se esforzó por borrar las propias huellas que delataban su instauración, apelando a fundamentos trascendentes ubicados más allá de la contingencia y de lo político. Un segundo elemento del enfoque postpolítico siguiendo a Mouffe) es el de la relación amigo/enemigo. Como señala Degregori, los resultados de las elecciones de 1995 diluyeron casi la totalidad de polarizaciones vigentes en ese momento. Con una votación mayor al 60%, Fujimori borró casi la totalidad de brechas sociales, de clase, de etnia, etc. que existen en el país (Degregori, 2007: 52).

Si bien una mirada detallada sobre la construcción de la relación amigo/enemigo desarrollada por el fujimorismo escapa a los objetivos del presente trabajo, no puede dejar de subrayarse que, durante los años 90, dicha relación existió por fuera de la esfera de la política. En efecto, Fujimori logró, primero, disolver los antagonismos políticos -como menciona Degregori- para luego reconstruirlos de otra manera. Por lo menos durante la primera mitad de los noventa Sendero Luminoso fue el argumento permanente de Fujimori para legitimar sus acciones. Fujimori logró construir una categoría de “pueblo”

utilizando como elemento exterior a Sendero Luminoso, y dejando de paso la relación amigo/enemigo por fuera de la esfera política. Es decir colocando al enemigo político no en el terreno de la política sino en el de la guerra. Por ello para los partidos políticos de la época no era fácil construir un nuevo tipo de relación antagónica que ubicara a Fujimori como el adversario y transportara nuevamente el conflicto desde la esfera militar a la política. Cabe señalar que cuando las acciones de Sendero fueron insuficientes para los propósitos de Fujimori, la guerra no declarada con el Ecuador vino a llenar dicho vacío, recolocando su figura en el centro de la articulación política de “amigo” y colocando a este país como el “enemigo” exterior. Nuevamente el conflicto fue retirado de la escena política y situado en la escena de la guerra.

2.2 La izquierda buscando un nuevo modelo de democracia

En el escenario de los años 90 el marxismo-leninismo colisiona con temas que se convertirían casi en axiomas en el arco político nacional: el pluralismo y la vía electoral habían pasado a ser principios incontrovertibles para la casi totalidad de partidos políticos (con la excepción quizás de Sendero Luminoso). El marxismo-leninismo, con su pretendida cientificidad y una visión centrada en la lucha frontal- no podría ni siquiera acercarse al discurso liberal hegemónico. El pluralismo y el conflicto antagónico -en tanto implica la desaparición del adversario- se hacen incompatibles. Así las cosas, los que

todavía no habían renunciado al marxismo-leninismo tuvieron, en la práctica, que relegarlo y abandonarlo paulatinamente.

El segundo elemento a partir del que se intenta construir una nueva imagen de la izquierda es la ruptura con SL y el MRTA. El tardío rompimiento de algunos sectores con ambos grupos había sido percibido como uno de los problemas para de los años ochenta⁴⁹. Pero en los noventa, casi la totalidad de participantes de la experiencia de IU criticó duramente a Sendero y la lucha armada en general.

El conflicto como categoría quedará marcada por una parte por la experiencia proveniente del marxismo-leninismo y por otra parte por el proceso de guerra interna. Ambas visiones del conflicto servirían como ejemplo negativo de lo que algunos grupos y círculos de izquierda buscarían construir en la década que se iniciaba. En esta nueva etapa, aquellos provenientes de la experiencia de IU apostaron (junto a otros sectores de la sociedad) por una *democracia sin apellidos* que, en vez de buscar transformar o sublimar las relaciones antagónicas y convertirlas en relaciones agónicas, aceptara la

⁴⁹ Como señala Javier Torres, en ese entonces estudiante universitario de la PUCP y simpatizante de IU: “...el problema de Sendero y de la posición de IU y de algunos partidos sobre Sendero, nosotros sentíamos que no deslindaban hasta muy avanzado el asunto y que se seguía diciendo que Sendero eran los compañeros equivocados y ya habían habido las masacres. Y eso es una cosa que por lo menos a mí me marcó mucho...” (Javier Torres, entrevista personal)

construcción de una identidad sin exclusiones donde lo propio no fuera el conflicto (en cualquiera de sus formas), sino la deliberación y el consenso.

En este sentido resulta útil, como mencioné en la parte introductoria, dar cuenta del trabajo realizado por María Claudia Saravia (1991), el cual creo refleja en sí mismo este cambio de paradigma que se produjo en una parte de la izquierda, y que se podría afirmar pasaría a formar parte del clima cultural en la cual ésta se desenvolvería.

Si bien la investigación de Saravia no llegó a realizarse totalmente, alcanzó a presentar un esquema de aquello que pretendía sostener. Al inicio del trabajo la autora señala que durante la década de los ochenta se ha producido una reconceptualización de la democracia y la política en la izquierda latinoamericana.

La principal hipótesis de la investigación de Saravia consistía en que se había producido un cambio en el discurso de la izquierda. Estos cambios habrían permitido la introducción del concepto de democracia dentro de su discurso, así cómo habrían traído nuevas formas de hacer política. En este nuevo marco propuesto por la izquierda la política no pertenecía a una élite, y

no era una actividad necesariamente corrupta. Como hipótesis la autora afirma que:

“La incorporación de estos nuevos conceptos [el de democracia y el de nuevas formas de hacer política] no implicó la renovación del discurso de la izquierda, debido a que esto sólo respondió a la urgencia de participar en el sistema democrático, y no al reconocimiento de la necesidad de una sincera autocrítica y revalorización de la democracia.” p. 35 (Saravia, 1991: 4)

Saravia asume como marco teórico la teoría de la acción comunicativa desarrollada por Habermas. En esta propuesta -cree Saravia- están recogidos algunos de los principales cambios que la izquierda ha llevado a cabo en su discurso, y que según ella, ésta “necesita” para comunicarse con “la mayoría de la población”.

“...coincidimos con su visión [se refiere a la de Habermas] de sociedad y con la importancia que le da al mundo de la vida, y porque pensamos que las concepciones sobre democracia y política que utilizamos recogen en su esencia los principales planteamientos de la teoría de la acción comunicativa.” (Saravia, 1991: 3)

Saravia opta por Habermas bajo el supuesto que uno de los problemas fundamentales para la izquierda es que ésta ha estado dominado por una perspectiva *realista*, bajo la cual la política se entiende como coerción, autoritarismo y confrontación. Por el contrario, la autora propone entender la política como “...una forma de vida basada en la participación, el consenso, y el reconocimiento de los sujetos.” (Saravia, 1991: 22)

El consenso en este contexto se entiende como la capacidad de lograr un acuerdo sin que la fuerza de una domine al otro. (Saravia, 1991: 17) Esto último equivale a expulsar al conflicto de la relación política, o más bien a suponer que los acuerdos a los que se llega en política dependen casi exclusivamente de la capacidad comunicativa de los actores involucrados en tanto las fuerzas de ambos se neutralizan mutuamente en una especie de juego de suma cero. Para Saravia el punto de partida para un nuevo discurso de la izquierda debería ser el concepto de consenso, el cual permitirá “una redefinición y revalorización” de la democracia y la política. (Saravia, 1991: 33)

Otro punto que ella aborda en su texto y que está vinculado al sujeto político, está referido a su carácter preconstituido. Ahí, entrando claramente en debate con las posturas marxista-leninistas que asumen sujetos sociales preconstituidos con intereses objetivos y ahistóricos, Saravia señala la necesidad de reconocer sujetos que se constituyen a través de la mutua interacción, y por lo tanto son capaces de establecer pactos. Es evidente que esta postura nos lleva al tema del pluralismo político como unas de las bases sobre las cuales se debe asentar el nuevo discurso de la izquierda planteado por la autora.

Finalmente, un tercer elemento que marca el discurso democrático de los años noventa fue la experiencia fujimorista. Contra las formas y prácticas

políticas del fujimorismo, se construyó el nuevo discurso democrático. El nulo interés del fujimorismo por la concertación como pauta de acción política fue permanentemente recalcado por la oposición, y colocado en el centro de la crítica⁵⁰. El reverso de la no búsqueda de consensos políticos durante el fujimorismo fue pues, la exacerbación del conflicto entre este último y el resto de fuerzas políticas de oposición. Como señala Lynch la “dictadura fujimorista” “...convierte al enfrentamiento como la forma natural de hacer política, aunque este último se quiera negar, y al discurso amigo-enemigo como su ‘manual de buenos modales’ al que acude irremediabilmente en cada coyuntura.” (Lynch, 1999: 26)

2.2.3 Del “protagonismo popular” a la sociedad civil

Frente al retroceso o la cooptación del movimiento popular se necesitaba un nuevo sujeto político desde el cual pudieran imaginarse los cambios por los que la izquierda había luchado y se luchaba en ese

⁵⁰ Para una discusión sobre la falta de consensos políticos durante el fujimorismo, especialmente en el Congreso de la República ver Pease 2003 y 2006.

momento⁵¹. Ese nuevo sujeto fue la “sociedad civil”, creación ideológica que repite más o menos la historia del “protagonismo popular”.

Manifestación de este cambio de perspectiva sobre el sujeto político es un texto escrito por Nicolás Lynch en 1994 que creo resulta muy ilustrativo del “espíritu de la época”. La noción de sociedad civil surge en un contexto de desaparición de las condiciones que habían posibilitado durante los años 70 y buena parte de los años 80 el surgimiento un movimiento sindical transformado en vigoroso actor político⁵².

Según este punto de vista, en un escenario de descomposición social la sociedad civil es el espacio donde se organizan nuevos sectores como gremios empresariales, ONG, organismos de cooperación; pero también se encuentra

⁵¹ No se puede dejar de mencionar que el retroceso y la cooptación que experimentó el llamado movimiento popular se dan en el marco de una severa crisis económica, acompañada por el despliegue de políticas clientelistas implementadas desde lo más alto del poder político. Tiene que ver también con la intensa destrucción que sufrieron los diversos gremios y movimiento sociales como producto del accionar de Sendero Luminoso, por un lado, y los agentes del Estado, por otro. Así lo atestigua el amplio número de dirigentes populares en general, y de la izquierda en particular que fueron asesinados. (Comisión de la Verdad y la Reconciliación, 2003c: 333 y 338)

⁵² “La modificación de las condiciones estructurales de desarrollo de la sociedad moderna ha llevado, sin embargo, a que cambie (o en todo caso se amplíe) el rango específico de estos agentes de cambio. [...] la clase obrera ha sufrido tales modificaciones en su composición, número y peso específico [...] que difícilmente se le puede asignar hoy (si es que alguna vez lo tuvo) el rol de ‘vanguardia’ que le atribuían los manuales. [...] La crisis económica y la violencia política ocurridas en los últimos quince años en el Perú han tenido un efecto disgregador sobre la inicial estructuración clasista ocurrida en los años sesenta y setenta. El fenómeno de la ‘informalidad’ o trabajo por ‘cuenta propia’ abarcan hoy buena parte de la Población Económicamente Activa y los otrora ‘sectores medios’ han pasado a engrosar las filas populares.” (Lynch, 1994: 16)

allí algunos *viejos conocidos* como los sindicatos y los movimientos de sobrevivencia⁵³.

Otro elemento de continuidad que apreciamos entre el “protagonismo popular” y la “sociedad civil” es que esta última se percibe como espacio homogéneo, portador de todas las virtudes democratizadoras, frente el Estado el cual “encarna todos los vicios de la política concebida como mera lucha por el poder” (Dagnino et. al., 2006: 5). Al respecto Lynch afirma que, “Frente al mercado, que es una esfera de desigualdad, [...] la sociedad civil es una esfera de igualdad donde los individuos pugnan por desarrollarse como ciudadanos - como pares-, desde sus particulares orígenes sociales.” (Lynch, 1994: 17)

En esta visión el espacio de la sociedad logra una igualación desde el momento en el que ahí actúan ciudadanos. Si bien Lynch afirma que existen sectores víctimas de distintos tipos de dominación, todos ellos se encuentran en un pie de igualdad en este espacio en tanto todos están llamados a participar de él ⁵⁴.

⁵³ Según el texto podemos encontrar: “nuevos sectores productivos -como las asociaciones de pequeños industriales y comerciantes-, del esfuerzo de sobrevivencia -como los comedores populares y el vaso de leche-, y del rechazo a la violencia como las rondas, los comités de autodefensa y las asociaciones que agrupan a los desplazados-. Estas organizaciones, junto con los antiguos sindicatos, forman un importante tejido social que conforman el sector más dinámico de lo que ha venido a llamarse la ‘sociedad civil’ en el Perú.” (Lynch, 1994: 16)

⁵⁴ En la entrevista realizada para la presente investigación, afirmando que dicho texto era una visión sumamente optimista sobre el tema, Lynch señaló su actual desacuerdo con algunas de las ideas allí expresadas.

Lo que se juega en la esfera de la sociedad civil son demandas individuales o grupales, las cuales son transformadas luego por los partidos en agenda programática; por lo tanto este espacio sería la escena donde se produce la mayor democratización, ya que todas las demandas participan. Bajo esta perspectiva *en este espacio no tienen lugar las relaciones de poder*, así como tampoco los proyectos políticos que buscan construir dicha esfera de manera distinta.

Luego de la ruptura de IU, una de las críticas reiteradas fue el estilo político de sus integrantes: los diversos sectores en pugna se acusaban de deslealtades, y sobre todo de entender la política como “pura correlación de fuerzas”; es decir, como un puro juego de poder. La ruptura, más allá de las divergencias programáticas, era expresión de esto. Luego de esta experiencia “era reconfortante” encontrar un espacio donde el poder, la pura correlación, no importa; todos tienen sitio y no hay cargos o cuotas a disputar.

Otra de las características del discurso sobre la sociedad civil y que marca una diferencia respecto al “protagonismo popular”, está referido a que este último apela a lo popular como elemento central. Incluso, como señala un documento del MIR del año 1983, se hace referencia específica a la “sociedad civil popular”. En cambio en la “sociedad civil” el abanico de actores referenciados se amplía, abarcando por ejemplo a los empresarios (pequeños

y grandes), los medios de comunicación, las asociaciones de profesionales, etc. (Lynch, 1994: 16). Pero al mismo tiempo también se contrae: algunas veces el término sociedad civil es utilizado como sinónimo de Organizaciones No Gubernamentales (ONG), en tanto son éstas “las representantes de la sociedad civil” (Carlos Iván Degregori, entrevista personal). Lo popular -antes tan presente en el discurso- va disolviéndose paulatinamente para dar paso a otras categorías, como la de “pobres”. Aquellos que antes eran definidos en primer lugar como pertenecientes a un mundo popular, son definidos ahora a partir no de una identidad sino de una carencia⁵⁵.

Otra ruptura importante de la “sociedad civil” respecto al sujeto político anterior se da por lo que podría llamarse “las posibilidades del espacio”. El discurso del protagonismo popular suponía una ruptura con la estrategia de la lucha armada, pues abría un nuevo camino hacia el socialismo. Estos nuevos movimientos serían el germen del nuevo Estado que desplazaría al antiguo debido a su carácter profundamente democrático, construido de abajo para arriba. En cambio el discurso sobre la sociedad civil está

⁵⁵ Esta desaparición de lo popular como señala Federico Arnillas, no era solamente semántica. Durante la década de los noventa se producen un alejamiento entre las capas intelectuales radicalizadas y los líderes de organizaciones sociales. Estos últimos aterrizan, por así decirlo, en un sin fin de organizaciones independientes o partidos que serían los protagonistas de dicha década: Somos Perú, Perú Posible; y el fujimorismo (Federico Arnillas, entrevista personal).

Muchos de estos dirigentes sociales apuestan por perfilarse de manera individual. Aquellos que permanecen en la izquierda son los que mantienen organizaciones sociales que han sobrevivido el naufragio de principios de la década pese a que sus partidos han quedado sumamente disminuidos. Es el caso de Gorriti en la CGTP o Huamán en Construcción Civil, etc.

“...crecientemente alejado de la creencia de que hay posibilidad de un cambio inminente, radical, total como supone la visión de la revolución. La idea de que tú no puedes erradicar el conjunto de contradicciones, lo que puedes hacer es administrarlas eficientemente, [...] Yo diría que en los noventa, también con sus marchas y contramarchas, [aparece] el discurso de la gobernabilidad, que se convierte en la frase mayor durante un tiempo, para luego llegar al reconocimiento de que gobernabilidad en buena medida es ver cómo hacemos para que los pobres sigan siendo pobres sin quejarse demasiado, sin hacer olas.” (Nelson Manrique, entrevista personal)

Si algo une al “clasismo” de los setenta con el “protagonismo popular” de los ochenta es el tema del *esencialismo de sus identidades*. Si antes fue la clase obrera y luego el movimiento popular los que *per se* poseía una serie de características y capacidades positivas, el actual discurso sobre la sociedad civil corre el riesgo de repetir este hecho.

Debe anotarse, recuperando lo dicho por Dagnino *et al.*, que la sociedad civil -en oposición al Estado- es percibida como un espacio ajeno a los conflictos de poder propios de la esfera política, y concretamente del Estado. No reconocer que a su interior de la sociedad civil existe una disputa de poderes entre actores heterogéneos y con intereses posiblemente contrapuestos es retirarla del campo de lo político. Esto puede conducir a pensar que el espacio de la “sociedad civil” expresa el interés nacional, sin “las distorsiones propias de la política” y los juegos de poder, en tanto no se lucha por “cuotas de poder” ni por intereses individuales o de grupo. Si esto último fuese así, el espacio de la sociedad civil resultaría clave, pues aquellas fuerzas que logren hegemonizar dicho espacio podrán hablar en nombre del “interés general”, ocultando los rastros del poder que establecieron dicha hegemonía.

Sin embargo, como hace notar Dagnino *et al.*, en América Latina, luego de las sucesivas transiciones a la democracia, se viene desarrollando una disputa entre distintos proyectos políticos que buscan cada uno perfilar, de manera distinta, los procesos de democratización que se llevan adelante al interior de la “sociedad civil”.

“Nos referimos de un lado, a lo que denominaremos el proyecto democrático-participativo y de otro, al proyecto neoliberal de privatización de amplias áreas de la políticas públicas que se acompaña de un discurso participacionista y de revalorización simbólica de la sociedad civil (entendida como tercer sector).” (Dagnino et al., 2006: 4)

Es el *proyecto político*, y también por lo tanto las articulaciones que éste genera, el que otorga la sustancia concreta a cada movimiento social. Como afirma Mouffe a proposito del feminismo:

“...debemos ser conscientes del hecho de que las metas feministas pueden ser construidas de muy diferentes maneras, de acuerdo con la multiplicidad de los discursos en los cuales pueden ser enmarcadas: marxista, liberal, conservador, separatista-radical, democrático-radical, y así sucesivamente. [...] En lugar de tratar de demostrar que una forma dada de discurso feminista es la que corresponde a la esencia ‘real’ de la femineidad, uno debería tratar de demostrar cómo esa forma abre mejores posibilidades para una comprensión de las múltiples formas de subordinación de las mujeres.” (Mouffe, 1999: 126)

Por lo tanto, son estos discursos *políticos* los que le otorgan sentido concreto a categorías tales como “democratización”, “participación”, “fiscalización”, etc. No se trata de una visión esencialista sobre la sociedad civil como espacio ajeno a las relaciones de poder y ajeno a las exclusiones que

suponen éstas; antes bien los discursos en los que se expresan dichas diferencias utilizan

“...referencias que son comunes, pero que abrigan significados muy distintos, instala lo que podría llamarse una crisis discursiva: el lenguaje corriente, *la homogeneidad de su vocabulario obscurece diferencias, diluye matices y reduce antagonismos*. En ese obscurecimiento se construyen subrepticamente los canales por donde avanzan las concepciones neoliberales, que pasan a ocupar terrenos insospechados. En esa disputa, los deslizamientos semánticos, los dislocamientos de sentido, son las armas principales; el terreno de la práctica política se convierte en un terreno minado donde cualquier paso en falso nos lleva al campo adversario.” (Dagnino, 2006: 6, las cursivas son mías)

Si bien la matriz del proyecto, que se extendía a escala global, fue para nuestra región el llamado *Consenso de Washington*; también es cierto que debió producirse una homologación o más bien el establecimiento de un discurso común entre dicho proyecto y las tradiciones políticas de la zona. Se trata de producir una resignificación semántica que permita un tránsito más fácil. Se produce pues una “confluencia perversa” entre -por así decirlo- viejas palabras y nuevos proyectos. El proyecto neoliberal se preocupó por no clarificar estas diferencias y más bien aprovechar las similitudes semánticas, haciendo perversa dicha confluencia. (Dagnino, 2006:40)

En el caso del Perú esto se puede observar claramente en el tema de la participación. Como afirma Torres:

“...la participación como un valor en la sociedad peruana es como la marea: eso está ahí, siempre esta ahí, y en otras sociedades también; a veces está baja, a veces está alta. Porque tu puede ir por una comunidad por donde nunca pasó Vanguardia Revolucionaria [...] ni nadie, y lo de la participación está ahí, [es] parte de la cultura de este país; y en los barrios uno lo ve, y aparece en determinados momentos. Pero perdió su sentido político...” (Javier Torres, entrevista personal)

La participación, un tema tan caro a la izquierda peruana y tan engarzada en la tradición comunera del país, es apropiada por el proyecto neoliberal justo en el momento en que la izquierda en el Perú no terminaba de recuperarse de lo sucedido con el fin del corto siglo XX. Si a esto se le une el régimen autoritario de Fujimori, como elemento que funciona como “exterior constitutivo”⁵⁶ para el tema de la participación, es fácil entender el debilitamiento de las fronteras entre ambos proyectos.

La participación, siguiendo lo que ha sido repetido de distintas maneras a lo largo de esta investigación, carece de esencia. Su forma sólo se conoce en el momento en que es puesto en práctica; su contenido depende de su articulación, ya sea con una orientación neoliberal o con una orientación democrático-participacionista (como han sido desarrollados por Dagnino et al.)

En países como el Perú, donde la presencia de los organismos multilaterales fue muy importante, no sólo a través de la financiación de

⁵⁶ Mouffe hace referencia al exterior constitutivo para señalar que las identidades sociales no son pura objetividad sino que por el contrario se desarrollan en relación con otras identidades.

reformas estatales, sino también en proyectos que involucraban a las ONG en su calidad de actores sobresalientes de la sociedad civil, es posible que los términos en los que se pusieron en práctica conceptos como el de participación, estén marcados hasta cierto punto por el proyecto político de estas mismas agencias. Como afirma Torres:

“Esa ha sido la lógica. Digamos vinieron las modas de la ‘planificación estratégica’, de la ‘participación’, de la ‘sociedad civil’, el ‘ambientalismo’. (...) Yo creo que el Banco Mundial pone una agenda en los años ‘90 en América Latina y las agencias la van asumiendo, los gobiernos también. Y como tu vives de las agencias también la vas asumiendo. Y las agencias que no son bilaterales, o sea las ONG que te financian [...], y la comunidad, la terminan asumiendo; de manera crítica, pero también entran a esa lógica,...” (Javier Torres, entrevista personal)

Sin embargo, la relación entre las agencias de cooperación y las ONG locales (las cuales funcionan a veces como sinónimo de sociedad civil, como ya se mencionó un poco más arriba) es un tema más complejo. A lo anterior deben agregarse elementos más locales que pueden ayudar a entender el tipo de relación que se establece entre ambos tipos de organización y por qué y cómo es que se asumen estas agendas, como afirma Torres.

2.2.4 La derrota programática

Como ya se mencionó, la década de los noventa se inicia con una izquierda fracturada y en retroceso, además de un movimiento sindical muy

debilitado. También se produce una derrota menos visible, pero no menos importante: *una derrota programática*. Sumado a “la caída del muro” y el colapso del socialismo real, en el Perú se venía desarrollando desde inicios de la década de los ochenta una ofensiva programática encabezada por Hernando de Soto⁵⁷. Esta derrota programática puede ser observada, como afirma Arnillas, en la transformación en las agendas de las ONG⁵⁸. “Esa derrota programática supone un cambio en algunos elementos de la agenda del trabajo de las ONG. Los 90 son la época de crecimiento de las ONG, que van a hablar tanto del microemprendimiento, como de las ‘microfinanzas’.” (Federico Arnillas, entrevista personal)

Vinculado a lo anterior -y ante la falta de estructuras capaces de generar un discurso que trascienda las particularidades del trabajo de estas organizaciones- el discurso se fragmenta, dándole mayor énfasis “...a las visiones micro...” (Federico Arnillas, entrevista personal).

La victoria del capitalismo (y la derrota del socialismo real) a inicios de la década de los 90 significó también la aceptación del mercado como la

⁵⁷ En El Otro Sendero, De Soto coloca a los llamados “informales” en el centro de su argumentación convirtiéndolos en el nuevo sujeto político capaz de llevar lo que podría denominarse una revolución capitalista. Además de convertir a los informales en sujetos políticos, De Soto *reorganiza* la lucha de clases planteada por el marxismo y la izquierda en general, convirtiéndola en una disputa entre formales e informales, en la cual la categoría de trabajador dejaba de tener una relevancia central.

⁵⁸ Las ONG habían sido durante la década de los ochenta el espacio donde se ubicaban muchos de los profesionales de Izquierda Unida. Era además el espacio desde donde algunas personas buscan re-pensar el país, ante la ausencia de espacios propiamente políticos que fueran capaces de tal tarea.

institución central a través de la cual discurre el proceso de acumulación. La discusión abandona el terreno político -en tanto no se pone en cuestión los procesos a través de los cuales se dan los procesos de acumulación- y pasa a un terreno técnico -buscando mecanismos que permitan destinar recursos financieros marginales a los pobres.

Al mismo tiempo, las transformaciones estructurales que sufre el Perú a partir de los noventa, en opinión de Arnillas, marcan un agotamiento de algunos puntos importantes en la agenda de los años ochenta

“...hay un agotamiento de la agenda agraria, o sea el tipo de trabajo agrario de los 70 estaba marcado por lo campesino, por los problemas de acceso a la tierra,...]. En general el tema de la producción agraria crece en importancia; se (entre comillas) ‘despolitiza’ parte de la agenda...” (Federico Arnillas, entrevista personal)

En este marco se deben entender las relaciones entre las ONG y los organismos de cooperación y agencias multilaterales. Como ya se mencionó, estas últimas colocan una serie de temas y agendas que son recogidas por las ONG locales, o como señala Torres “son puestos de moda”. Sin embargo, y para matizar lo anterior, se debe señalar que estas agendas tampoco son aplicadas mecánicamente en el vacío; es decir, dependen también de las dinámicas internas del país. Por eso fue que en el contexto del Perú del fujimorismo muchas fuentes cooperantes desarrollaron líneas de trabajo vinculadas a los temas de fortalecimiento de los derechos humanos y de la

institucionalidad democrática. Este contexto político -en el cual estas ONG eran hostilizadas por el gobierno fujimorista- también puede ayudar a entender mejor el tipo de relación que establecen algunas ONG con las diversas fuentes cooperantes:

“Fujimori podía ser muy autoritario, pero tenía determinado rangos de juego. Si podíamos [tener] y tuvimos en la práctica una alianza con el Banco [Mundial] (levantando el tema de que las ONGs son importantes para la lucha contra la pobreza) eso era poner fronteras, barreras [a las acciones de fujimorismo]. Para que tengas un indicador concreto: Torres y Torres Lara [congresista fujimorista] presenta en el congreso de Fujimori un proyecto de ley contra las ONG, termina yendo a la ANC⁵⁹ en una reunión y diciendo: ‘vamos a retirar el proyecto porque es más lo que perdemos que lo que ganamos con este proyecto’. Así de cálculo frío, porque, claro, contra el proyecto se pronunciaron todos los sectores, incluidos el Banco Mundial y la cooperación internacional ...” (Federico Arnillas, entrevista personal)

Sí aceptamos que el gobierno de Velasco *expropió* el programa levantado por la izquierda de esos años para luego implementarlo. Se podría afirmar de manera similar que algunos de los puntos levantados por algunos sectores provenientes de la izquierda de los años 80 fueron tomados por los organismos multilaterales y reorientados; y otros simplemente colocados en la agenda por estos últimos.

⁵⁹ La Asociación Nacional de Centros de investigación, promoción social y desarrollo (ANC) es una asociación civil sin fines de lucro que agrupa a muchas de las ONG más importantes del país, así como un gran número de pequeñas ONG.

2.2.5 La democracia postfujimori: ¿Hacia una democracia sin adversarios?

Las últimas dos décadas del siglo XX en el Perú fueron sin duda momentos de fuerte turbulencia, el conflicto armado, la crisis económica y la inestabilidad política de fines de la década de los 90 debilitaron fuertemente el régimen político peruano. En el último caso, luego de diez años de gobierno fujimorista los principales partidos ubicados, en ese momento, en la oposición forjaron un importante número de consensos que les permitieron actuar de manera concertada. Primero el gobierno de transición encabezado por Valentín Paniagua y luego el gobierno del presidente Toledo pondrán un importante énfasis en la concertación como mecanismo de acción política. Se podría afirmar entonces que la democracia postfujimori propone consensos entre todas las fuerzas políticas, propone forjar un “acuerdo sin exclusiones” entre todas las “fuerzas democráticas”⁶⁰.

El discurso político que emerge luego de la experiencia fujimorista es doblemente postpolítico⁶¹. En primer lugar, porque pretende que los consensos que se alcancen vayan más allá de los valores ético-políticos que sostienen el régimen, para ir a las formas políticas concretas que debe desarrollar dicho

⁶⁰ Es importante esta aclaración pues en ambos casos el fujimorismo como fuerza política no estaba incluida dentro del grupo de actores a ser convocados a este acuerdo sin exclusiones.

⁶¹ En el siguiente capítulo se define de manera más detallada este concepto.

régimen. Como señala Mouffe: “El consenso es necesario en las instituciones constitutivas de la democracia y en los valores ‘ético políticos’ que inspiran la asociación política -libertad e igualdad para todos-, pero siempre existirá desacuerdo en lo referente a su sentido y al modo en que deberían ser implementados.” (Mouffe, 2007: 38)

Según la autora el consenso se desarrolla básicamente en dos planos.

a) En las instituciones básicas del régimen político. Por ejemplo: el principio de división de poderes. b) En los valores ético políticos que sostienen el régimen democrático liberal; a saber de la autora igualdad y libertad.

Sin embargo, así como el régimen democrático requiere de consensos, requiere también de disensos, los cuales se ubican en las formas concretas que adoptan los consensos mencionados. Es decir, los disensos se producen a la hora de poner en práctica (y por lo tanto definir) aquello que se entiende, por ejemplo, por igualdad o libertad.

A principios del siglo XXI, y pese al fin del régimen fujimorista, estaba claro que el neoliberalismo era plenamente hegemónico en el país⁶². El

⁶² Si no recordemos uno de los primeros spots televisivos del entonces candidato Alejandro Toledo en el cuál reconocía los logros económicos del fujimorismo, y se proponía como aquel que construiría el “segundo piso”.

discurso político del “consenso” que se elaboró en aquel momento no sólo por los partidos políticos, sino también por los medios de comunicación y los poderes fácticos, buscaba forjar un acuerdo que fuera más allá de las instituciones y valores ético-políticos a los que hacía referencia Mouffe. El consenso al que se hacía referencia en realidad era el de la consolidación de una democracia en clave neoliberal.

Además de buscar un acuerdo respecto a las formas políticas concretas de la democracia postfujimori, el discurso político de aquel período lleva a afirmar su carácter postpolítico al plantear un acuerdo sin exclusiones, un acuerdo fruto del consenso entre todas las fuerzas políticas “democráticas”. Mouffe denomina este paradigma “democracia deliberativa”. Según Mouffe, este nuevo modelo democrático busca “la reconciliación de la idea de soberanía democrática con la defensa de las instituciones liberales. [...] Su objetivo no es abandonar el liberalismo sino recuperar su dimensión moral y establecer un estrecho vínculo entre los valores liberales y democráticos.” (Mouffe, 2003: 98)

El objetivo último de esta propuesta es establecer que no existe un vínculo político sino *moral* entre valores democráticos y liberales. Este acuerdo, al sustentarse en una racionalidad universal (Rawls), o en una racionalidad comunicativa (Habermas), sitúa dicho consenso por encima de lo político en

tanto apela a un fundamento ubicado en la esfera moral. Si lo que existe es una relación armónica entre los principios liberales y democráticos, es posible también llegar a acuerdos entre todos los participantes del debate; es decir, a un “consenso sin exclusiones”. Frente a este tipo de acuerdo, aquellos que se opongan (pese a la pretensión de ser un “consenso sin exclusiones”) resultan ser irracionales o personas desleales con el régimen. Pese a las pretensiones universales, la democracia deliberativa se funda en una relación nosotros/ellos (amigo/enemigo) que no es reconocida como legítima por aquellos que impulsan dicho esquema.

Frente a las acusaciones de poca lealtad al régimen democrático, a la izquierda no le quedará otra posibilidad que afirmarse en el proyecto de “democracia deliberativa” puesto en marcha luego de la caída del régimen autoritario⁶³. Veamos dos ejemplos vinculados a esta concepción postpolítica que aparecen en sectores distintos de la izquierda de principios de la década del 2000.

⁶³ La democracia deliberativa se caracteriza entre otras cosas por la idea que “...en una sociedad y una organización política las decisiones deberían alcanzarse mediante un proceso de deliberación entre ciudadanos libres e iguales...” (Mouffe, 2003: 95) Además, dicha democracia “...aspira a crear un vínculo entre la moralidad y la política [...] Presentan el debate político como un campo específico de aplicación de la moralidad y piensan que es posible crear en el campo de la política un consenso racional mediante la libre discusión.” (Mouffe, 2007: 20)

Por un lado, encontramos el análisis que realiza Lynch sobre el movimiento estudiantil de fines de los años 90. En los estertores del gobierno fujimorista la intensa movilización estudiantil llevaría al autor a afirmar que:

“...podría estarse incubando una ruptura con la concepción de la política como enfrentamiento entre amigo y enemigo, que parecía inspirar tanto a la vieja política partidaria como a la antipolítica del outsider exitoso. Curiosamente, en especial en el caso del movimiento juvenil, no se trata de movilizaciones de corte revolucionario que promuevan la confrontación radical con el Estado, sino más bien de movilizaciones que buscan encontrar los consensos necesarios para la reconstitución de un Estado de derecho en el país. Esta dinámica puede observarse en la elaboración y debate de propuestas de diferente índole que se presentan como alternativa a los distintos problemas actuales.” (Lynch, 1999: 31)

La caracterización (y el optimismo) de Lynch de cara al nuevo movimiento estudiantil se funda en su ruptura frente a las tradiciones maximalistas y radicales del movimiento estudiantil de los setentas y ochentas, en una concepción donde la política no se concibe como un enfrentamiento amigo/enemigo, sino como la búsqueda de consensos que permitan el reestablecimiento del Estado de Derecho. En *Política y Antipolítica en el Perú*, Lynch propone que: “Esta semántica ciudadana además debe expresar la superación definitiva de la definición de la política como oposición amigo-enemigo para reemplazarla por una definición de competencia y cooperación democráticas que permita la construcción de una nueva comunidad política.” (Lynch, 1999: 33)

“Asumir los planteamientos democráticos supone también tener una concepción plural, de interacción entre varios, de la política. Es decir, entender esta actividad como competencia y eventual cooperación entre distintos adversarios políticos. Claro que competencia y cooperación no son los únicos procesos en una democracia en formación; también se da confrontación entre distintos actores, tanto sociales como políticos. Es más, muchas veces por el autoritarismo y la corrupción reinantes, los movimientos sociales no tienen otra salida. Sin embargo, los mecanismos democráticos, deben tender a disminuir la confrontación encontrando los canales adecuados para canalizar los distintos intereses en una democracia.” (Lynch, 2005: 41)

Sin embargo, Mouffe (2003) afirma que “...los oponentes no pueden ser considerados estrictamente como competidores cuyos intereses pueden tratarse mediante la mera negociación, reconciliarse a través de la deliberación, porque en esos casos el elemento antagónico simplemente habría sido eliminado.” (Mouffe, 2007: 27)

En un libro más reciente *¿Qué es ser de izquierda?*⁶⁴ Lynch retoma la discusión sobre la izquierda partiendo de un eje: “la distinción entre la izquierda democrática y la autoritaria” (Lynch, 2005: 11). El autor sitúa el debate partiendo de las posibilidades que se le abrieron a la izquierda luego de la caída del muro de Berlín y el derrumbe del Estado Soviético. Para el autor se trató de un momento en el cual la izquierda pudo desprenderse de los lastres autoritarios vinculados a dicha experiencia.

En la actualidad -señala Lynch- existirían dos tipos de izquierda: una autoritaria y la otra democrática. Esta última lucha por el desarrollo de la

⁶⁴ Este libro compila una serie de artículos escritos entre los años 1996 y 2004.

democracia y el Estado de derecho, mientras que los primeros pueden defender regímenes dictatoriales dependiendo del “apellido” de estos.

A lo largo de los diversos artículos Lynch va construyendo una equivalencia entre dos series de categorías. Por un lado dictadura, autoritarismo, comunismo, marxismo-leninismo y revolución⁶⁵; por otro democracia, estado de derecho, pluralismo, mercado socialdemocracia y reforma.

Lynch busca redefinir las coordenadas esenciales del socialismo en el actual momento de globalización y en el auge de la llamada “sociedad de la información”. Las principales redefiniciones de Lynch se dan en el terreno de los valores. Así el autor señala que los valores básicos de la *izquierda democrática* son la igualdad, la libertad y la solidaridad (2005: 100-2). Sin embargo, resulta obviamente insuficiente -o quizás demasiado general- definir a la *izquierda democrática*- a partir de la enunciación de estos valores sin adentrarse en otros temas. De esta manera Lynch busca ubicar a esta corriente política frente a algunas instituciones sociales como el Estado, el

⁶⁵ Esto último es un poco menos claro pues en algunos pasajes el autor precisa que “...desestimar la revolución en el sentido marxista-leninista del término no significa desestimar el conjunto de las revoluciones sociales ocurridas en los últimos 200 años.” (Lynch, 2005: 107) Menciona en especial la Revolución francesa. Es obvio que lo que se valora de esta experiencia son los resultados y no el proceso mismo (sino pensemos en la época del terror). Por otra parte, pensemos en la Revolución china a la cual el texto no hace referencia y vinculémosla al momento de desarrollo actual que vive China. ¿Es también una revolución exitosa? Da la impresión que Lynch valora los procesos revolucionario en función a su acercamiento (o alejamiento) del liberalismo político

mercado, la propiedad privada y la globalización. Para Lynch, la “...superación de la sociedad capitalista es entonces un tema pasado de moda y más bien de lo que se trata es de señalar los caminos alternativos” (2005: 109).

La crítica que aquí hacemos al texto de Lynch no pasa por colocarse al otro lado del terreno construido por el autor: -es decir en el terreno de lo que llama la *izquierda autoritaria*- sino más bien en salir de dicho plano. Sus propuestas políticas son igual de legítimas que el resto de propuestas que podrían hacerse. El problema central, a nuestro modo de ver, es el marco interpretativo que utiliza Lynch para su análisis. En el la política retrocede frente a la moral, en tanto las opciones que señala el autor no solo son moralmente correctas sino que son además políticamente eficaces. En la lectura de Lynch no se produce un conflicto entre la moral convencional y la moral política.

Como señala Rinesi, recordando “El Príncipe” de Maquiavelo, existe una permanente tensión entre “...el universo de las acciones políticas y el de los valores morales...” (Rinesi, 2003: 37). A esta relación Rinesi la llamará *la tragedia de los valores*, la cual nos remite a la discusión de la autonomía de la política frente a otros campos de la vida humana. Para Maquiavelo la acción política se encuentra permanentemente atravesada por esta tensión entre dos esquemas morales *distintos*, frente a lo cual el Príncipe debe optar. Este

dilema no aparece en la lectura que Lynch realiza, pues existiría una identidad total entre la moral democrática (definida por el autor) y la de la izquierda dejando de la lado este conflicto constitutivo de la política.

Además de esta relación *armónica* entre la izquierda democrática y *la moral convencional*, el texto de Lynch construye una sociedad que gracias a su desarrollo ha logrado purgar cualquier conflicto constitutivo de su seno. Por una parte Lynch sostiene que uno de los problemas fundamentales destacados por el marxismo, es decir la relación entre propiedad de los medios de producción y apropiación de la plusvalía, merece por lo menos ser relativizado en tanto en la actualidad es la producción de conocimientos un factor clave para la distribución de la riqueza y la explicación de la desigualdad (Lynch, 2005: 18). Ya la propiedad de los medios de producción no resulta fundamental para el control de la plusvalía, pues ésta puede ser retenida a través del control social y política de los primeros. A lo largo de sus textos Lynch reitera la relación que existiría entre el malestar de la mayoría frente al bienestar de unos pocos (2005: 15); o en un registro en el plano político de unas élites encerradas que gobiernan para sí mismas frente al conjunto de ciudadanos que no se sienten representados (2005: 81). En los dos primeros casos (la pretendida armonía entre izquierda democrática y moral; y la de propiedad de los medios de producción y apropiación de la plusvalía) la idea del consenso se refuerza de cara a la desaparición de lo que podríamos llamar contradicciones fundamentales, mientras que en el último caso el adversario es una imprecisa

minoría o élite. Recordemos aquí a Rochabrún respecto a los NMS donde se diluye el carácter conflictivo de los problemas, sino que también desaparecen los enemigos a los que se enfrentaban. En el caso de Lynch el adversario no desaparece, pero no queda inserto en una trama de relaciones sociales que lo hagan inteligible.

Por otra parte, y vinculado a otro intento de formación de un partido con personas provenientes de la IU, se desarrollará la experiencia del Partido por la Democracia Social (PDS). Desde la segunda mitad de los noventa el PDS comenzó un largo camino de estructuración. Fue quizás el primer intento serio de reconstitución de algunos militantes que formaron parte de Izquierda Unida. En su ideario político señala:

“El (PDS)-Compromiso Perú aspira a incorporar como militantes a un vasto conjunto de ciudadanos que expresen la extraordinaria vitalidad y diversidad de nuestro país... No creemos que la división tradicional ‘derechaizquierda’ [sic] refleje adecuadamente la diversidad de posiciones políticas que están surgiendo en el mundo contemporáneo y en nuestro país. Sin embargo, el (PDS)-Compromiso Perú apuesta por una concepción social de la democracia, en la cual la equidad y la solidaridad juegan un papel central, y por lo tanto podría ser caracterizada, usando los términos convencionales, como una organización política de centroizquierda.” (PDS, 2006:15)

La visión del PDS coincide con lo planteado por Giddens en sus distintas obras sobre la “tercera vía” y la nueva política laborista de “centro radical” encabezada en su momento por Anthony Blair (Mouffe, 2007). Sin embargo, como señala Mouffe, en la visión planteada por Giddens se elimina la noción de

antagonismo en lo político (Mouffe, 2007). Asimismo, en otro punto señala que: “El PDS-Compromiso Perú propone un nuevo contrato social para articular una nueva vinculación entre el Estado, las empresas privadas, las organizaciones de la sociedad civil, y en última instancia entre todos los ciudadanos y ciudadanas que son los protagonistas principales de la vida política.” (PDS, 2006: 7)

En este caso, la idea de que es posible un contrato en que estén incluidos “todos los ciudadanos” muestra la presencia del enfoque postpolítico de la democracia.

Además de los ejemplos de Lynch el PDS veamos un tercer caso a partir de los documentos fruto del VII Congreso de Patria Roja realizado en (congreso que en realidad recoge y sostiene algunos elementos centrales del Congreso anterior tal y como explicita el propio documento)⁶⁶. De esta manera se sostiene que el “...mérito histórico del VI Congreso fue ratificar la filiación marxista-leninista del Partido...” (Patria Roja, 2001: 27)

⁶⁶ Es curioso señalar como en este libro -el cual agrupa los principales documentos producidos en el marco del VII congreso de Patria Roja- el único personaje chino citado es Sun Tzu (presunto autor del conocido libro *El arte de la guerra*). Más allá de la anécdota, refleja el discreto alejamiento del maoísmo de la que fuera una de las organizaciones más importantes de dicha corriente.

El análisis realizado por Patria Roja, a diferencia de los dos ejemplos anteriores y siguiendo la tradición marxista, mantiene el conflicto como elemento que estructura lo social. Al mismo tiempo, señala la necesidad del establecimiento de una *frontera* política:

“La izquierda no puede diluirse en un amasijo como es el proyecto de centro ni perderse en una unidad sin fronteras. No desconocemos la necesidad de alcanzar determinadas formas de unidad de acción o electoral.” (Patria Roja, 2001: 108)

El establecimiento de dicha frontera permite, en palabras del mismo partido, abrir un proceso de acumulación política donde la izquierda se ponga a la cabeza y hegemonice dicho proceso. Estamos aparentemente frente a aquello que se viene señalando como fundamental para la izquierda: la incorporación del conflicto dentro de su estructura conceptual. Al mismo tiempo, el documento condena “el dogmatismo y sectarismos” en los que se cayó durante las décadas previas. Concretamente, señala que durante la década de los ochenta y a medida que la descomposición del país avanzaba “...se cayó [al interior de IU] en una innecesaria antagonización de sus contradicciones políticas y programáticas que llevó a su división y liquidación.” (Patria Roja, 2001: 96)

Si esto sirve como indicador de hasta qué punto el pluralismo ha avanzado al interior de Patria Roja, al mismo tiempo hay que señalar que la reivindicación de la cientificidad del marxismo-leninismo lo dificulta. ¿Cómo conciliar una posición científica con lo que Mouffe señaló como central de la democracia moderna: el principio de contingencia. Sin embargo, creo que a diferencia de los dos ejemplos anteriores en el caso de Patria Roja se presenta más bien una incapacidad de (re)inventar su identidad.

CAPÍTULO 3:
UNA INCURSIÓN EN LA TEORÍA

El propósito de este capítulo es desarrollar una discusión teórica que, tal como anuncia Mouffe (2005) ofrezca a la teoría política de la democracia un marco alternativo al actual, dominado por el llamado neoliberalismo. Es bajo el *Zeitgeist* neoliberal que no sólo la teoría política democrática se ha venido desarrollando, sino también una serie de corrientes de la izquierda internacional; y nacional -como vimos en el capítulo anterior. Se trata entonces de recuperar algunos elementos caros al pensamiento político de la izquierda – en su sentido más amplio-, e incorporarlos a lo que en el capítulo anterior hemos llamado el actual horizonte democrático

Por esta razón queremos plantear aquí una discusión sobre algunos de los elementos que articulan por un lado, la teoría política de la democracia en el periodo neoliberal. Y por el otro ofrecer algunas nuevas reflexiones alejadas

de los ejes del discurso neoliberal, y más bien asentada en una tradición de izquierda (en un sentido amplio de la palabra).

A grandes rasgos son dos los temas que abordaremos en las siguientes páginas. El primero, una discusión sobre el régimen democrático moderno, lo que nos lleva a resaltar sus tensiones constitutivas, permitiendo desplegar una discusión sobre el conflicto como elemento inherente al proceso de construcción de la sociedad.

El segundo tema, si bien tiene varios puntos de contacto con la discusión anterior, se centra en la discusión en torno a *la política y lo político*. A partir de ello debatiremos alrededor del problema de la conformación de las *identidades políticas* tema que ha sido tratado a lo largo de toda la investigación en lo que a la izquierda se refiere.

Finalmente -partiendo de los dos temas anteriores- discutiremos sobre el enfoque de la *post-política* y los modelos democráticos que de ella se derivan.

3.1 La democracia moderna.

Una primera tarea que debe ser abordada a la hora de reflexionar sobre el régimen democrático moderno es reconocer en él la concurrencia de dos tradiciones políticas distintas que confluyeron en un régimen político concreto, el régimen democrático-liberal, en un momento histórico concreto. Estas tradiciones son, por un lado, la teoría democrática y, por el otro, el liberalismo político.

Para referirnos a la tradición democrática actual debemos establecer sus características fundamentales, lo que en realidad equivale a plantear sus diferencias respecto a su lejana pariente establecida en Atenas. Algunos autores señalan que la diferencia central entre éstas se refiere al tamaño y la extensión que ha supuesto el desarrollo de la democracia moderna. Mientras en la democracia griega la cantidad de ciudadanos permitía la deliberación en el Ágora: en la democracia moderna no es posible debido a la extensión territorial y la cantidad de ciudadanos. Ambos elementos obligan a la democracia moderna a establecer una serie de mecanismos de mediación y representación para que dicho régimen pueda funcionar. La democracia moderna está obligada a ser una democracia representativa o simplemente no ser.

Sin rechazar lo anterior, Mouffe (2003) afirma que dichas transformaciones no son el factor distintivo del régimen democrático moderno: no es sólo una cuestión cuantitativa lo que le otorga su carácter distintivo a la actual democracia, sino más bien las transformaciones cualitativas las que la separan de la democracia ateniense.

Para esta autora serían dos los elementos que marcan esta diferencia cualitativa. El primero de ellos está relacionado con lo que Claude Lefort denominó la “disolución de los marcadores de certidumbre” (Mouffe, 2003: 20). Esto hace referencia a que mientras que en las democracias modernas el fundamento del poder, las leyes e incluso el conocimiento estaban basados en un fundamento último y trascendente (Dios, el príncipe), bajo la tradición republicana, este principio de certidumbre se transforma en la soberanía popular. Es decir, el régimen se sostiene ahora no en una legitimidad divina o real, sino en la legitimidad que le otorga su soberano: el pueblo. Se acepta así la desaparición de una garantía final, de una legitimación definitiva. Para Lefort el traspaso de la soberanía al pueblo equivale a la desaparición de dichos marcadores de certidumbre y por consiguiente la aceptación de un *principio de incertidumbre*. O si se quiere, a la renuncia de un fundamento trascendente.

La aceptación del principio de incertidumbre tiene hasta dos consecuencias para el orden democrático actual. a) La primera es la aparición

de la idea del pluralismo: en tanto la certidumbre desaparece, lo que surge en su lugar son múltiples verdades. Aceptar el carácter fundante del pluralismo lleva a Mouffe a señalar que la democracia moderna asume vía éste la naturaleza conflictiva de “lo social”⁶⁷. b) La otra consecuencia es la aceptación del *principio de contingencia*: al no existir un fundamento último de la sociedad se tiene que asumir que cualquier orden social es fruto de la contingencia y, como se señala más adelante, tiene como fundamento un orden político⁶⁸.

El segundo elemento que plantearía la novedad radical de la democracia moderna para Mouffe está relacionado con la reemergencia del concepto de soberanía popular (fundamento central de la tradición democrática) bajo un marco simbólico configurado por el discurso liberal (Mouffe, 2003: 20). En este marco liberal el núcleo democrático se habría transformado, subrayando más que la soberanía popular, el tema de las libertades individuales y los derechos humanos⁶⁹.

⁶⁷ Sin embargo, advierte la autora se debe “reconocer los límites” del pluralismo. La aceptación de un pluralismo total que “subraya la heterogeneidad y la incommensurabilidad” nos inhibe de percibir que ciertas diferencias están en realidad construidas en base a relaciones de subordinación (Mouffe, 2003: 36). El límite del pluralismo debe ser pues el reconocer que un gran número de diferencias están inscritas sobre las relaciones de poder.

⁶⁸ Para Laclau la contingencia está emparentada con la noción de accidente. Sin embargo, a diferencia de este último en la contingencia es imposible separar el accidente de aquello que es esencial. Por lo tanto, aquello que es *accidental* pasa a formar parte de aquello que es esencial de la identidad en cuestión. El orden social es contingente en la medida en que los accidentes son parte integrante de sus propias características. Se puede afirmar entonces que ningún orden social es fruto de leyes objetivas de la historia o de una racionalidad establecida por fuera del propio proceso histórico. (Laclau, 2000: 35-42)

⁶⁹ Para Mouffe esta discusión pretende dar cuenta de la democracia establecida en los países de occidente en los últimos dos siglos. (Mouffe, 2003: 19)

Para Mouffe es en realidad esta “paradoja” la que otorga su carácter novedoso a la democracia moderna. En esta conviven así dos tradiciones que pueden ser diferenciadas y cuyos núcleos no son necesariamente concordantes: por un lado, la *tradición democrática* con su énfasis en la igualdad y la soberanía popular y, por el otro, como ya se ha mencionado, el *liberalismo* con sus postulados centrales de libertad individual y el tema de los derechos humanos (Mouffe, 2003: 20).

Como señala Mouffe, este hecho había sido ya señalado por MacPherson, el cual afirmaba que en este proceso de articulación “...el liberalismo se democratizó y la democracia se liberalizó.” (Mouffe, 2003: 20). Esto es posible solamente si se entiende que las identidades en general nunca son cerradas, sino que por el contrario se construyen relacionalmente⁷⁰. Sin embargo, estas lógicas son “en última instancia incompatibles, y [...] no hay forma de reconciliarlas sin imperfección.” (Mouffe, 2003: 22). Estas dos lógicas se articulan de manera temporal en regímenes políticos que son siempre transitorios, fruto de la negociación política y de las articulaciones hegemónicas en un momento histórico específico.

⁷⁰ Esta conceptualización sobre el tema de las identidades fue uno de los elementos centrales desarrollados en *Hegemonía y Estrategia socialista*, escrito junto a Ernesto Laclau 1985. En este texto critican el carácter esencialista que existe en el marxismo y que concibe a las identidades políticas como preexistentes y cerradas. Este será uno de los puntos de ruptura que llevarán luego a hablar de un posmarxismo.

En la actualidad lo que se tendría según Mouffe es una democracia cuyo énfasis principal se encuentra en el Estado de derecho y la defensa de los derechos humanos, dejando a un lado el elemento de la *soberanía popular*. El régimen democrático tendría pues un *déficit democrático* tal y como ha sido aquí discutido. (Mouffe, 2003: 21)

3.1.1 La institución de lo social.

Reconocer la conflictividad del régimen democrático moderno nos lleva a discutir otro elemento, que se podría afirmar es la traducción en la esfera social de este debate a nivel de la teoría política: es decir el carácter conflictivo de la “institución de lo social”. Sin embargo, antes de discutir su carácter conflictivo debe definirse qué se entiende por “la institución de lo social”.

En *La invención de lo social* Jacques Donzelot ubica el nacimiento de lo social en el marco de la Segunda República francesa, también conocida como la República Social. En 1848, luego de una serie de movilizaciones populares, el Rey de Francia es obligado a abdicar, poniendo fin a un ciclo de gobiernos monárquicos (constitucionales primero y luego absolutistas). Durante la Segunda República se produjeron dos transformaciones claves que entrarían luego en una tensión que llevaría a su desaparición: la institución de un modelo

republicano, y la proclamación del sufragio universal masculino (Donzelot, 1983: 22).

La colisión entre la nueva república -expresada en la conformación de una asamblea de representantes- y el principio de soberanía popular -expresado a través del voto universal masculino- encontraría en el debate por el derecho al trabajo el terreno fértil para desarrollar todos sus potenciales antagonismos.

Fue justamente el derecho al trabajo la propuesta que permitió granjear un significativo número de adhesiones de parte del pueblo y llevarlo en una empresa revolucionaria contra el régimen monárquico. Sin embargo, una vez instituida la nueva República y proclamado el sufragio universal surge un problema: ¿es posible traducir esta igualdad política recientemente adquirida al terreno de la igualdad social? Pareciera mas bien que existe un déficit de la realidad social en relación con el imaginario político de la nueva república (Donzelot, 1983: 26).

A través del “derecho al trabajo” el pueblo de París esperaba que el hiato que separaba su condición política de igualdad y su condición civil de desigualdad fuera superado. Sin embargo, la Asamblea Constituyente no lo

entendió así, ya que un derecho irrestricto al trabajo suponía poner en riesgo otro derecho igualmente fundamental: el derecho de propiedad. Este espacio de antagonismos tomó el nombre de *lo social*, y las medidas adoptadas para acercar ambos polos tomó el nombre de *la cuestión social*. Siguiendo a Donzelot,

“La cuestión social aparece con la inauguración de la República, cuando la aplicación - por primera vez- del sufragio universal hace surgir el contraste entre la pareja soberanía política de todos y la trágica inferioridad de la condición civil de algunos, de esos mismos que acababan de acceder a la capacidad política, el estado de casi sometimiento económico en el que se encontraban.” (Donzelot, 1983: 50)

Los republicanos moderados que constituían la mayor parte de la Asamblea surgida con la Segunda República se hacían eco de la visión contractualista de la sociedad. En ella individuos perfectamente iguales y perfectamente libres a través de un contrato social establecido de manera voluntaria, configuraban al mismo tiempo una sociedad matemáticamente armónica. El derecho, en tanto emanación de este contrato social, poseería pues una “ilimitada capacidad consensual”, convirtiéndose en la herramienta por excelencia de la organización social. Sin embargo, el debate sobre el derecho al trabajo significó también el estallido de esta “infinita” capacidad consensual del derecho, oponiendo intereses frontalmente contrastados. En la medida en que uno supone el menoscabo del otro, la Segunda República es incapaz de regular, vía la legislación esta relación.

Como afirma Donzelot,

“Si se había podido considerar al derecho hasta entonces como el mágico corrector de todos los problemas sociales era porque remitía -implícita o explícitamente- al modelo positivo de una sociedad armoniosa que había eliminado junto con los privilegios abusivos, los efectos de un artificio introducido en los engranajes de lo social para permitirles que reencontraran su funcionamiento natural.” (Donzelot, 1983: 38)

Por lo tanto, la explosión del Derecho como mecanismo consensual significa al mismo tiempo la explosión de una sociedad que creía haber sido armónicamente instituida, señalando mas bien la naturaleza conflictiva de la sociedad. Frente a las visiones optimistas de sociedades armónicas, donde los individuos de manera libre y fruto de contratos voluntarios, se erige una realidad atravesada por antagonismos. La visión contractualista fue criticada tanto desde las orillas del liberalismo, como desde el conservadurismo y el marxismo. Como señala Donzelot, “(e)l derecho al trabajo no unificó entonces, como se podía esperar, la sociedad y la política, el pueblo y la Asamblea, sino que los puso uno contra otro, con la certeza para ambas partes de estar representando el buen derecho republicano.” (Donzelot, 1983:30)

Ante la imposibilidad de cierre de lo social, lo que ocurrió fue el enfrentamiento entre quienes defendían la supremacía del derecho al trabajo y quienes apoyaban más bien el derecho irrestricto a la propiedad. Para el sociólogo francés, detrás de dicha discusión podía ubicarse de manera clara a

las grandes tradiciones políticas: el liberalismo, el conservadurismo y el socialismo. Sin embargo, para Donzelot estas tradiciones representan el fracaso del contrato original y más bien la visibilización de las “antinomias constitutivas del ideal republicano” (Donzelot, 1983: 52). A éste se le denominará el *modelo social de la República*, y podría ser correcto ver en él una respuesta particular a la permanente tensión entre liberalismo y democracia. O, en términos de Donzelot, entre republicanismo y democracia.

Finalmente, la discusión sobre el derecho al trabajo supone también plantearse los límites del concepto de soberanía popular: en tanto todos somos soberanos, ¿cómo superar el hiato entre el status político que otorga la soberanía, y el status civil se podría decir, concreto del ciudadano? Para superar esta dicotomía los franceses desarrollarán lo que se conoce como el *Estado social*, el cual a través de la noción de solidaridad pretenderá cerrar la brecha abierta por la cuestión social. Pero esta discusión excede los marcos de lo que aquí nos interesa señalar.

Como se dijo antes, la igualdad política no se traduce necesariamente en igualdad en el terreno social (incluso puede existir oposición entre ambas). Sin embargo, es esta ilusión la que sostiene el horizonte de la democracia liberal y el capitalismo como su forma económica. El capitalismo constituye la subjetividad de la democracia liberal en tanto la idea de la existencia de un

valor de cambio que permite establecer una equivalencia entre los *objetos*, permite transitar a una idea de equivalencia universal entre los *sujetos*.

Como afirma el sociólogo Eduardo Grüner:

“Esta ilusión de una equivalencia universal creada por el valor de cambio, que pasa por alto las singularidades y diferencias irreductibles de los objetos y los sujetos que los producen, constituyen la forma primordial de la ‘legitimidad’ *económica y política* del capitalismo, ya que constituye asimismo (como lo ha señalado agudamente Jameson desarrollando una idea de Adorno) la *identidad imaginaria* misma del sujeto producido por la forma de interpelación ideológica correspondiente a ese modo de producción: es, por así decir, la *subjetividad capitalista* propiamente dicha.” (Grüner, 1997: 55 cursivas del autor)

En contraposición a la fantasía de la equivalencia universal, propuesta como ethos del capitalismo según Grüner, la discusión sobre lo sucedido en la Segunda República francesa permite más bien señalar el papel constitutivo que tiene el conflicto en la formación de lo social. Además, este episodio ha mostrado el carácter político de la institución de “lo social”. Sin embargo, queda por analizar qué entender por lo político y por qué señalar que es este elemento el que instituye lo social.

3.2 La esencia de lo político

Para Carl Schmitt lo político se establece como un dominio independiente del “pensar y el hacer” humanos y por lo tanto posee sus propios criterios de fundamentación y formas de funcionamiento.

“Supongamos que en el dominio de lo moral la distinción última es la del bien y del mal; que en lo estético lo es la de lo bello y lo feo; [...] Pues bien, la distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción *amigo y enemigo*.” (Schmitt, 1999: 56)

Para Schmitt la categoría de enemigo no se enmarca dentro de una lógica individualista o perteneciente a la esfera privada; por el contrario está en el campo de la conformación de las identidades colectivas. Por esta razón afirma que el enemigo es aquel que sea percibido por una asociación política como un riesgo para su propia existencia, para el mantenimiento de su propia identidad. Es: “...la negación del propio modo de existencia, y en consecuencia [...] hay que rechazarlo o combatirlo para preservar la propia forma esencial de vida.” (Schmitt 1999: 57)

Para Schmitt lo político no es un campo específico de la realidad, sino más bien una lógica de funcionamiento cuyas pautas ordenadoras son, como ya se dijo, la construcción del par amigo/enemigo. Es por esta razón que

cualquier actividad humana puede ser colocado en el campo de lo político pues “...lo político no acota un campo propio de la realidad, sino sólo un cierto *grado de intensidad* de la asociación o disociación de hombres.” (Schmitt 1999: 68)

Al ser una lógica de funcionamiento podemos afirmar entonces que *lo político* podría entenderse como un lugar vacío donde aquella sustancia que ingresa es despojada de sus formas de acción y remitida a la lógica de este lugar. Lo político entonces puede ser ocupado por diversos tipos de antagonismo: económicos, culturales, étnicos, religiosos, los cuales han adquirido por una serie de razones históricas una intensidad tal pasan a desarrollarse en torno al establecimiento de la relación amigo/enemigo.

Estas categorías no deben ser tomadas como meras metáforas o símbolos; sino abordadas en toda la profundidad de su alcance. La relación amigo/enemigo encuentra su carácter último en tanto se asienta en la posibilidad de desencadenar una *violencia física* sobre aquellos que son definidos como enemigos.

El carácter radical de lo político viene dado porque detrás del establecimiento de la distinción amigo/enemigo se encuentra la posibilidad del combate y la eliminación física del enemigo, porque en última instancia la

política encuentra su sostén final en la utilización de la violencia para *terminar* con el enemigo. Faltaría una discusión sobre el Estado. En tanto se considera al Estado la forma política que adquiere determinada colectividad social (o pueblo en las categorías de Schmitt) en un espacio territorial determinado, la lógica bajo la cual funciona este es la lógica de lo político.

Siguiendo a Carl Schmitt, el tema central que atraviesa lo político es para Mouffe la división amigo/enemigo. Y como ella agregará la formación de un *nosotros* y un *ellos*⁷¹; es decir, la constitución de formas colectivas de *identificación* (identidades). Al ser pues, una relación de antagonismo y conflicto, lo que prima es una esfera de *decisión*, no de libre discusión (Mouffe, 2007: 18).

Desde una perspectiva netamente sociológica Bauman trabajará una idea muy similar a la hora de abordar la formación de los grupos sociales, sin importar su naturaleza específica. Para Bauman, “‘Nosotros’ representa el grupo al que pertenezco. Yo entiendo bien lo que sucede dentro de ese grupo y, por ende, entiendo, sé, cómo actuar, me siento cómodo y seguro. [...] La palabra ‘ellos’, por el contrario representa un grupo al que no puedo ni quiero pertenecer.” (Bauman, 1994: 44)

⁷¹ Más adelante se explicará la transición desde la categoría schmittiana de amigo/enemigo hacia la categoría nosotros/ellos que realiza Mouffe.

El grupo tiene una identidad, es decir una serie de características que permiten definir al grupo. Si bien, dichas características que forman la identidad del grupo pueden ser vistas como positivas o definidas de manera sustantiva, es decir en relación a ellas mismas, para Bauman esto es incorrecto.

“Nosotros y ellos, los que pertenecemos al grupo y los foráneos, derivamos nuestras respectivas características, como también nuestros matices emocionales, de nuestro mutuo antagonismo. Podríamos decir que este antagonismo define ambos lados de la oposición. Podríamos decir también que cada lado saca su identidad del hecho mismo de que lo vemos comprometido en un antagonismo con el lado opuesto. [...] lo foráneo, lo que está fuera, es precisamente esa oposición imaginaria que el grupo necesita para tener identidad, cohesión, solidaridad interna y seguridad emocional.” (Bauman, 1994: 45)

En el mismo sentido que Bauman, Laclau afirma al abordar la discusión sobre el populismo, que una de las “precondiciones” de este pasa por la formulación de una *frontera política* que divida el campo de lo social entre identidades antagónicas. Es decir, el establecimiento de una relación amigo/enemigo. Además, para el teórico argentino es la frontera la que sostiene ambas identidades políticas, pues la caída de la frontera supondría también la disolución de las mencionadas identidades. En este sentido Laclau afirma que uno de los requerimientos “...*sine que non* de lo político [es] la constitución de fronteras antagónicas dentro de lo social...” (Laclau, 2005: 195)

Las tesis que esboza Schmitt en su época se levantan frente a la incapacidad del liberalismo para desarrollar una teoría de la política (Mouffe,

2007: 17) y “...en su lugar [el liberalismo] se mueve en el seno de una polaridad típica y recurrente entre dos esferas heterogéneas, las de ética y economía, espíritu y negocio, educación y propiedad.” (Schmitt, 1999, 99). Según Schmitt lo que existe es una crítica liberal, la cual más definir la política, busca limitar sus alcances para asegurar la protección de la libertad individual y el derecho de propiedad.

Para Mouffe el liberalismo político se caracteriza por dos elementos. El primero tiene que ver con el proceso de formación de las identidades. Como ya vimos, lo político parte del establecimiento de una diferencia entre amigo y enemigo; es decir, del establecimiento de una identidad colectiva y no de la formación de identidades individuales. Por el contrario el liberalismo percibe las identidades colectivas como rasgos arcaicos en tanto contradicen el creciente proceso de individuación y racionalización del individuo, propios de la modernidad; los rasgos de identificación colectiva son asumidos como no racionales, ligados a las emociones y las pasiones. El individuo liberal es básicamente racional, desprovisto cada vez más de sus pasiones y emociones.

El segundo rasgo central del liberalismo para Mouffe está referido a la creencia racionalista en la posibilidad de un consenso universal basado en la razón. Para Mouffe, “(l)o político no puede ser comprendido por el racionalismo

liberal, por la sencilla razón de que todo racionalismo consistente necesita negar la irreductibilidad del antagonismo.” (Mouffe, 2007: 18-9)

Asumir el concepto de lo político como una separación entre un “nosotros” y un “ellos” trae también a colación el tema de la igualdad, pues la posibilidad de división plantea una “no igualdad” entre ambos campos. Según Schmit existen dos ideas de igualdad totalmente diferentes: una hunde sus raíces en el pensamiento liberal, y sostiene que toda persona por el hecho de serlo es automáticamente igual a otra. La otra, proveniente de la tradición democrática, afirma que la igualdad se da en la pertenencia a un mismo *demos*, a un mismo pueblo, postulando implícitamente que existe un afuera del *demos*. La igualdad propuesta por el pensamiento liberal, siempre siguiendo a Schmitt, es una igualdad abstracta y no política; pues para esto último tendría que plantearse siguiendo el criterio de amigo/enemigo, y por lo tanto negar su carácter universalista.

Lo importante en la visión de este autor es la posibilidad de establecer una línea divisoria entre aquellos que pertenecen al *demos* y aquellos que no; en este sentido la igualdad democrática es un concepto político, en tanto *supone una exclusión* fundada en la no pertenencia al *demos*.

Si bien Mouffe toma elementos de la teoría schmittiana para elaborar su crítica al liberalismo, también establece algunas diferencias frente a ella. Para Schmitt el concepto de lo político resulta incompatible con la idea del pluralismo al interior de la “unidad política”, en tanto dicho pluralismo supondría minar la capacidad del Estado para establecer la diferencia entre amigo/enemigo. Sin embargo, para Mouffe, aceptar la posibilidad de existencia de un nosotros/ellos no tiene que ser incompatible con el pluralismo propio de los regímenes democráticos modernos. Se trata de convertir al enemigo en *adversario*, otorgándole una legitimidad como interlocutor, sin por ello dejar de reconocer simultáneamente el carácter inerradicable del antagonismo que los diferencia. El reconocimiento del adversario no equivale de ninguna forma pasar a considerarlo tan sólo como competidor, “...cuyos intereses pueden tratarse mediante la mera negociación, o reconciliarse a través de la deliberación,...” (Mouffe, 2007: 27).

De lo que se trata es de construir esta relación de un modo distinto: el conflicto, para ser aceptado como un elemento legítimo en el orden democrático, debe ser constituido de modo *agónico*. Sin embargo, Mouffe matiza y afirma que no todo conflicto es pasible de ingresar a la esfera democrática. Se requiere que no ponga en riesgo lo que la autora denomina la “asociación política”; es decir, aquellos vínculos que unen a las partes en conflicto y que las hace percibir que comparten un mismo espacio simbólico. De esta manera, la existencia del adversario no amenaza la existencia de mi

propia identidad, ni la existencia de este espacio común (Mouffe, 2007: 26-7)⁷². De esta forma, *el agonismo* permite establecer una relación adversarial; es decir, una distinción del tipo nosotros /ellos, en la cual las partes en conflicto “...si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen la legitimidad de sus oponentes.” (Mouffe, 2007: 27)

Para Mouffe, el reto para la democracia actual consiste en construir las instituciones y prácticas necesarias para que “...el antagonismo potencial pueda desarrollarse de un modo agonista.” (Mouffe, 2007: 27). En otras palabras, que en vez de partir de la posibilidad de desaparecer el conflicto, la democracia se ocupe de canalizarlo hacia su domesticación ofreciendo los canales institucionales y las prácticas políticas necesarias que lo permitan. De lo contrario, como señala la autora “...el disenso tiende a adoptar formas violentas...” (Mouffe, 2007: 28)

3.3 El Fin de la historia o el triunfo de la pospolítica

Luego de la derrota del “enemigo comunista” y de la caída de la órbita del socialismo real, Francis Fukuyama propuso el “fin de la Historia” y, por lo

⁷² Sin duda este punto se aleja significativamente de la teoría esbozada por Schmitt en tanto que el reconocimiento al adversario, planteado por Mouffe, supone dejar de lado el fundamento en el que se apoya lo político: la capacidad de eliminar físicamente al enemigo.

tanto, un futuro sin historia donde la democracia liberal y el capitalismo democrático habrían triunfado definitivamente. Fukuyama con este triunfo definitivo pretendía colocar al régimen triunfante, como el devenir de la Historia y la Razón, y así quedaba a salvo de la contingencia.

El fin propuesto por Fukuyama no solamente era el fin de la historia, sino el fin de lo político tal y como lo entiende Mouffe. Fukuyama plantea el fin de la disputa de lo político, el fin de la disputa por ver quiénes son los que establecerán la objetividad de lo social sobre la cual se desarrollará la disputa política. Al igual que el ideal post-revolucionario del marxismo, el fin de la historia de Fukuyama plantea la disolución de lo político en la vida social: aquel gracias al triunfo de la clase obrera; ésta por el triunfo de la burguesía transnacional.

Pero como se sabe, el poder no desaparece de las relaciones sociales: tan sólo se esconde, o mejor dicho se hace menos evidente. Según Mouffe,

“...todo orden es político y está basado en alguna forma de exclusión. Siempre existen otras posibilidades que han sido reprimidas y que pueden reactivarse. Las prácticas

articulatorias⁷³ a través de las cuales se establece un determinado orden y se fija el sentido de las instituciones sociales son ‘prácticas hegemónicas’.” (Mouffe, 2007: 25).

La propuesta de Fukuyama en realidad buscó desaparecer las huellas del poder, o mejor dicho del proyecto hegemónico que había resultado triunfante en 1991. A partir de ese momento la hegemonía del pensamiento liberal fue incontestable, no sólo por el descrédito del marxismo, sino por la derrota de los llamados socialismos reales.

La victoria del liberalismo, y por lo tanto el desplazamiento tensional entre democracia y liberalismo, impulsó a un gran número de autores a plantear la existencia de una democracia y de una política sin adversarios: había terminado la política concebida como una relación conflictiva.

“Para los liberales un adversario es simplemente un competidor. El campo de la política constituye para ellos un terreno neutral en el cual los diferentes grupos compiten por ocupar las posiciones de poder; [...] No cuestionan la hegemonía dominante, y no hay una intención de transformar profundamente las relaciones de poder.” (Mouffe, 2007: 28)

Si se asume que el “progreso” se transformó en el nuevo mecanismo de legitimación del régimen republicano es posible entender la “democracia sin

⁷³ Las prácticas articulatorias consisten en la conformación de cadenas de igualación de significantes. Extraída del marco de la teoría del lenguaje y llevada al de la teoría política, esto equivale a afirmar que a través de la acción política se puede “conectar” una serie de luchas y movimientos sociales para la conformación de un bloque hegemónico. Así por ejemplo, la articulación entre feministas e indígenas se produce a partir de la construcción de un discurso político que permita igualar y colocar en una misma perspectiva ambas luchas (Laclau y Mouffe, 2004)

adversarios” a la que hace referencia Mouffe. A principios de los noventa, como muchas otras cosas, la noción de progreso se volvió privativa de un grupo, y se convirtió en una palabra unívoca⁷⁴.

Si en el terreno político la idea del adversario es desechada por el enfoque postpolítico, en el terreno de la sociedad la noción de una reconciliación total entre todos los intereses que existen en ella se torna no solamente deseable; sino posible. De esta manera, la idea un espacio social constituido a partir de un conflicto constituyente es desechada.

En conclusión a partir de la década de los noventa entonces, la democracia es una democracia sin adversarios. Tanto la llamada democracia deliberativa, como la tercera vía plantearán el fin del conflicto (y por lo tanto la posibilidad de un consenso sin exclusiones) como elemento central en la constitución de lo social. En el primer caso -el de las democracias deliberativas- el elemento dialógico reemplaza al poder como factor estructurante de lo político. La comunidad de habla reemplaza al contrato lockiano; con esto desplaza al antagonismo como elemento central en la constitución de lo social. En este enfoque la política deja de ser un proceso estructurado inicialmente en torno a las relaciones de poder y pasa a serlo a

⁷⁴ Para comprobar la validez de esta hipótesis nada más sugerente que el “consenso” que se obtuvo en 1989 y que se conoció luego como Consenso de Washington: todo lo que un país tenía que hacer si quería progresar.

partir de las capacidades dialógicas de los ciudadanos. Subraya así las capacidades racionales de los individuos, señalando al diálogo como el elemento fundamental para alcanzar una serie de consensos que se ubican en el terreno de la moral y que buscan señalarse como trascendentes. Disuelve el vínculo que une su momento de emergencia a un momento político.

Pero como señala Grüner respecto a la filosofía política de Hanah Arendt,

“...hay un intento de recuperación de la filosofía política como aquella búsqueda del bien superior. Su noción [refiriéndose a Hanah Arendt] pre-habermasiana (y también prefoucaultiana) de un poder concebido ‘desde abajo’ como ‘acción comunicativa’, de una intersubjetividad autónoma que conforma una comunidad de hablantes libres y un espacio público no deformado ni pervertido [resulta] por momentos, peligrosamente al borde de la ingenuidad: son [pues] los momentos en que su apasionamiento humanista la hacen retroceder a la tradición contractualista del derecho natural -no es otra cosa la noción hipotética de un ‘consenso’ logrado por el ‘acuerdo’ en el seno de la enigmática ‘comunidad de habla’-: como si no supiéramos que todo ‘contrato’ es, entre otras cosas, la expresión de una relación de fuerzas donde *siempre* hay vencedores y vencidos.” (Grüner, 1997: 45-6)

Se podría afirmar que con sus planteos Arendt descarta toda la corriente “realista” de la política, que va desde Maquiavelo y Hobbes, pasando por Hegel y Marx. Por su parte, Habermas y Rawls son expresiones contemporáneas de estos intentos por superar los antagonismos y fundar en una relación armónica las demandas de libertad e igualdad. Mientras que Habermas subraya el diseño de un procedimiento dialógico que permita la emergencia de los consensos, Rawls destaca el componente racional del proceso deliberativo y la

posibilidad de establecer un velo sobre las creencias previas que permita un consenso racional y por lo tanto justo. El mecanismo de exclusión opera entonces a partir del señalamiento del carácter irracional de las propuestas que no pueden ser absorbidas en el nuevo Consenso. En este caso la identidad del adversario político no se asume como legítima. Para Mouffe, “(n)o hay dudas de que las soluciones que proponen son distintas, pero comparten la creencia de que a través de los adecuados procedimientos deliberativos debería ser posible superar el conflicto entre los derechos individuales y las libertades por un lado, y las demandas de igualdad y participación popular, por otro.” (Mouffe, 2003: 25)

“Presentar las instituciones de la democracia liberal como el resultado de una racionalidad puramente deliberativa es reificarlas y convertirlas en algo imposible de transformar. Es negar el hecho de que, al igual que cualquier otro régimen, la moderna democracia pluralista constituye un sistema de relaciones de poder, y hacer de la puesta en cuestión de estas formas de poder algo ilegítimo.” (Mouffe, 2003: 25)

El segundo caso, la llamada Tercera Vía, es desarrollado por el sociólogo Anthony Giddens. Éste, luego de un balance, concluye que nos encontramos en una sociedad post-tradicional atravesada por desacuerdos, los cuales pueden ser superados mediante el diálogo y la educación. Para Giddens este tipo de sociedades no tiene inscrito en su origen contradicciones fundamentales; en resumen ya no está marcada por la lucha de clases. En realidad el concepto mismo de clase entraría en crisis en este esquema, siendo reemplazada por “estilos de vida” (Mouffe, 2007: 65). El Estado en este tipo de

sociedad se conceptualiza como un Estado sin enemigos. Dichos Estados, luego del fin de la bipolaridad ya no se enfrentan a enemigos sino a *peligros* (Mouffe, 2007: 65).

En ninguno de estos modelos existiría el momento de institución de las identidades políticas, en tanto no se establece un nosotros/ellos que permita la construcción de éstas. Sin embargo, esta pretendida inclusión total no es tal, en tanto “la racionalidad” es requisito indispensable para que una propuesta sea considerada en el debate.

Tanto la “democracia deliberativa”, como la llamada “Tercera Vía” se inscriben en esto que Mouffe denomina una visión “pospolítica”. Llamaremos post-política a la visión que desarrolla el fin de los antagonismos como elementos constitutivos de lo social, que plantean la posibilidad de consensos que incluyan al conjunto de la comunidad; un consenso sin exclusiones.

CONCLUSIONES

Al inicio afirmamos que la izquierda ha sido incapaz de redefinir una identidad política o un perfil propio ante sí misma, ante el país, y ante el electorado. Ahora podríamos decir que dicha afirmación sólo parcialmente cierta, pues mientras algunos grupos mantuvieron algunos de los ejes de su identidad previa, otros grupos intelectuales propusieron nuevas identidades para la izquierda. De esta manera, lo que tendríamos es una tensión entre aquellos grupos de izquierda que decidieron mantener una identidad anclada en el marxismo-leninismo y otros grupos que decidieron desplegar elementos vinculados a una tradición liberal.

Pese a estas diferencias, ambos contingentes marcharon juntos a lo largo de la década de los 80. Sin embargo, luego de la ruptura de IU producida a inicios del año 1989 y el posterior fracaso electoral de la izquierda en sus dos versiones -IU y AS- al año siguiente las voluntades unitarias se fueron diluyendo.

En general se puede afirmar que aquellos que optaron por desarrollar una nueva identidad política (los ejemplos del PDS y Lynch), privilegiaron en ella aquello que hemos denominado un enfoque postpolítico. Este último se expresa a través de varias de las categorías utilizadas para la formulación de estas nuevas identidades. Sin embargo, hemos decidido agruparlas en torno a dos temas: a) la política y la democracia; y b) el sujeto político.

Respecto a la política y la democracia.

La década de los años ochenta representó para la izquierda un momento de incorporación del tema de la democracia en su discurso. Sin embargo, las consecuencias últimas de dicha incorporación no son asumidas en su totalidad porque la lucha armada y la revolución (esta última entendida como asalto al poder) siguió siendo el horizonte principal para un importante contingente de la izquierda. La democracia fue percibida como un espacio transitorio de acumulación de fuerzas, y no un escenario estable donde se debía desarrollar un juego nuevo. Paulatinamente la izquierda quedó “atrapada” entre un escenario electoral y un discurso revolucionario.

El *problema de la democracia* adquiriría múltiples significados a lo largo de las discusiones desarrolladas al interior de los grupos de izquierda durante

esos años. Algunas veces la discusión sobre la democracia derivará en debates sobre la ampliación de la participación de la población en el ejercicio del poder. Otras veces hará referencia al funcionamiento de instituciones para el ejercicio del poder generadas desde la propia población. Algunas otras veces hará referencia más bien al funcionamiento interno de los partidos de izquierda, cuestionando las pautas de organización leninistas. Sin embargo, hay un elemento que es central y que aparece escasamente reflexionado cuando se habla del *problema de la democracia*: cómo se establecen las relaciones con otros actores políticos o como plantea Bobbio (2007a) como es que se produce la gestión del poder. En este punto, o simplemente se repite las consignas del periodo anterior⁷⁵ -dictadura del proletariado- o se problematizan las relaciones al interior del “bloque popular”. Sin embargo, el desarrollo de una política (en el marco de una democracia) obliga también a pensar la relación que se establece con aquellos actores políticos antagónicos; sin embargo, esta reflexión no aparece.

Esfuerzos realizados desde la propia izquierda -como el de “los zorros” o el de aquellos que fundaron Acuerdo Socialista- por conceptualizar un modelo democrático que recuperara del marxismo la noción de conflicto y contradicción, no prosperaron. Ante la ola que supuso el neoliberalismo y el experimento autoritario fujimorista, la izquierda renunció a esta posibilidad y pasó a moverse dentro de los marcos definidos por la postpolítica

⁷⁵ El mejor ejemplo abordado aquí sería el texto de Wiener (1987).

Se debe notar sin embargo, que la dificultad de adaptación a la democracia no es privativa de la izquierda. Si no pensemos en el golpe del 5 de abril de 1992, orquestado por las FFAA, la gran burguesía nacional y la tecnocracia neoliberal ⁷⁶. La “lealtad” que tanto se le exige hasta hoy a la izquierda no es reclamada con la misma fuerza y énfasis a quienes decidieron concentrar en el ejecutivo todo el poder del Estado. El “orden establecido” dispone de la violencia a través de las instituciones encargadas de su ejercicio *legítimo* las FF.AA. Es por esta razón que el problema de la violencia se plantea de manera distinta para quienes disponen del “orden establecido” y para quienes no. No se trata entonces que unos, a diferencia de otros no se planteen el problema, sino que este aparece de maneras distinta en cada una de las reflexiones.

Lo sucedido a finales de los años ochenta a nivel mundial con la caída del “socialismo real” y el comunismo soviético; y en el país lo ocurrido con Sendero Luminoso y el fracaso de IU abrían una serie de posibilidades para la redefinición de la izquierda. Como señala Mouffe,

“Los sucesos de 1989 deberían haber sido la ocasión para una redefinición de la izquierda, liberada ahora del peso muerto representado previamente por el sistema comunista. Existía la oportunidad real para una profundización del proyecto democrático, porque al haberse disuelto las fronteras políticas tradicionales, podrían haber sido rediseñadas de un modo mas progresista. (...) Aunque sin duda fue importante para la izquierda admitir la importancia del pluralismo y de las instituciones

⁷⁶ No se de olvidar las reuniones que sostuvieron Fujimori y los principales dueños de los medios de comunicación y el apoyo de los principales gremios empresariales.

políticas democráticas liberales, esto no debería haber significado abandonar todo intento de transformar el orden hegemónico actual y aceptar la visión según la cual ‘las sociedades democráticas liberales realmente existentes’ representan el fin de la historia.” (Mouffe, 2007: 38)

Si como Lynch afirma Izquierda Unida supuso “...un momento de desarrollo orgánico mas no ideológico de la izquierda...” (entrevista personal); sería adecuado afirmar que la crisis orgánica de la izquierda pone de manifiesto también su bloqueo ideológico. Como señala acertadamente Gonzáles, en el tránsito de las concepciones revolucionarias y de partidos de cuadros -que prevalecieron durante los años 70- hacia el escenario democrático y del frente revolucionario de masas, las izquierdas no fueron capaces de solucionar varios *problemas*.

“Cómo ser socialista en democracia, cómo combinar igualdad y libertad, cómo conciliar la democracia sustantiva con la democracia formal, cómo entender la existencia de los ‘otros’ en tanto adversarios y no enemigos, cómo construir y mantener una identidad socialista al mismo tiempo que ganar la aceptación de la sociedad global fueron problemas presentes en sus reflexiones, aunque no totalmente resueltos. Es más, **puedo plantear, a manera de hipótesis, que dicho propósito fracasó, en gran parte por ser un esfuerzo tardío.**” (Gonzales, 1999: 21; las negritas son mías)

Ya sin una organización y un tejido social que le diera soporte, la reflexión sobre la política y la democracia en la izquierda se diluyó ante la oleada neoliberal. La reflexión de la democracia, planteada desde algunas de

las coordenadas del socialismo, llega muy tarde⁷⁷. Como afirma Rochabrún, “... la izquierda asumió la democracia a partir de su debilitamiento ideológico. No la valoró marxistamente, como resultado de la lucha de clases, sino desde el liberalismo triunfante bajo cuyas banderas ingresó al Estado.” (Rochabrún, 2007: 402)

Esta falta de *valorización* de la democracia desde el marxismo como reclama Rochabrún, puede deberse en parte al carácter *tardío* de dicha reflexión. La cual se produce en un contexto de reflujo de la izquierda como fuerza política, y en un retroceso del marxismo como tradición política hegemónica (incluso al interior de la propia izquierda peruana).

De esta manera, el no plantear un modelo agonista de democracia que tomara al conflicto como elemento constituyente impide a la izquierda hacerse de una nueva identidad política. Este vacío es, según nuestra opinión, uno de los problemas centrales de la izquierda actual.

⁷⁷ En este punto resulta interesante recoger las afirmaciones de Saravia:

“Dentro de la izquierda peruana de la década del 80-90 existieron diversas tendencias políticas, cada una de las cuales con un discurso político propio. Esta es también una de las razones por las que el discurso de la izquierda en esta época no se renovara totalmente y fuera ambiguo. [...] En la diversidad de discursos políticos de la izquierda, se puede encontrar algunos que revalorizaron verdaderamente la democracia y reconceptualizaron a la política y a las prácticas políticas, y otros que recogieron gran parte del discurso anterior donde la democracia no era un concepto central. Ambos discursos tuvieron que ceder en algunas de sus posiciones centrales para poder elaborar un discurso de la izquierda en su conjunto lo cual la llevó a que los distintos partidos y movimientos integrantes de la izquierda no sintieran como suyo el discurso oficial de la misma y, salvo ocasiones excepcionales, difundieran cada uno sus propias concepciones.” (Saravia, 1991, 35-6)

Para la socióloga sería más bien la transacción producida entre un discurso más radical y otro más reformista lo que le habría desdibujado el discurso de la izquierda. En tanto el discurso resultante no obedecía a ninguno de los partidos, no sería plenamente asumido por ninguno.

En este punto conviene traer a colación nuevamente el texto de Saravia, donde son dos los elementos claves de la renovación teórica exigida por la autora. Por un lado, el papel central del consenso en la construcción política; y por otro la posibilidad (y la necesidad) del pluralismo político. Creemos que el énfasis en estos dos elementos desplaza al conflicto como piedra de toque sobre la cual construir una nueva identidad política de la izquierda. Y sitúa en el centro de la nueva identidad propuesta al consenso. La política ya no se trata fundamentalmente de fuerzas políticas (podríamos decir identidades) enfrentadas de manera conflictiva; sino de fuerzas políticas cuyo fin permanente es el logro de sucesivos consensos.

Así, mientras algunos sectores de la izquierda atrapados en modelos consensualistas, son incapaces de construir una identidad, otros se encuentran afincados en perspectivas teóricas que no empatan con el momento actual de la democracia como horizonte político hegemónico. Como afirma Mouffe:

“La movilización requiere una politización, pero la politización no puede existir sin la producción de una representación conflictiva del mundo, que incluya campos opuestos con los cuales la gente se pueda identificar, permitiendo de ese modo que las pasiones se movilicen políticamente dentro del espectro del proceso democrático.” (Mouffe, 2007:31)

Sin la movilización de estas pasiones -elemento central para la constitución de una nueva identidad-, sólo queda la continuación de las

identidades anteriores como si casi nada hubiera sucedido. O de otro lado, la imposibilidad de una nueva identidad y un nuevo perfil definidos. En ese sentido, las elecciones generales del año 2006 son prueba cabal de ello. Aquellos que desde la izquierda apelaron a un discurso tecnocrático como eje fundamental de su identidad, fueron incapaces de elaborar una nueva identidad política de cara no sólo a sus militantes sino fundamentalmente hacia el electorado.

Finalmente, como señala Mouffe, un escenario democrático vital requiere de la presencia del conflicto. El reto de la izquierda frente al régimen democrático es, justamente, plantearse una visión que, reconociendo el conflicto como elemento estructurador, desarrolle una serie de mecanismos para su “domesticación”.

Respecto al Sujeto Político.

Como vimos, el discurso sobre “protagonismo popular” responde a una lectura que intenta incorporar el proceso de modernización ocurrido durante los años del gobierno militar, al tiempo que insertar a los movimientos sociales directamente en la escena política, para así salvar el descalce producido entre el partido y sus bases sociales. Sin embargo, este discurso terminó otorgando

una importancia esencial a los NMS, que -como más adelante se demostró- no eran independientes de lo que ocurriera en la esfera política.

Como afirmó Rochabrún, desde los así llamados NMS (tomemos en este caso específico a las organizaciones vinculadas a temas de sobrevivencia) no fue posible formular por ellos mismos una mirada que fuera más allá de su experiencia social concreta. Además, se inclinaron por particularizar sus reclamos con miras a obtener mayores beneficios. Finalmente, tendieron a abandonar eso que tanto López, como Ames y Nieto habían imaginado como una de sus principales virtudes: su carácter “profundamente democrático”. No sólo comenzaron a reproducir una serie de características no democráticas, sino que fueron víctimas y actores de un sistema de clientelismo político pocas veces visto en este país.

Estos hechos tuvieron tres causas principales. La primera, la desaparición de un espacio propiamente político que permitiera el paso hacia una mirada de carácter nacional que subrayara permanentemente la necesidad de prácticas democráticas. La pérdida de vigencia de IU como espacio que en alguna medida había posibilitado estas prácticas democráticas, así como también una mirada alejada del particularismo, que permitieron a estos movimientos una articulación política con otros sectores. La segunda causa se relaciona con el gobierno fujimorista y su responsabilidad en el deterioro de

varias de las características que hacían, a ojos de estos intelectuales, tan potente al movimiento social popular. El sistema de clientelismo político desarrollado por el gobierno fujimorista no sólo alentó comportamientos cada vez más autoritarios de las dirigencias de los movimientos de sobrevivencia, sino que además dichos movimientos fueron cooptados por el Estado y despolitizados. La tercera causa está vinculada a la expansión de Sendero Luminoso y su permanente acción para controlar (o desaparecer) los movimientos sociales que actuaban en sus zonas de influencia. Asimismo, la disminución de la vida pública por los niveles cada vez más altos de violencia.

A partir de estos hechos es indispensable que cualquier reflexión que coloque a los NMS como el “germen de un nuevo Estado”, o como actores prioritarios en cualquier proyecto político, no olvide la importancia de la esfera propiamente política⁷⁸ y los partidos políticos como las organizaciones que ahí actúan. Es por esta razón que creemos que los partidos políticos poseen un carácter insustituible en tanto funcionan como espacios de articulación de estas miradas particulares permitiendo a los movimientos ampliar su mirada.

⁷⁸ En una entrevista realizada al filósofo Slavoj Žižek y que lleva por título “El capitalismo estúpido, el capitalismo”, el esloveno critica las posturas de aquellos autores que coloca bajo la corriente de la “pura política” -entre los cuales ubica a Laclau. Para Žižek, la perspectiva de la “pura política” y la de la “administración de las cosas” (que ha sido criticada en este texto) son suplementarias. Pues si la crítica permanece en el terreno de la política, en la economía lo que tenemos es simplemente la administración de las cosas.

Para Žižek el capitalismo sigue siendo el problema central de nuestro tiempo, y el trabajo sigue siendo el eje en torno al cual se articula nuestra vida cotidiana. Se puede colegir entonces que aquel énfasis planteado por varios autores respecto a las luchas políticas que ponen el énfasis en la vida cotidiana (por la identidad de género, o el feminismo) olvidan el hecho central de la vida cotidiana: el trabajo.

Hemos visto que el surgimiento de la “sociedad civil” como nuevo sujeto político para algunos sectores de la izquierda se produce bajo condiciones similares a las que vieron *nacer* al “protagonismo popular”. Es decir, un discurso sobre un sujeto político que aparece como respuesta a uno previo que se desdibujaba y se distanciaba de la izquierda.

La sociedad civil da cuenta de una explosión de las antiguas clases sociales en variados agrupamientos, en colectivos de diversa índole y agrupados por distintos motivos. Sin embargo, con la desaparición de los sujetos clasistas también desaparece la lucha que ellos libraban. Como se señaló en el marco teórico a partir de las democracias esbozadas por Giddens, en aquellos casos en los que la sociedad civil es el elemento predominante, los actores no se enfrentan a adversarios sino a problemas⁷⁹. Más allá de la discusión de si las clases han desaparecido o no (o si existen), debe notarse que lo que sí se esfumó en este marco es el conflicto como relación principal entre las partes. Categorías como burguesía e imperialismo que incluían en su definición una relación de dominación con otros actores como el proletariado o los países periféricos; son remplazados por términos como empresario que no dan cuenta de la relación.

⁷⁹ Como señala Schmitt: “...todos los conceptos, ideas y palabras poseen un sentido polémico; se formulan con vistas a un antagonismo concreto, están vinculados a una situación concreta cuya consecuencia última es una agrupación según amigos y enemigos [...], y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación. (Schmitt, 1999: 60)

Pese a las limitaciones mencionadas, debe señalarse que la categoría “sociedad civil” fue muy eficaz en el contexto de fines de los años noventa en los que se vive un contexto de polarización producto del desgaste del régimen fujimorista. En este caso la categoría de “sociedad civil” permitió aglutinar (e incluso incorporarse tardíamente) un sinnúmero de sectores, no necesariamente pertenecientes al movimiento popular. Frente a lo que se percibía como un gobierno autoritario, el elemento central de la polarización no se da entre “populares” y “no populares”, sino entre quienes apoyan y quienes están en contra del gobierno de Fujimori.

Que la sociedad civil se haya desarrollado en el país bajo las características que hemos anotado, como se mencionó tiene que ver también con, una derrota programática, así como una relación cercana entre algunas ONG y organismos multilaterales (en el contexto de un creciente enfrentamiento entre las primeras y el gobierno de turno) que permite la ampliación de lo que Dagnino califica como el “proyecto neoliberal de sociedad civil”.

Si la sociedad civil se ha constituido en el nuevo sujeto a partir del cuál la izquierda (aunque también la derecha neoliberal) apuestan por ejecutar un proyecto de democratización de la sociedad, es necesario -al igual que en el tema de la democracia- establecer nuevamente una relación agonista entre

ambos proyectos. Se trata de reconstruir una relación amigo/enemigo que permita percibir las diferencias entre ambos proyectos. Al igual que en el caso anterior, no se trata de construir una relación antagonista de cualquier manera, sino fundamentalmente de reconstruir una relación agonista democrática, que tenga dentro de su núcleo una valoración sobre la importancia del pluralismo democrático como elemento central de su propuesta.

No queda más que anotar algunas preguntas que quedaron en el tintero al iniciar la presente investigación -y otras que fueron apareciendo a raíz de esta- que creo son fundamentales de responder.

En primer lugar, como he mencionado al principio, hacen falta trabajos más específicos, tanto sobre los actores investigados, como en los marcos temporales revisados. Este tipo de estudios seguramente descubrirán cosas que aquí no se han abordado, o que aún no pueden ser vistas y por lo tanto investigadas.

En segundo lugar, hace falta un análisis específico sobre la ruptura de Izquierda Unida, no sólo por la importancia de este frente, sino también por el contexto en el que se produce.

Finalmente, si bien hay muchos estudios a propósito de Sendero Luminoso y en general del conflicto armado interno (incluido el monumental trabajo de la Comisión de la Verdad), creo que hace falta un trabajo que analice en particular el impacto que la violencia ejercida por Sendero Luminoso ha tenido en la izquierda. No se trata simplemente de un recuento de víctimas o una enumeración de situaciones, sino que resulta indispensable abordar los impactos a nivel del discurso político e ideológico que este episodio supone.

Toda la discusión sobre la *expulsión del conflicto* de la política que he abordado a lo largo de estas páginas tiene muchísimo que ver con Sendero Luminoso y con el conflicto interno. Una investigación que aborde los efectos de un proyecto político sobre el otro es necesaria, pues permitirá comprender mejor la derrota de la izquierda, no solamente en términos electorales, sino - sobre todo- en término de las voluntades que no lograron movilizarse.

Como resulta obvio, los intelectuales son producto de su época y reaccionan frente a las circunstancias históricas que les toca vivir. En esa

medida habría que considerar la opción intelectual que asume Arendt⁸⁰: ¿Es posible pensar en el conflicto luego de la II Guerra Mundial? ¿Es posible pensar el conflicto como elemento que estructure la política y, más aun, la política democrática luego de la violencia que supuso dicho episodio? Creo que -salvando las distancias- habría que hacerse la misma pregunta aquí: ¿es posible pensar el conflicto como elemento central de la política democrática luego de 69 mil muertos? ¿Es posible hablar de conflicto después de las masacres cometidas por Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas? Por último, ¿es posible para la izquierda peruana hablar de conflicto luego del conflicto armado? A mi entender, son preguntas válidas y valiosas, todavía pendientes de respuesta. Finalmente si algunas de las preguntas formuladas para esta investigación han sido posibles, ha sido también gracias a la distancia del tiempo.

⁸⁰ Grüner afirma que el deseo de Arendt por desarrollar una filosofía política donde el poder se concibe desde abajo, como acción comunicativa hace que la autora se coloque al borde de la ingenuidad retrocediendo a una visión contractualista donde el consenso da nacimiento a la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

ADRIANZÉN, Carlos Alberto. *De Soto y la (im)posible apuesta por un neoliberalismo popular*. EN: Cultura política en el Perú: tradición autoritaria y democratización anómica. Lima. Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales. 2010.

AMES, Rolando. "Revolución y Democracia". EN: *Democracia directa y estrategia revolucionaria*. Lima. Moreno, Alberto. 1986.

AMES, Rolando y Nieto, Jorge 1987 "Asediando a Leviatán: Estado y Movimientos Sociales". EN: *Rev. Cuestión de Estado* N° 1. Lima. Instituto Democracia y Socialismo.

BAUMAN, Zigmund. *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión. 1994.

Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. *Diccionario de Política*. Tomo I. Siglo XXI editores. México DF. 2000a (1983).

Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. *Diccionario de Política*. Tomo II. Siglo XXI editores. México DF. 2000b (1983).

CARO, Ricardo, *Un proyecto de lucha armada que fracasó*. Conferencia "La izquierda peruana nuevas aproximaciones" realizada en la Casa Museo José Carlos Mariátegui. Lima 31 de enero de 2008.

CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO y FUNDACIÓN FRIEDRICH EBERT. *Perú 1980: elecciones y planes de gobierno*. Lima. 1980.

COMISIÓN DE LA VERDAD Y LA RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Tomo II. Lima. 2003a. Consultado en: www.cverdad.org.pe

COMISIÓN DE LA VERDAD Y LA RECONCILIACIÓN. *Informe Final*. Tomo III. Lima. 2003b. Consultado en: www.cverdad.org.pe

COMISIÓN DE LA VERDAD Y LA RECONCILIACIÓN. *Informe Final* Tomo VIII. Lima. 2003c. Consultado en: www.cverdad.org.pe

COMITÉS REGIONALES MARIATEGUISTAS. *Por un Perú de Todas las Sangres Socialista, Moderno y Democrático. I Congreso nacional*. Lima. Comités Regionales Mariateguistas. 1989

DAGNINO, Evangelina, Alberto OLVERA y Aldo PANFICHI. *Para otra lectura de la disputa por la construcción democrática en América Latina*. Lima. Maestría en Ciencias Políticas PUCP. 2006.

DAMMERT, Manuel. *Izquierda Unida y los desafíos de la Renovación Socialista*. Lima. Partido Comunista Revolucionario. 1988.

DAMMERT, Manuel. *Renovación Ahora. Base programática de la Renovación socialista. Tesis al III Congreso*. Lima. 1990

DEGREGORI, Carlos Iván. *La Década de la antipolítico. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos. 2000.

DONZELOT, Jacques. *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires. Nueva Visión. 2007

FLORES GALINDO, Alberto y Manuel BURGA. *Apogeo y crisis de la República Aristocrática: oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú, 1895-1932*. Lima. Rikchay Ediciones. 1991.

FLORES GALINDO, Alberto. El futuro de la izquierda. EN: *Obras Completas*. Tomo VI Lima. Sur Casa de Estudios del Socialismo. 2007 (1983).

FLORES GALINDO, Alberto. Generación del 68: ilusión y realidad. EN: *Obras Completas*. Tomo VI Lima. Sur Casa de Estudios del Socialismo. 2007 (1983).

FLORES GALINDO, Alberto. IU: entre la multitud y la incertidumbre. EN: *Obras Completas*. Tomo VI Lima. Sur Casa de Estudios del Socialismo. 2007 (1984).

FRANCO, Carlos. *La Otra Modernidad*. Lima. Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación. 1991

GÁLVEZ, Alberto. *Aún suenan tambores*. Edición del autor. Lima. 2004

GONZÁLES, Osmar. *Señales sin Respuesta. Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú 1968 – 1989*. Lima. Ediciones Preal. 1999.

GRÜNER, Eduardo. *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*. Buenos Aires. Ediciones Colihue. 1997.

HERRERA, Guillermo. *Izquierda Unida y el Partido Comunista*. Lima. Termal Editores. 2002?

IZQUIERDA SOCIALISTA. *Programa de gobierno de la izquierda socialista 1990 - 1995*. Lima. Izquierda Socialista. 1990

IZQUIERDA UNIDA. *Programa de Gobierno Municipal 1983*. Lima. Comisión de Plan de Gobierno 1983. 1983.

IZQUIERDA UNIDA. *Plan de Gobierno de Izquierda Unida Perú 1985 – 1990 síntesis*. Lima. Comisión de Plan de Gobierno 1985. 1985.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. 2004 (1985).

LACLAU, Ernesto. *Nuevas reflexiones en torno a la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión. 2000 (1990).

LETTS, Ricardo. *La izquierda peruana. Organización y tendencias*. Lima. Mosca Azul editores. 1981.

LYNCH, Nicolás. *Por un nuevo socialismo para el Perú*. Lima. 1994

LYNCH, Nicolás. *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes Perú 1980 – 1992*. Lima. Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 1999.

LYNCH, Nicolás. *Política y antipolítica en el Perú*. Lima. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo DESCO. 2000.

LYNCH, Nicolás. *Qué es ser de izquierda*. Lima. Sonimágenes. 2005

LOWENTHAL, Abrahm (ed.) *El gobierno militar una experiencia peruana: 1968-1980*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 1985.

MARTINEZ, Maruja. *Entre el amor y la furia*. Lima. Sur Casa de Estudios del Socialismo. 1997

MENDOZA, Iván. *Trayectorias y destinos del maoísmo peruano: radicalismos violentistas y no violentistas*. Lima. 2007.

MIR. *I Congreso Nacional*. Lima. MIR. 1983.

MONTERO, Edith. "Una base sin vértice". EN: *Cuestión de Estado N° 1*. Lima. Instituto Democracia y Socialismo. 1987.

MORENO, Alberto. "Democracia directa y estrategia revolucionara" EN Serie Problemas teóricos y políticos. Año IV N°2. Lima. Ediciones Patria Roja. 1986.

MOVIMIENTO SOCIALISTA PERUANA. *Nuevas Bases para la izquierda peruana*. Lima. Movimiento Socialista Peruana. 1990.

MOUFFE, Chantal. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona. Paidós. 1999 (1993).

MOUFFE, Chantal. *La paradoja democrática*. Barcelona. Gedisa. 2003 (2000).

MOUFFE, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2007 (2005).

NIETO, Jorge. *Izquierda y Democracia en el Perú 1975 – 1980*. Lima. Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo DESCO. 1983.

OAKESHOTT Michael. *El racionalismo en la política y otros ensayos*. México DF. Fondo de Cultura Económico. 2000.

PARTIDO COMUNISTA DEL PERÚ. *VII Congreso Nacional. Un partido y un programa para el siglo XXI*. Lima. Ediciones Aleph.com. 2001.

PARTIDO POR LA DEMOCRACIA SOCIAL. *Ideario*. Lima. Partido por la Democracia Social. 2006.

RINESI, Eduardo. *Política y tragedia: Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes*. Buenos Aires. Colihue. 2003.

ROBERTS, Kenneth Economic Crisis and the Demise of the Legal Left in Perú. EN: *Comparative Politics*. Vol.29, N° 1. Oct., 1996. pp.69-92. Consultado en: www.jstor.org/stable/422183

ROCHABRÚN, Guillermo. "Las ideas socialistas en el Perú". EN: *Batallas por la Teoría. En torno a Marx y el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos. 2007 (1986).

ROCHABRÚN, Guillermo 1987 "Mas allá de las apariencias" en Cuestión de Estado (Lima: Instituto Democracia y Socialismo) N° 1.

ROCHABRÚN, Guillermo "Izquierda, democracia y crisis en el Perú" EN: *Batallas por la Teoría. En torno a Marx y el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos. 2007 (1988).

SARAVIA, María Claudia. *Democracia y política en el discurso de la izquierda peruana en la década del 80*. Lima. 1991. Memoria (Br.) Pontificia Universidad Católica del Perú. Facultad de Ciencias Sociales.

SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid. Alianza Editorial. 1999 (1932).

SINAMOS. *El partido comunista peruano - Unidad*. Lima. SINAMOS. 197?a.

SINAMOS. *Grupos Maoistas 2ª Parte. Patria Roja*. Lima. SINAMOS. 197?b.

SINAMOS. *Estudio de la correlación de fuerzas de las centrales sindicales*. Lima. SINAMOS. 1975.

TUESTA, Fernando. *Perú Político en cifras: 1821 – 2001*. Lima. Fundación Friedrich Ebert.

VANGUARDIA REVOLUCIONARIA. *Congreso de Vanguardia Revolucionaria. Acuerdos y resoluciones*. Lima. Comisión nacional de Agitación y propaganda. 1983.

VERDERA, Francisco. *Cambio en el modelo de relaciones laborales en el Perú. 1970-1996*. Lima. JCAS-IEP. Occasional Paper) N. 5. 2000.

Voz Rebelde 1983 *1er Congreso Nacional MIR* N° 12 Edición especial, agosto. (Lima: MIR)

WIENER, Raúl (1987) *El debate sobre el “Acuerdo Nacional” El Antizorro* (Lima)

ANEXO:LISTA DE ENTREVISTADOS

Para la presente investigación se recurrió a entrevistas semiestructuradas a partir de un cuestionario previamente elaborado. Posteriormente las entrevistas fueron transcritas y analizadas para la presente investigación.

Ames, Rolando. Luego de un breve paso por la Democracia Cristiana inicia su participación en espacios de acción Católica surgidos al calor del Concilio Vaticano II y que terminarían agrupados alrededor de la Teología de la Liberación. En los años 80 participa en Izquierda Unida como militante independiente aunque situado claramente en la corriente conocida como “cristianos de izquierda”. Fue Senador por Izquierda Unida entre los años 1985 y 1990. Asimismo, fundó el Instituto Democracia y Socialismo del cual fue director. Formó parte de la Revista *El Zorro de Abajo*.

Arnillas, Federico. Fue militante de Vanguardia Revolucionaria y luego del Partido Comunista Revolucionario. A partir de 1981 formó parte del equipo de plan de gobierno de Izquierda Unida. Ha sido Director Ejecutivo de la Asociación Nacional de Centros y ex Secretario Ejecutivo de la Mesa de Concertación para la Lucha contra la Pobreza.

Bejar, Héctor. Fue militante del Partido Comunista en la década de los 50 del cual salió para formar el Ejército de Liberación Nacional. Fue arrestado y puesto en prisión hasta el año 1968. Ese año sería amnistiado por el gobierno militar de Velasco. Luego trabaja en el Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS) durante el gobierno militar entre los años 1968 y 1975. Luego de esta experiencia, al igual que varios intelectuales que participaron en la experiencia velasquista entra a laborar en el Centro para el Desarrollo y la Participación - CEDEP. Durante los últimos años formó parte del Frente Amplio de Izquierda, espacio impulsado por el PC Unidad.

Degregori, Carlos Iván. Fue militante y uno de los principales dirigentes del MIR 4ta etapa. Participó en el proceso de unificación del MIR y posteriormente entró a militar en el Partido Unificado Mariateguista. Formó parte del grupo conocido como Los Zorros y participó en la Revista *El Zorro de Abajo*.

Gonzáles, Osmar. Fue militante de Izquierda Unida y Secretario Ejecutivo del CONAP órgano encargado de la organización del I Congreso de IU en 1989. Actualmente es Director de la Casa Museo José Carlos Mariátegui. Su producción académica está referida a diversos grupos de intelectuales peruanos y su relación con la política.

López, Sinesio. Realiza sus estudios en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde se acerca al MIR, donde finalmente inicia su militancia política. Durante los años 70 forma parte del Partido Comunista Revolucionario. A inicios de los años 80 entra a militar en el Partido Unificado Mariateguista. Asimismo, asume la dirección del Diario de Marka. Más adelante esa misma década forma parte del grupo conocido como Los Zorros y participa en la Revista *El Zorro de Abajo*. Con la ruptura de Izquierda Unida pasaría a formar parte de Izquierda Socialista hasta que esta última desaparece.

Lynch, Nicolás. Estudia en Universidad Nacional Mayor de San Marcos donde se convierte en militante de Vanguardia Revolucionaria. Posteriormente sería miembro del Partido Comunista Revolucionario y luego miembro del Partido Unificado Mariateguista. Formó parte del grupo conocido como Los Zorros y participó en la Revista *El Zorro de Abajo*. Con la ruptura de Izquierda Unida pasaría a formar parte de Izquierda Socialista hasta que esta última desaparece. Es profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Manrique, Nelson. Fue militante del MIR y posteriormente militante independiente de Izquierda Unida. Es miembro de SUR Casa de Estudios del Socialismo grupo intelectual organizado en torno a Alberto Flores Galindo. Escribe en la Revista *Márgenes*, editada por la misma Casa.

Pedraglio, Santiago. Fue militante de Vanguardia Revolucionaria y posteriormente entró al Partido Comunista Revolucionario. Participó en la creación del Partido Unificado Mariateguista del cual saldría luego del Segundo Congreso de dicha organización. Alrededor del año 1988 forma e luego formó parte del PUM. Posteriormente funda el Partido Mariateguista Revolucionario el cual al poco tiempo dejaría de existir.

Torres, Javier. Fue simpatizante de Izquierda Unida durante sus años universitarios en la década de los años 80. Abandonaría la militancia política y comienza a trabajar en la ONG Servicios Educativos Rurales de la cual terminaría siendo director.